

Recensiones

Josué J. JUSTEL, *La posición jurídica de la mujer en Siria durante el Bronce Final: Estudio de las estrategias familiares y de la mujer como sujeto y objeto de derecho*, Zaragoza, Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, Serie Próximo Oriente Antiguo, 2008, 354 pp. [ISBN: 978-84-95736-74-1]

Josué J. Justel vierte a lo largo de este libro el excelente resultado de su trabajo de tesis doctoral presentada en 2007 en la Universidad de Zaragoza. En él, manifiesta una nueva perspectiva de aproximación a la Edad del Bronce en la asiriología, a través de la situación de la mujer. Ciertamente, la óptica de género aplicada sobre el mundo antiguo no empezó a resultar de especial relevancia hasta finales de los años sesenta del siglo XX. A partir de este momento, este tipo de estudios ha ido cobrando protagonismo paulatinamente. Testigo de ello es la publicación que se reseña y que nos invita a contemplar con un nuevo enfoque el estudio de las sociedades antiguas.

Sus ambiciosos objetivos, anunciados en el capítulo de introducción a la obra, engloban: en primer lugar, la identificación y delimitación de la capacidad jurídica de las mujeres; en segundo lugar, su comparación con la de los hombres; por último, su confrontación con la situación de las mujeres en diferentes ámbitos del Próximo Oriente Antiguo en general.

Así mismo, esta publicación de las relaciones sociales y de poder según las diferencias entre los sexos cuenta con una orientación diferente al resto de estudios de género en la Antigüedad. La obra no queda estructurada según conceptos que aluden a la situación de la mujer dentro de la familia, puesto que presupondría la subordinación e incapacidad de lo femenino de desarrollarse más allá del ámbito familiar y doméstico. Lejos de ello, se organiza en capítulos en función de las diversas esferas legales en las que se percibe la figura femenina: el matrimonio, la adopción, la herencia, los juicios, las transacciones económicas y, como colofón, la esclavitud.

Todos ellos guardan una misma disposición: una introducción a las situaciones jurídicas anteriormente señaladas; un cuantioso estudio de fuentes específicas empleadas de los cuatro principales archivos del noroeste de la actual Siria (Ugarit, Alalakh, Emar, y Ekalte); el estudio del tema; un resumen de las conclusiones generales. Esta sistemática división de los apartados, junto con los profusos índices

de diferente índole que hacen su aparición al final del libro, proporcionan gran agilidad y manejabilidad para el tipo de consulta puntual del investigador interesado en un ámbito jurídico concreto.

Del mismo modo, no podemos sino destacar especialmente la calidad del aparato crítico. Su configuración proporciona al lector la oportunidad de recorrer el rumbo del tema planteado desde otras perspectivas. Paralelamente, el aparato gráfico-documental secunda de manera fundamental el texto e ilustra la complejidad del registro filológico. Ambos elementos constituyen esenciales vías de conexión y relación entre los diversos capítulos que, a modo de suma y sigue, contribuyen a que no se caiga en su lectura como si de compartimentos estancos se tratase.

Sin embargo, la importancia de la obra radica en las principales hipótesis que Justel defiende y contrasta. Se constata la inferioridad jurídica de la mujer en calidad de *sui iuris* o *non sui iuris* con respecto al hombre, especialmente a partir del empleo de diferente vocabulario (p. 107). Se deduce que, a pesar de todo, la figura femenina en Siria parecía contar con mayor protección jurídica y capacidad de acción que el arquetipo próximo-oriental (p. 79). Por último, se destaca la posibilidad de realizar cierta distinción entre mujeres en las actuaciones jurídicas dependiendo del status que estas poseyeran. Esto se pone de manifiesto en los textos en los que participan féminas a las que se les reconoce una mayor independencia como reinas, viudas, divorciadas, mujeres con *status* legal masculino o sacerdotisas *qadishtu*.

Fruto de todo lo anterior, la presente obra se nos antoja de gran valor científico, amén de ser guía imprescindible a la hora de abordar las diferentes prácticas jurídicas de las que participaba la mujer en Siria. Desde 1775 a 1500 a. C., Siria se enfrenta a una época de efervescente actividad en la que la política queda definida por las actuaciones, rivalidades y conquistas de los grandes imperios del tipo hitita y asirio entre otros. Este desarrollo queda amparado en este estudio bajo la perspectiva de género, un campo historiográfico de gran actualidad, vigencia y amplitud, pero escasamente trabajado en las sociedades del Oriente Próximo Antiguo.

Por ello, sólo nos queda concluir con la necesidad de afinar nuestra antigua visión de este pasado neutro (masculino) en la asiriología. Sin ir más lejos, *La posición jurídica de la mujer en Siria en el Bronce final* nos aproxima a una situación en la que la capacidad de actuación de la figura femenina en Siria parece haber sido algo superior a la próximo-oriental y por ende a la greco-latina. Quizá, este dato debería entonces inducirnos a reconstruir nuestros esquemas de participación de la mujer en estas circunstancias espacio-temporales.

María Dolores Casero Chamorro
Universidad Complutense de Madrid

Maria DARAKI, *Las tres negaciones de Yahvé. Religión y política en el antiguo Israel*, Abada Editores, Madrid. 270 pp. [ISBN: 84-96258-98-3]

(En toda mi larga vida y de lectura de cientos de libros he tenido la suerte de leer un libro como el presente!!!!)

Quisiera ser lo más imparcial posible. Desde el comienzo advierte la autora que no es especialista en Biblia, pero además para ella la Biblia termina con el Segundo Isaías y el gran orientador es Freud, del que depende completamente. Los dos personajes fundamentales a todo lo largo de su obra son el citado fundador del Psicoanálisis y el gran Renan. Las dos columnas sobre las que se construye son: la Antropología y la Psicología. La terminología empleada requiere un estudio. Es muy posible que no estemos al tanto de tanto vocabulario ultramoderno. Al final cito unas cuantas palabras. Los pueblos primitivos actuales son la base sobre la que se puede establecer la Biblia. Continuamente se entremezclan ideas y se citan autores, pero de una manera muy especial. Algo de particular tienen las citas de la Biblia, que se hacen según la traducción de Nacar-Colunga. Parte del título, *Las tres negaciones de Yahvé*, queda en el título solamente. Por más que leemos y releemos la obra no llegamos a encontrarlas. Las últimas páginas son un comentario extraordinario de Freud, que acabó con Moisés y que la autora quiere que nos lo creamos. Es una pena que cita a varios autores sin dar sus citas.

Citamos algunos de los muchos términos ultramodernos: enfebrecimiento, facticia, evemenencial, aucantrofianos, mongo-mongo, hombre masculino, subincisión, ponos, cerebralización, simbólica (sustantivo), la psicología de la participación. Hay que añadir todos los nombres de las tribus actuales, con los que la autora parece estar muy familiarizada.

Usa continuamente el término *élite*, aunque suena mejor y es conforme al original francés, pero que no se usa.

Entre las frases más importantes citamos las siguientes: *Rechazo del trabajo, sobriedad, confianza en la naturaleza: tres elementos de una actitud, que inducen al hombre a adaptar al medio más que el medio a sus necesidades.* (p. 24 ll. 1-12-10).

Un tema por demás interesante es ver cómo los más fuertes han condenado a los más débiles, no sólo **al trabajo**, sino también a la *devaluación del ser*. (p. 26 ll. 11.12)

En la historia de la guerra como gran tema antropológico, la caza al hombre es la única guerra no-económica que conocemos. (p.47 ll. -7-6)

Tras la investidura de Saúl, Samuel hace una última demostración de sus poderes mágico-religiosos... (p. 133 ll. 12-13)

*Acumulan durante todo el año matándose a trabajar para poder llevarse la palma en una competición por **dar** que degenera fácilmente en rabia destructora.* (p. 51 ll. 17-20)

En el plano simbólico, Israel es "conducido hacia la cultura", una cultura primitiva con rasgos peculiares (Josué 5, 4-6). (p. 148 ll. -5-3)

Israel inventó el monoteísmo antes de haber inventado el Estado. (p. 175 ll. 23-24)

La historia de la Torre de Babel no es un mito babilonio. El mérito de haber llamado la atención sobre este punto le corresponde a Adolphe Lods. (p. 187 l. 17-19)

Aplica a Israel lo de Moisés: “*Nada intacto hay en él desde los pies a la cabeza*” (*Isaías 1, 4-6 y 2, 6*). (p. 191 ll. -11-10)

Así, para establecer la realidad del asesinato de Moisés por los hebreos, tan importante para su demostración, Freud apela a los trabajos de un eminente erudito, Ernst Sellin. (p. 249 ll. 11-14)

Con las frases citadas textualmente creo que es suficiente para demostrar el alcance del libro.

Felipe Sen

Universidad Complutense de Madrid

Colin ADAMS – Jim ROY (eds.), *Travel, Geography and Culture in Ancient Greece, Egypt and the Near East* (Leicester Nottingham Studies in Ancient Society 10) Oxford, Oxbow Books, 2007, 208 pp. [ISBN: 978-1842172490]

De los estudios sobre el viaje en la Antigüedad en los últimos tiempos se podría decir que avanzan notablemente, que es el calificativo que emplean ahora los psicopedagogos en la enseñanza primaria para referirse a los alumnos que superan el aprobado pero que no llegan al sobresaliente, o sea, que tienen un notable. De ahí la importancia de una publicación como la de Colin Adams y Jim Roy, pues supone un esfuerzo muy elogiado por seguir laborando un campo de trabajo no todo lo atendido que debiera y que aún puede dar mucho más de sí. En la *Introduction* (2-4) C.A. se muestra bastante optimista respecto de las últimas publicaciones, aunque la verdad es que sólo puede mencionar el conocido libro de L. Casson, *Travel in the Ancient World* (Baltimore 1994), muy generalista, y el editado por él mismo, junto con R. Laurence, *Travel and Geography in the Roman Empire* (London 2001), así como el de L. Ellis y F.L. Kidner (ed.), *Travel, Communication and Geography in Late Antiquity: Sacred and Profane* (Aldershot 2004). A estos títulos añadiría por mi parte las monografías de J.-M. André y M.-F. Baslez, *Voyager dans l'antiquité* (Paris 1993) y M. Giebel, *Reisen in der Antike* (Düsseldorf 1999), que son introducciones y divulgaciones más que obras de investigación básica, así como la síntesis, muy lograda, de F.J. Gómez Espelósín, *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia* (Madrid 2000). Es bueno, por tanto, que C.A. reconozca y señale lagunas tan importantes en nuestros estudios como la del viaje en cuanto fenómeno social o la ausencia de un tratamiento general actualizado sobre movimiento de personas y transporte en el mundo romano. Los últimos avances en geografía y cartografía antiguas, así como en literatura de viajes (por ej., Pausanias), en buena medida por obra y metodología de filólogos, aunque no sólo, no nos

eximen a los historiadores de explicar con más detalle, y época por época, el fenómeno viajero, en términos sociales, infraestructurales o culturales.¹

John Baines, “Travel in Third and Second Millenium Egypt” (5-30), y Alan Lloyd, “Egyptians abroad in the Late Period” (31-43), aportan entrambos una aprovechable iniciación a la casuística de los desplazamientos en el Egipto faraónico, desde el Imperio Antiguo hasta la Baja Época, a las categorías mentales acompañantes y también a la sociología y motivaciones de sus actores, comentando numerosos textos alusivos y dando la última bibliografía. Es cierto, como reconoce el propio Lloyd, que algo semejante a los viajes de Solón, por el gusto de ver mundo (*theorias hēneken*), no se encuentra en esas prácticas y tradiciones egipcias, marcadas por cierto ensimismamiento y por un aislamiento geográfico evidente, pero sería conveniente ampliar la investigación al mundo mesopotámico, donde sin duda la apertura geográfica y el movimiento constante de pueblos debieron de configurar un paisaje mental diferente, incluida la actitud ante el viaje: la propia idea de imperio universal, que supone una determinada representación del mundo y una jerarquía de sus pueblos, es una imagen política que remonta a la época de Sargón de Akkad, en que vemos empleado el título de Señor de las Cuatro Partes, por ejemplo. En todo caso, a partir de la Grecia arcaica es verdad que se dilatan los horizontes mediterráneos y se abren los espíritus a la idea de descubrimiento, aunque de nuevo debamos llamar la atención aquí sobre otro pueblo del próximo Oriente asiático, los fenicios, contribuyentes netos al movimiento exploratorio y colonial con sus notas, mapas y relatos de viajes, por desgracia perdidos en su inmensa mayoría. Sirva como testimonio posterior de ese arcaísmo en ebullición Heródoto, a quien Thomas Harrison, “The Place of Geography in Herodotus’ *Histories*” (44-65), dedica unas páginas. El autor ofrece un repaso de las nociones cartográficas, espaciales, etnográficas y geopolíticas (o geomíticas) del escritor de Halicarnaso, con unos apuntes muy interesantes sobre la estructuración de la *Historia* en *logoi* en correspondencia con la descripción del desarrollo del imperio persa. Si acaso, hubiese resultado pertinente abordar aquí el problema de la relación del Heródoto viajero con su propia obra, es decir, la incidencia de sus recorridos y visitas no sólo en su concepción del espacio terrestre, sino también en las distancias que este fundador de géneros (al menos, geografía e historia) fue tomando respecto de sus predecesores, los poetas y logógrafos. Más concentrado, el estudio del otro editor, Jim Roy, “Xenophon’s *Anabasis* as a Traveller’s Memoir” (66-77), ofrece una discusión de la última bibliografía a la luz de una relectura detallada del texto

¹ Un buen modelo para las investigaciones monográficas futuras lo ofrece, por ejemplo, el libro de Helmut Halfmann, *Itinera principum. Geschichte und Typologie der Kaiserreichen im römischen Reich*, Stuttgart 1986. Por cierto, falta algo semejante para los políticos de las ciudades griegas, por ejemplo, o para los reyes helenísticos.

jenofonteo, con una frase que condensa en buena medida las conclusiones sobre el soldado memoriógrafo: “Xenophon throughout the *Anabasis* remains a Greek looking at aliens” (71). ¡De cuántos viajeros se podría afirmar lo mismo!² Un caso distinto, en cambio, sería el turismo de un conocido hombre de letras de época de los Antoninos, “Pausanias in Arkadia: an Example of Cultural Tourism” (104-122), tema que ocupa a Madeleine Jost. Para esta experta en la materia, la *periégesis* resulta muy ilustrativa sobre los métodos de trabajo y las preocupaciones temáticas de su autor precisamente en el libro dedicado a la región arcadia. Compromiso con la autopsia, aproximación topográfica a los objetos de estudio, ordenación de los materiales por polis, interés por la idiosincrasia de los cultos y por las variantes mitológicas y teonímicas locales, son las notas que definen la escritura de este viajero cultivado y muy sensible al hecho religioso, aunque no peregrino en el sentido propio de la palabra.

Para la época de Pausanias, en efecto, la paz romana permitía una cultura viajera de amplio espectro social, aunque a la postre fueran las élites políticas e intelectuales las únicas capaces de articular en forma literaria la memoria de sus salidas al extranjero, empezando por el antiguo género de periplos. Maria Pretzler se fija en un grupo itinerante y cosmopolita, los “Greek Intellectuals on the Move: Travel and *Paideia* in the Roman Empire” (123-138), mostrándonos cómo los integrantes de la segunda sofística fueron reputados educadores de griegos y romanos que se reivindicaron a sí mismos no sólo por su saber libresco, sino también por su experiencia de mundo, y que por esto mismo instilaron en los *pepaideumenoí* la devoción por la gira y el conocimiento de visu: Olimpia, Delfos, Atenas, Troya... Corolario de ese estado de ánimo fue, por ejemplo, el éxito de la novela griega entre el público lector de la época, como estudia John Morgan, “Travel in the Greek Novels: Function and Interpretation” (139-160). La función básicamente narratológica de la geografía en novelas primerizas, como *Quéreas y Calirroé* o *Efesiacas*, en que la peripecia del viaje como tal no llega a ser tematizada, evoluciona en tiempos de la segunda sofística hacia una valoración de la aventura en tierras extranjeras como auténtica vivencia personal, caso de las *Etiópicas*. Esta forma de aproximarse a lo exótico, sin embargo, no parece haber respondido al discurso dominante entre las elites romanas, al menos por lo que a Egipto se refiere, si atendemos al estudio de Colin Adams,

² Citaré las palabras de otro historiador británico, Peter Burke, correspondientes al capít. 6, “El discreto encanto de Milán: los viajeros ingleses en el siglo XVII”, de su libro *Formas de Historia Cultural (Varieties of Cultural History)*, Madrid 2000, 128: “Más de un personaje de las novelas de E.M. Forster ve los lugares extranjeros como lo contrario de su propio país. Tanto en una *Habitación con vistas* (1908), que se desarrolla en Italia, como en *Pasaje a la India* (1924), alguien se queja de la terrible falta de intimidad”. ¿No se quejaban los Diez Mil del exhibicionismo de los mosinecios?

“Travel narrows the Mind: Cultural Tourism in Graeco-Roman Egypt” (161-184). El autor sostiene que las visitas al país del Nilo para ver sus monumentos y maravillas, lejos de abrir las mentes romanas a la alteridad, las reafirmaron en su “estrechez de miras”, o sea, en sus sentimientos de superioridad cultural y en sus viejos clichés literarios, aunque quizá los grafitos y papiros estén dejando entrever más variedad de matices y más espontaneidad de lo que estamos dispuestos a admitir. De hecho una cierta apreciación por los elementos de origen oriental (asirio, por ej.) se pone de manifiesto en el trabajo de Zahra Newby, “Landscape and Local Identity in the Mosaics of Antioch” (185-205), como recordándonos que hacia el siglo III d.C. las iconografías del mundo mediterráneo eran cifra y compendio de una humanidad capaz de apreciar la variedad de tradiciones.

No sería justo olvidar, en fin, dos contribuciones que nos acercan al principio de realidad, siempre saludable para el historiador, gracias al aprovechamiento de las fuentes arqueológicas. Yanis Pikoulas, autor que tiene tras de sí una meritoria obra de investigación sobre la red caminera y los vehículos de transporte, nos brinda una síntesis actualizada y revisionista, “Travelling by Land in Ancient Greece” (78-87), concediendo al carro la primacía en el transporte griego por tierra y a los helenos el rol de maestros viales de los romanos. Por su parte, Eleni Kourinou, “Representations of Means of Transport on Reliefs in the Collection of the National Archaeological Museum at Athens” (88-103), aporta un complemento iconográfico precioso sobre la logística marítima de los desplazamientos, desde la época clásica hasta el Alto Imperio.

Habrà más descubrimientos y mejores análisis si se sigue investigando, y esta obra es una sugestiva invitación a porfiar en ello. Parece claro que los caminantes y marinos de las historias aquí reseñadas no fueron los *beats* de Kerouac ni el *Steppenwolf* de Hesse, ni mucho menos el internauta actual. Pero aún estamos lejos de conocer toda la fenomenología del trotamundos antiguo: la desmemoria y la censura han desfigurado demasiado la tradición manuscrita. De ahí, por ejemplo, la importancia de iniciativas como la prospección arqueológica, hasta llegar a mapear completa la red de infraestructuras viarias.³ No nos creamos tan superiores, ni juzguemos con demasiada severidad: los ojos de Alejandro o los de Antonio no contemplaron Egipto de la misma manera que los de Augusto, ni Aníbal sintió su vida itinerante como cualquier otro cartaginés. Al fin y al cabo fue un filósofo desarraigado el que se declaró *kosmopolites*, por no hablar de cínicos y escépticos, muy distantes de las reticencias viajeras de otros helenos, caso de Hesíodo. En el siglo IV la “curiosa” Egeria peregrinó al Oriente desde la Galesia para conocer los Santos Lugares,

³ En este sentido debe mencionarse la labor de investigación y divulgación del Centro de Interpretación de la Vía Nova, creado por Antonio Rodríguez Colmenero en *Aquis Querquennis* (Bande, Orense).

como relataría en su *Itinerarium*. El mundo grecolatino nos ha legado un álbum de recuerdos más rico de lo que pensamos, empezando por las aventuras de Odiseo, y nosotros mismos seguramente tenemos de viajeros auténticos mucho menos de lo que pretendemos. El volumen coordinado por Roy y Adams también podrá servir para mirarnos, hombres del siglo XXI, en el espejo del Mediterráneo antiguo, teóricamente tan superado.

Víctor Alonso Troncoso
Universidade da Coruña

Antonio M. SÁEZ ROMERO, *La producción cerámica en Gadir en época tardo-púnica (siglos –III/-I)*, BAR International Series S1812, Oxford, British Archaeological Reports, Universidad de Cádiz, 737 pp. [ISBN: 978 1 4073 0223 2]

La obra consta de dos volúmenes netamente diferenciados que podrían haberse publicado por separado, reportándole al autor un mayor rédito curricular, sin embargo es perfectamente coherente su unidad pues ambas partes se complementan.

El volumen I se centra en el estudio del complejo alfarero de Torre Alta, en la zona noroeste del término municipal de San Fernando, en lo que antiguamente era el ámbito insular de las *Gadeira*. En la *Antipolis* gaditana, isla soldada a la antigua *Kotinoussa*.

El autor nos ofrece una memoria de excavación exhaustiva del sector del alfar documentado en las campañas comprendidas entre 2001 y 2003. Desgraciadamente de los sondeos y controles arqueológicos realizados con anterioridad, en la década de 1990, ha contado sólo con una parte de la información, fundamentalmente la que ha sido publicada. Todavía permanece inédito un contingente nada desdeñable de los resultados de esos trabajos.

Esta publicación se nos antoja como modelo de lo que debería ser el común denominador de cualquier trabajo arqueológico, ya sea sistemático o de una intervención de urgencia. También es encomiable por lo que ha supuesto de salvamento de la información recogida en el proceso de una excavación reciente, mientras que la información de las más antiguas con el tiempo se va adelgazando en la memoria del arqueólogo, hasta reducirse a la mínima expresión cuando la documentación gráfica y escrita llega después de años a un nuevo arqueólogo. Así se pierde una información preciosa que se vuelve irrecuperable.

Cabe hacer una pequeña objeción al trabajo como tal memoria arqueológica y es su carácter casi exclusivamente estratigráfico, de estructuras y ceramológico, faltando los análisis y estudios de materias orgánicas hoy día imprescindibles en cualquier excavación. Sin duda no es una carencia achacable al autor de la obra,

sino a la no disposición de recursos económicos para realizar estos estudios por parte de la entidad responsable de los trabajos.

Esta obra, como algunas otras, atenúa un poco la terrible desazón que nos genera la arqueología desarrollada en los últimos decenios. En buena medida decidida en los despachos inmobiliarios que dan más trabajo a las empresas de arqueología que menos problemas les plantean, que intentan reducir al mínimo el gasto en los trabajos y que sólo costean informe exiguo y no facilitan la financiación de analíticas. Nunca se había removido tanta tierra ni recuperado tantos materiales cerámicos, pero tampoco nunca ha sido tan grande la desproporción respecto al estudio de los hallazgos.

En esta primera parte se suceden distintos apartados, como un estudio paleotopográfico del yacimiento, su correspondiente balance historiográfico y la descripción de todos los trabajos emprendidos con anterioridad en el mismo. Los capítulos 2 al 4 se centran en el estudio de las escombreras y vertederos, de los hornos y de los contextos cerámicos asociados a los mismos. La inmersión del autor en la problemática estratigráfica y arqueológica del yacimiento de Torre Alta es total.

Se ofrece un análisis tipológico de los hornos, comparándolos con sus precedentes en Sarepta (Líbano) y Mozia (Sicilia). Al parecer, en este sector el período comprendido entre los siglos V y IV a.C. se encuentra mal documentado y es a partir del segundo cuarto del s. III a.C. cuando se inaugura una fase de creciente desarrollo de la producción, alcanzando su apogeo en plena Segunda Guerra Púnica, entre 220-190 a.C. Interesante es el abandono ritualizado del Horno nº 4 con un depósito votivo de algunos recipientes (pp. 176 y 216).

Como se señala en la monografía las formas cerámicas producidas en el taller y sus fases ofrecen una sucesión más compleja de lo que se pensaba inicialmente (p. 291). También se constata que la dedicación principal y desde un inicio fue a la fabricación de ánforas, especialmente las T 8.2.1.1 y T 12.1.1.1 y 1/2 (p. 293). Se produce después un rápido ascenso de las T 9.1.1.1, y se mantiene estable la imitación de ánforas grecoitalicas. Además, llegó a abundar la producción subsidiaria de cerámicas de cocina y barnizadas.

También cuenta con una recopilación exhaustiva de las distintas interpretaciones que se han ofrecido sobre las estampillas impresas sobre algunas ánforas. Éstas se limitan a unos pocos temas: la roseta, el “símbolo llamado de Tanit”, túnidos y escena de personaje llenando un ánfora y detrás un túnido (pp. 298-306). El “símbolo llamado de Tanit” se ha relacionado con la presencia bárquida cuando todavía no se ha confirmado ni su significado ni su relación con Tinnit. Como señala el autor el vínculo de este símbolo respecto a una cierta dependencia de Cartago parece descartable pues esta marca se encuentra en las ánforas T 9.1.1.1 y en las imitaciones de grecoitalicas más evolucionadas, cuando la metrópoli centromediterránea ya había sucumbido. Una relación de la roseta con Melqart y por lo tanto con *Gadir* también es más que improbable. Si su vínculo con Astarté parece más sugerente no es posible excluir una relación con otras deidades o como mero símbolo

astral. La marca con atunes tampoco tiene porqué representar una mayor dependencia o protección de Melqart y su templo, como desmiente el autor, a pesar de que las acuñaciones gadeiritas representen frecuentemente a Melqart con atributos heracleos en el anverso y atunes en el reverso. Tampoco se ha podido ir muy lejos a la hora de concretar la finalidad de las marcas, si como distintivo de diferentes envasadores o destinatarios o como marca de propiedad de algún centro de culto, etc. Sin duda, sobre este asunto es necesario indagar mucho más.

Hace uso de una terminología sobre fases y épocas a veces muy adecuada, pero en otras no tanto. Sin duda es muy pertinente para el ámbito gaditano el hablar de una fase “tardo-púnica”, lo mismo que puede serlo para otras viejas ciudades fenicias como Malaca entre los siglos III y I a.C. Para el caso gadeirita es especialmente adecuado en la medida en que mantuvo una importante tradición púnica hasta el s. I a.C. y estatutariamente seguía siendo un estado independiente, aunque federado con Roma. Más problemático es hablar de una fase “Tardo-arcaica”, un término utilizado para referirse a un momento del arte griego entre el Arcaísmo y el estilo Severo. Si no se encuentra otro más adecuado, bastaría con señalar el marco cronológico con fechas. También parece excesivo calificar de “alfareras protohistóricas gadiritas” a unos talleres de los siglos III y I a.C. (p. 118), cuando la entidad ciudadana a la que pertenecían era o formaba parte de un estado y venía utilizando la escritura desde varios siglos antes, cuando menos desde el siglo VIII a.C.

Este volumen se completa con la publicación de unos cuadros de síntesis con las producciones del área alfarera de Torre Alta, muy aclaratorios en cuanto a la evolución del taller (pp. 323-329).

El segundo volumen, según la portada, se centra en la producción alfarera gadirita durante los siglos III y II a.C., aunque hace gala al título que aparece en la primera página “Bloque II, “Hornos, vasijas y salazones. La producción alfarera gadirita durante los siglos -III y -II”, pues no se limita a un recuento de hornos, testares y formas cerámicas, sino que establece su íntima relación con la producción pesquera y las factorías salazoneras de la bahía gaditana.

El extenso capítulo 6 recoge con exhaustividad los vestigios arqueológicos de las “áreas de aprovechamiento alfarero” del antiguo ámbito insular gaditano, planteando un modelo de parcelación poligonal en torno a los alfares (p. 337, fig. 1) que delimitaría las áreas de extracción de arcillas de cada taller. La dispersión de los yacimientos relacionados con la manufactura alfarera tanto en época prerromana como romano-republicana permite corroborar la existencia de zonas predefinidas con una extensión en principio regular repartidas por buena parte de la antigua isla de *Antipolis* (f.1). Según el autor este modelo parece funcionar desde al menos el s. VI hasta el II a.C. (p. 336). La conclusión parece ir en la línea de la propuesta de E. Ferrer y E. García (2002) según la cual los alfares se distribuirían por la isla de forma ordenada siguiendo quizás un patrón que denotaría una gestión comunal de los recursos y posiblemente de los hornos, seguramente explotados en régimen de

alquiler, quizás con transacciones tuteladas por los templos, especialmente el de Melqart, el más cercano (p. 334).

Su conclusión, que nos parece muy convincente, le lleva a considerar que la organización de la producción alfarera debió ser gestionada en parte por el Estado en tanto que propietario del territorio parcelado con los recursos arcillosos donde se instalaron los alfares y hornos, mientras debió ser “privado” y en buena medida oligárquico el control de los medios de producción (alfares, saladeros, salinas, áreas de pesca, etc.)” (p. 513). A este propósito sólo faltaría realizar análisis antracológicos y polínicos con el fin de averiguar la procedencia y organización de la extracción del combustible necesario para los hornos.

De gran valor es el estudio de los tipos anfóricos fabricados en los talleres anteriormente descritos, por lo que supone de avance respecto a los estudios tipológicos anteriores y de definición de una importante zona de producción anfórica para los tipos T-12.1.1.1 y T-12.1.1.2 (Mañá-Pascual A4), las T-8.2.1.1 (tipo Carmona) y las T-9.1.1.1 (tipo Campamentos numantinos). También se estudian las últimas ánforas púnico-gaditanas, las T-7.4.3.0/2/3 (Mañá C2b) y las imitaciones de ánforas grecoitalicas antiguas y de transición. De todas ellas se ofrece un acercamiento historiográfico, su evolución morfológica, definición de centros de producción, cronología, y tipo de salazones envasadas. No falta un estudio de las tapas para el hermetismo de las ánforas.

Algunas páginas se dedican a las cerámicas de barniz rojo de influencia griega y campaniense producidas en los talleres (pp. 602-619). Suficientes en tanto que previamente éstas ya fueron sistematizadas por A.M. Niveau (2004 a-c y 2006 a), no pudiendo el autor plantear ordenaciones crono-tipológicas novedosas (p. 616).

Pocas fueron las cerámicas pintadas manufacturadas en los alfares de la isla, apenas algunos platos, tinajas y ungüentarios. Más abundantes lo fueron las cerámicas comunes. De ellas sorprende el aspecto arcaizante de las pocas lucernas de dos picos representadas (fig. 43). Se trata sin duda de un producto residual, quizás destinado a los templos, pues parece que fueron sustituidas mayoritariamente por lucernas de tipo helenístico de barniz negro o rojo.

El capítulo 8 es el de las Conclusiones, que se recogen bajo el epígrafe “La economía salazonera gadirita en época helenística”. En él se vuelve sobre el tema del modelo productivo, sin duda un aspecto capital para el historiador, llegando a la conclusión de que el modelo definido antes como de explotación intensiva y global de la bahía y la distribución funcional y reglada de los espacios (saladeros en una zona y alfares en otra) estaba ya en pleno funcionamiento a partir de momentos avanzados del s. VI a.C. (p. 698).

En suma, nos encontramos ante un trabajo muy minucioso, prolijo incluso, que ofrece una documentación impecablemente presentada. Especialmente relevante es la calidad de los dibujos de los materiales, hechos con gran meticulosidad. Pero, quizás lo más destacable es la calidad del estudio y la aportación de resultados para la síntesis histórica.

Fernando López Pardo
CEFYP- Universidad Complutense de Madrid

Angela BELLIA, *Coroplastica conraffigurazioni musicali nella Sicilia Greca (secoli VI-III a.C.)*, Biblioteca di «Sicilia Antiqua» 3., Pisa-Roma, Fabricio Serra Editore, 2009, 203 pp. [ISSN 1970-1454 – ISBN: 978-88-6227-191-2]

Este volumen tiene por objeto la catalogación y ordenación de un significativo conjunto de figuritas de terracota con iconografía musical procedentes de diversos yacimientos arqueológicos de la Sicilia griega. Se han catalogado en él 376 piezas, datadas entre los siglos VI y III antes de nuestra Era, que se encuentran dispersas en diversos museos sicilianos y colecciones particulares. Angela Bellia ha llevado a cabo un esmerado trabajo, organizando esta importante colección de materiales arqueológicos desde una perspectiva musicológica, resultando de ello una obra de naturaleza interdisciplinar. Hasta la fecha, la iconografía musical de los exvotos griegos de terracota no había sido objeto de estudios sistemáticos de conjunto. Algunas publicaciones previas habían abordado el análisis de algunos aspectos parciales del tema, desde el ámbito de la historia de las religiones, pero faltaba la realización de un repertorio completo, en forma de *Corpus*, donde el material arqueológico fuera analizado musicalmente y de forma global.

El capítulo primero del libro, «Diffusione della coroplastica con raffigurazioni musicali in Sicilia», constituye el catálogo propiamente dicho, organizado de acuerdo con la propagación geográfica de las piezas y ordenado alfabéticamente para facilitar la búsqueda, con un número de inventario creciente. Las obras pertenecientes a colecciones privadas se han situado al final. Los lugares arqueológicos de procedencia de los hallazgos se han nombrado, en todos los casos posibles, tanto en sus designaciones griegas como latinas y van precedidos de una sucinta anotación histórica y acompañados de un mapa de localización. Cuando diversas piezas han sido encontradas en un mismo sitio arqueológico, la autora ha optado por ordenar los materiales teniendo en cuenta la función del área de procedencia de cada artefacto: áreas sacras urbanas, áreas sacras suburbanas, lugares de habitación, necrópolis y otros.

También se ha observado una clasificación musical para los hallazgos entre los que se distinguen diecinueve tipologías de piezas; seis de dichos prototipos corresponden a figuras femeninas que se distinguen por el instrumento musical que tañen

(*auloi*, *tympanon*, *kithara*, *Kymbala*, arpa, *lyra*). Las restantes categorías corresponden a *Kourotrophoi*, figuras femeninas aladas (¿Sirenas?), representaciones de Hermafrodito, triadas de figuras femeninas, *pinakes*, tañedores masculinos de *auloi*, personajes reclinados con *lyra*, Bes, Pan, personajes masculinos con *syrix*, Eros y figuras diversas asociadas al mundo teatral.

La descripción de cada pieza atiende, fundamentalmente, los elementos musicales de la misma: su morfología, sus características organológicas y técnicas, la posición de la figura con respecto al instrumento, e l modo de tañerlo en cada caso o a la indumentaria y aspecto de los intérpretes-músicos o de las figuras que portan los instrumentos, con el objeto de encontrar prototipos iconográficos análogos o sus variantes.

En el capítulo segundo («Tipología, Cronología e contesti di rinvenimento») se ha realizado un comentario al catálogo que sugiere interesantes reflexiones y abre nuevas vías a la investigación. Con tan exhaustiva y correcta la ordenación del *corpus*, según los criterios arriba mencionados, la autora ha podido establecer notables conclusiones relativas a cuáles fueron los centros más importantes de los hallazgos y sus funciones, así como los principales lugares de asentamiento de talleres dedicados a la fabricación de este tipo de objetos. En primer lugar se atiende a las tipologías, ordenadas cronológicamente, explicando cada una de ellas en un discurso apoyado en un aparato crítico muy firme, en el cual se desvelan las analogías y/o diferencias que presentan las piezas de este conjunto con respecto a otros grupos de terracotas (indumentarias, ornamentación, etc.). El análisis considera, asimismo, la difusión de prototipos similares en la Magna Grecia y en el ámbito mediterráneo, con la intención de suscitar el debate y abrir nuevas perspectivas de acercamiento al tema.

Por lo que se refiere a los contextos arqueológicos de los hallazgos, se ha podido verificar que las estatuillas con iconografía musical, como otras tantas tipologías de terracotas griegas, tuvieron mayoritariamente una función votiva; catorce grupos de estatuillas proceden de áreas sacras cuya dedicación está relacionada con divinidades femeninas del ámbito ctónico e infernal, siendo Demeter y Perséfone las principales destinatarias de estos modestos exvotos musicales. En unos pocos casos es Ártemis la diosa a quien iban dirigidos. La autora ha demostrado que con menos frecuencia, las terracotas proceden de lugares de habitación (en nueve ejemplares) y de las necrópolis (en diez casos).

El libro concluye con un apéndice de textos griegos y latinos que nos informan acerca de la iconografía musical y aclaran parcialmente el significado de algunas de estas representaciones plásticas, seguido de una cuidada bibliografía, muy específica y completa, en relación al tema tratado.

Como hemos tratado de extractar en las líneas precedentes, el libro *Coroplastica con raffigurazioni musicali nella Sicilia Greca (Secoli VI- III a.C.)* pone ante el lector la ordenación exhaustiva de un importante conjunto de piezas y abre una novedosa perspectiva de acercamiento al material arqueológico, analizado en esta

ocasión desde la mirada de la Musicología. Según señala la propia autora en sus consideraciones iniciales, quedan ahora muchas cuestiones en las que profundizar, tanto en aspectos específicos como desde un punto de vista global. Quizá uno de los asuntos más interesantes que este libro plantea, es averiguar el significado que tuvieron estas representaciones musicales en el marco de la creencia y el rito... toda una llamada de atención, sin duda, para futuros trabajos de investigación de naturaleza interdisciplinar.

María Isabel Rodríguez López

Profesora de Arqueología

Departamento de CC. y TT. Historiográficas - Universidad Complutense de Madrid

Pietrina ANELLO – Jorge MARTÍNEZ-PINNA (eds.) *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia/Rapporti interculturali nel Mediterraneo antico: Sicilia e Iberia*, Málaga, Servicio de Publicaciones del Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga (CEDMA) – Università degli Studi di Palermo, 2008, 261 pp. [ISBN: 978-84-7785-810-2]

La fluida colaboración científica entre el área de Historia Antigua de la Universidad de Málaga y la Cattedra di Storia Greca de la Università degli Studi di Palermo permitió la celebración de un congreso en junio del 2006 cuyas conclusiones son las que ahora se nos trasladan como Actas bajo el título *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia/Rapporti interculturali nel Mediterraneo antico: Sicilia e Iberia*.

Esta obra responde al afán de analizar en profundidad las ricas e intensas relaciones culturales, comerciales, políticas, económicas... que se dieron entre Sicilia e Iberia entendidas no como entes aislados, sino como límites interrelacionados de un área cultural de vital importancia para nuestra historia como es el Mediterráneo Occidental. Como bien señalan los editores, el tema de las relaciones entre Iberia y Sicilia no es nuevo, remontándose su estudio a principios del s. XX, pero es en los últimos años cuando ha adquirido mayor importancia, lo que ha permitido un análisis en profundidad y el descubrimiento y tratamiento de nuevos datos que nos permiten un conocimiento más exhaustivo y preciso. Dentro de este proceso se sitúa la obra que ahora nos ocupa, que aporta nueva luz sobre aspectos claves e interesantes posibilidades de trabajo futuro.

El libro consta de 15 capítulos en los que se analizan desde los procesos de sincretismo mítico-religioso hasta el tratamiento historiográfico de Sicilia e Iberia en los autores antiguos pasando por la creciente importancia del comercio entre griegos e indígenas a ambos lados del Mediterráneo Occidental para, con una visión amplia y multidisciplinar, ofrecer una imagen del Occidente mediterráneo acorde con los nuevos datos y análisis.

El primero de estos capítulos (“Eracle eroe culturale tra Iberia e Sikelia”, firmado por Pietrina Anello) se centra en el décimo trabajo de Hércules, el robo de los bueyes de Gerión. La Prof. Anello trata de contestar a una pregunta compleja: ¿en el robo de los bueyes de Gerión la localización en Iberia es originaria o es producto de una adaptación del mito a la realidad colonial a la que termina representando? A través de un exhaustivo estudio de las fuentes la autora concluye que la transformación de Heracles de héroe aristocrático a héroe cultural se debió, sin duda, al contexto colonial en el que se asentó pronto el héroe, contexto necesitado de continuas justificaciones ideológicas que legitimaran la violencia ejercida.

El segundo capítulo (“Comercio e intercambio entre griegos e indígenas en el Occidente del Mediterráneo”) corre a cargo de Adolfo Domínguez Monedero, quien marca las diferencias culturales entre una Sicilia que acaba helenizándose profundamente y una Península Ibérica en la que los griegos llegaron más tarde y con menos fuerza que los fenicios, viéndose obligados a desarrollar sistemas de contacto alternativos y/o complementarios a los que fenicios e indígenas ya habían puesto en funcionamiento. No se trata de analizar bloques cerrados o de enfrentar a griegos con fenicios y con indígenas, sino de analizar las relaciones comerciales bajo un prisma de movilidad e intersección en el que los *emporía* funcionan como centros de “tráfico internacional”, destacando entre todos Ampurias.

Giulia R. Stuppia focaliza el tercer capítulo (“I Rodii e l’Iberia”) en las relaciones entre los rodios y la Península Ibérica, problemática debido a lo exiguo de las fuentes, pero no por ello menos importante.

En el cuarto capítulo (“Los griegos y Gadir: Tarteso, el drago y el bronce de Samos”) Manuel Álvarez Martí-Aguilar se centra en las fuentes que identifican Tartesos con Gadir para prestar la debida atención a la posibilidad de que Tartesos fuera el nombre de un establecimiento fenicio arcaico en el ámbito colonial gaditano. Ya que la identificación Tartesos-Gadir es tardía (del s. I a. C. en adelante) el autor se remonta al estudio detallado de las fuentes más antiguas sobre Tartesos y Gadir, para colegir si la identificación responde a una defectuosa transmisión de la información o a la proximidad geográfica. El Dr. Álvarez concluye que es posible asociar el Tartesos conocido por samios y focenses con lo que luego sería llamado Gadir, debiéndose la identificación probablemente a la utilización de topónimos diferentes que se referían a un único lugar por parte de grupos culturalmente distintos.

El quinto capítulo (“Minosse e Cocalo *History’s Beginners* in Tucidide e in Antioco di Siracusa” de Gabriella Vanotti) recupera el mito de la muerte de Minos a manos del rey sicano Cocalos para analizar el sentido dado por Tucídides a la noticia sobre la talasocracia de Minos que aparece en el capítulo introductorio (su famosa *Arqueología*) de su obra y que se relaciona directamente con el poderío marítimo de Atenas en la época de Tucídides y con la utilización de Antioco de Siracusa por parte de Tucídides como fuente para la historia siciliota.

Roberto Sammartano en el capítulo VI (“Filisto e le origini delle popolazioni anelleniche di Sicilia”) nos ofrece un recorrido por la obra del historiador Filisto y sus

estudios sobre los orígenes de las poblaciones pre-griegas de Sicilia, en los que los sicanos aparecen como sucesores de poblaciones indígenas procedentes de *Hiberia* y los sículos como descendientes de los ligures.

El capítulo séptimo (“Mercenari iberi in Sicilia tra la fine del V e il IV sec. a.C.”, de Bartolina Orlando) se centra en la frecuente presencia de mercenarios ibéricos en las filas siciliotas durante la convulsa etapa que abarca el final del s. V y todo el s. IV a. C., cuando Sicilia renueva sus enfrentamientos con Cartago mientras se acrecientan sus problemas con la Magna Grecia.

Por su parte, Francisco Sánchez Jiménez enfoca el capítulo octavo (“Timeo y la Península Ibérica”) hacia el estudio de la Península Ibérica en la obra del historiador de Tauromenio. A pesar de que su obra nos haya llegado fragmentada, Timeo es uno de las claves para el conocimiento ya no sólo de la historia siciliota, sino también de la imagen que del Occidente mediterráneo en general y de la Península Ibérica en particular se transmite durante la Antigüedad clásica.

El noveno capítulo (“Sagunto, “nemesi” di Messana”) corresponde al análisis que hace Claudio Vacanti del papel que corresponde a Sagunto en el contexto de la Segunda Guerra Púnica, en contraposición por el jugado por Mesina cincuenta años antes.

Francesca Mattaliano, por su parte, aborda en el capítulo décimo (“Il papiro di Artemidoro tra Eratostene e Strabone”) la importancia del Papiro de Artemidoro en lo que respecta al análisis de la Península Ibérica y la influencia del mismo en la obra de Estrabón y, por ende, en la concepción que de Iberia se tiene en gran parte de la Antigüedad y en nuestros días. La autora acompaña su texto con variadas ilustraciones tanto del propio papiro como de otros mapas antiguos (la Tabula Peutingeriana o el mapa de Soletto) que permiten contextualizar las concepciones geográficas de la época.

El capítulo once (“Geografia y *epos* en la Iberia antigua: a propósito de Estrabón y el libro III”, a cargo de Gonzalo Cruz Andreotti) analiza el papel que juegan algunas de las tradiciones míticas y etnogenéticas sobre la Península Ibérica en el libro que Estrabón escribe sobre la misma y que no es un tratado geográfico al uso, como ya se ha defendido hasta la saciedad. A la fácil oposición civilización/barbarie Estrabón añade una lógica histórica directamente vinculada al imperialismo romano que le permite un salto cualitativo en cuanto a crítica de fuentes: pasa de una Península Ibérica dominada por monstruos y héroes a otra inserta en el entramado administrativo y geográfico romano que mantiene la tradición como una característica idiosincrática de especial relevancia.

En el capítulo doce (“Note etnografiche nella storia politica della Spagna romana”) Rosalia Marino expone la complejidad de un territorio como el peninsular, del que las fuentes muchas veces nos aportan apuntes etnográficos que, sin un análisis razonado, tienden a pasar desapercibidos. La autora se centra en una información de Salustio sobre la lucha de Sertorio en la que, tras la peripecia política, subyace una valiosa información sobre el papel de las mujeres en la sociedad vaccea.

Clelia Martínez Maza se adentra en la historiografía de la Antigüedad tardía en el capítulo trece (“Gregorio Magno y los judíos: Hispania y Sicilia como modelos de comportamiento”) en el que reflexiona sobre la actividad evangelizadora de Gregorio Magno en el Occidente, considerando que la adaptación de las medidas contra los judíos a diferentes áreas geográficas no se debió a debilidad o incoherencia en el plan, sino a adaptabilidad a los contextos: así, mientras que en Sicilia, donde la ausencia de una administración imperial impedía al papa exigir el cumplimiento de sus disposiciones, se propugna una cristianización pedagógica y una convivencia pacífica, en Toledo, donde la mayor centralización otorgaba al papa más capacidad de intervención, se defienden las virtudes de la coerción como medio de lograr la conversión de los judíos.

Las cuestiones historiográficas referentes a la Antigüedad tardía ocupan también la atención de Davide Salvo quien, en el decimocuarto capítulo (“La Sicilia e la Spagna nelle *Storie* di Paolo Orosio”), analiza los pasajes de la obra de Orosio que hacen referencia a Sicilia y a Hispania.

Por último, en el capítulo quince (“Las tradiciones fundacionales en la Península Ibérica”) Jorge Martínez-Pinna analiza la construcción griega de la Península Ibérica. Con la llegada de los griegos, Iberia se ve poblada de personajes, leyendas, tradiciones y héroes helenos que la sitúan, poco a poco, en el límite de la *oikoumene*, pergeñando una imagen de la Península a la que responderán no sólo otros habitantes del Mediterráneo occidental (famosa es la leyenda que remonta el origen de los sicanos a Iberia), entre ellos los romanos, sino también gran parte de nuestra propia tradición historiográfica moderna.

Concluyendo, podemos decir que esta obra ofrece al lector un estudio en profundidad de las relaciones entre Sicilia e Iberia y, por tanto, un acercamiento sugestivo a las complejidades culturales del Mediterráneo occidental de época antigua.

El hecho de aunar ambos extremos del Occidente en un único análisis recoge una tradición ya existente, como decíamos al principio, pero ofrece al tiempo una nueva perspectiva tanto de Iberia y Sicilia como del Mediterráneo occidental, pues abarca análisis literarios, arqueológicos, historiográficos, mitológicos, políticos, económicos, culturales... en un arco de tiempo que va desde el s. X a.C. al s. VI d.C.

A la innegable calidad científica se añade, además, una excelente edición, presentada en un formato sencillo y cuidado que sin duda contribuirá a la distribución de la obra, concebida para investigadores pero no exenta de atractivos para un público interesado en la Historia científica.

M^a Cruz Cardete del Olmo
Departamento de Historia Antigua
Facultad de Geografía e Historia – Universidad Complutense de Madrid
Correo electrónico: mcardete@ghis.ucm.es

Javier RODRÍGUEZ CORRAL, *A Galicia castrexa*, Santiago, Lóstrego, 2009, 239 pp. [ISBN: 9788493661335]

Hace años que el panorama historiográfico gallego venía pidiendo (si no a gritos si con la boca pequeña) una actualización del *mundo castrexo* que desde el conocido trabajo de Calo Lourido (1993) carecía de renovación.

Señala A.F. Harding, en su obra acerca de las sociedades europeas de la Edad del Bronce, que a los restos materiales (a la hora de realizar un libro, se entiende) debemos sumarles la imaginación y la comparación; y es eso, pero no sólo, lo que J. Rodríguez Corral realiza en esta obra.

Sin embargo, este libro no se limita a realizar una síntesis, un compendio de los datos arqueológico, sino que se realiza una recopilación de datos arqueológicos totalmente actualizados a los que se añade la labor del historiador que compagina las fuentes clásicas (no sólo el habitualmente recurrido Estrabón, sino también Homero, Cátulo, Apiano, Diodoro, Floro, Orosio, Plinio “el Viejo” o Tito Livio) con investigaciones recientes y una buena dosis de imaginación y reflexión; aderezado todo con argumentos sólidos. Todo esto se pone en relación y se vincula entre sí; pero por si no fuese suficiente, se añade la comparación entre los resultados del noroeste peninsular con toda la Europa atlántica, sin dejar de obviar el Mediterráneo y las influencias que de él devinieron, así como también con referencias a otros yacimientos de la Península Ibérica más allá del noroeste.

El resultado de ello es un trabajo en el que, mediante una escritura sencilla, que no precisa de conocimientos técnicos para su lectura, se lleva a cabo una narración precisa y perfectamente documentada del mundo de los castros, de modo que la obra no se dirige a ningún público en concreto, siendo bien recibida por lectores de diferentes perfiles. Sin embargo, por si ésto no fuese suficiente, la obra esconde un complemento más, y es que su autor intercala teorías propias en base a los indicios encontrados. Con ello no sólo se actualiza la bibliografía (amplísimo el número de referencias así como contundente su presencia, directa o indirecta, a lo largo del libro), sino que se plantean una serie de hipótesis interesantes. Hipótesis tales como la función que las estatuas de los guerreros cumplirían a la entrada de los *oppida* o el motivo por el que se encuentra un templo fenicio-púnico en las cercanías de Vigo.

Retomando lo que decíamos al inicio, se trata una obra que en cierta medida podríamos comparar (*mutatis mutandis*) con la recientemente publicada de R. Lane Fox. Podemos compararla porque no se trata del resultado de la investigación de un arqueólogo ni la de un historiador “al uso”, ya que ambos modos se mezclan, añadiendo a su labor datos arqueológicos que acostumbran a ser poco estimados por los historiadores y viceversa (datos propios del historiador que los arqueólogos suelen relegar a segundo plano). Así, el resultado es una visión global de la cuestión con un grado de objetividad que sólo se ve reducido cuando, como ya señalamos, el autor sugiere algunas hipótesis interesantes, o cuando desde una perspectiva más narrativa describe cómo se vivía en el interior de un castro o cómo y de qué sus

individuos se alimentaban (por poner sólo dos ejemplos). A su vez, no tiene inconveniente alguno en romper con ciertos tópicos y sugerir alternativas o poner de manifiesto las últimas opciones en base a los recientes hallazgos y/o su relación con otros yacimientos del contexto atlántico, a lo que hay que añadir una explicación en cada uno de los casos en donde los datos por sí mismos no dirían gran cosa.

Señalamos ya que su lectura es sencilla y amena, sobre todo una vez que se superan los dos primeros capítulos; no obstante, es perceptible un considerable componente filosófico de fondo. Por un lado se percibe cierta influencia fenomenológica desde el inicio de la obra, lo que se hace explícito en el capítulo VII al sacar a la luz el posible uso de las saunas castrexas. Por otro lado, M. Foucault también parece mostrar cierta influencia en Javier Rodríguez, sobre todo el Foucault de y desde *Las palabras y las cosas*. A ello hay que sumar que a sus explicaciones les añade algunas pinceladas más interdisciplinarias aún; así, la náutica se suma a la explicación de la navegación por el Atlántico en función del velamen y el aparejo de las embarcaciones, y la posibilidad o no de emplear la técnica del barlovento-sotavento o la navegación de cabotaje (para lo que se requeriría de faros antes de la llegada de los romanos); y la antropología no pasa desapercibida, sobre todo en cuanto al simbolismo (constantemente presente en las explicaciones) y las relaciones sociales se refiere.

Concluyendo; tan necesaria como esperada, se trata de una obra sencilla en la forma pero profunda en el fondo, en la que la bibliografía se pone al día (con referencias del mismo 2009) y se abre el abanico de posibilidades interpretativas refrescando las hipótesis, rompiendo sin miedo tópicos existentes, relacionando el noroeste con su más lógica correspondencia (el Atlántico) sin olvidar la importancia e influencias mediterráneas y posibles correlatos peninsulares, y cuidando hasta la última iota suscrita, al menos en lo referente a explicaciones y datos. Tal vez, tan sólo podríamos criticarle la ausencia de gráficas y listados, más achacables al editor que al propio autor (quizá para una segunda edición se tome nota).

Gonzalo Mata García

Dpto. Historia I - Universidade de Santiago de Compostela

Christian JACOB, *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, traducción, edición y notas de Gonzalo Cruz Andreotti, Barcelona, 2008, Edicions Bellaterra S.L., 235 pp. [ISBN: 978-84-7290-418-7]⁴

Christian Jacob publicó en París, en 1991, de la mano de la editorial Armand Colin, su *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*⁵. Ahora, y gracias al concienzudo trabajo realizado por el profesor Gonzalo Cruz Andreotti, sale al mercado editorial la versión española de este libro, sin duda, un clásico entre los estudiosos de la geografía de época clásica.

Recoge la introducción una necesaria reflexión a propósito de las dificultades que ha enfrentado la historia de la geografía para conseguir definir una identidad propia. Esta disciplina ha tenido que luchar, durante siglos, contra los apriorismos, las extrapolaciones y las interpretaciones sesgadas, generados, en la mayoría de los casos y paradójicamente, por aquellos que se dedicaban a su estudio; así como contra un marcado individualismo de estos mismos especialistas y de sus aportaciones (*vid.* págs. 13-14). Por otra parte, la evolución histórica de la disciplina geográfica ha estado intrínsecamente vinculada al desarrollo de la cartografía, al ser el mapa el instrumento visual fundamental de la misma, y de la etnografía, ya que la descripción de todo espacio resulta deudora de los pobladores que lo ocupan y moldean (*vid.* págs. 16-17). El autor cierra la introducción haciendo referencia a los dos principios rectores de su obra: de una parte, la estructuración de los contenidos siguiendo un criterio cronológico; de otra, su claro interés por priorizar el comentario de los documentos disponibles aún en detrimento de una exposición holística de síntesis (*vid.* págs. 22-23).

En el primer capítulo, titulado *Primeras representaciones del espacio*, el autor desgrana las diversas valoraciones que se han hecho de las obras de Homero y Hesíodo para intentar discernir el valor, desde el punto de vista de la geografía, de los datos contenidos en sus versos. Así, Jacob dedica la mayor parte de este epígrafe a exponer las diferentes teorías que, desde época helenística y hasta nuestros días, se han ido trenzando alrededor de *La Odisea*. Como es bien sabido, dos son los posicionamientos fundamentales: por una parte, aquel que negaba el valor de los datos proporcionados por el aedo griego, relegándolos al terreno del mito y la elucubración poética y cuyo máximo exponente fue, sin duda, Eratóstenes; de otra, está la interpretación evemerista, que ve en el texto homérico, un indudable fondo

⁴ Este trabajo se enmarca dentro de las actuaciones del grupo de investigación “La construcción y evolución de las entidades étnicas en Andalucía en la Antigüedad (siglos VII a.C.- II d.C.)” (HUM-3482) dirigido por el Dr. D. Gonzalo Cruz Andreotti.

⁵ CHRISTIAN JACOB, *Géographie et ethnographie en Grèce ancienne*, Armand Colin Éditeur, Paris, 1991, 183 pp. [I.S.B.N. 2-200-33068-5].

de verdad y que defiende el saber *quasi* omnisciente del poeta. Esta tendencia estaría representada por Polibio. Conocemos este debate por Estrabón quién, en su *Geografía*, terminará por defender la validez de los datos desgranados en el viaje de Odiseo. No obstante, y como bien señala Jacob, la discusión llega a nuestros días, como quedó demostrado con el ingente trabajo desarrollado en los años veinte del pasado siglo por el erudito Victor Bérard. De igual forma, y en palabras del propio autor, hemos de ver a *La Odisea* como el texto fundador de la antropología griega (*vid.* págs. 36 y 43), al mostrarle al griego un catálogo de lo “diferente” (*vid.* pág. 44). En este ámbito de la antropología se desenvolverá, igualmente, *Los trabajos y los días*. En cuanto a *La Ilíada*, esta obra recoge entre sus versos un testimonio de primera magnitud como es el *Catálogo de las naves*, si bien, en la mayor parte de los casos, sólo menciona un topónimo o un gentilicio sin llegar a ubicarlo.

Los dos siguientes apartados, denominados *El primer mapa* y *El mapa y la guerra*, sirven de transición entre las descripciones míticas del siglo VIII y el relato herodoteo. Protagonista esencial de estos momentos será Anaximandro de Mileto, considerado el primer estudioso capaz de realizar un ejercicio de abstracción tan fundamental para la historia de la geografía como fue el trazado de un mapa.

El capítulo cuarto está dedicado a Heródoto. El autor de Halicarnaso, heredero directo de Hecateo de Mileto y de la escuela jonia, brindará a la posteridad una obra trascendental: las *Historias*. Bien que en el ánimo de Heródoto no anidaba la idea de redactar un tratado geográfico, no obstante, toda la narración está salpicada de datos y excursos a partir de cuya exégesis se puede pergeñar el estado de los conocimientos geográficos en el siglo V. La concepción jonia del espacio, dominada por la geometría y la reflexión teórica, ha dado paso a una descripción basada en la *autopsia* y en la necesidad de situar físicamente los acontecimientos relatados. De manera paralela, el discurso de las *Historias* proporciona interesantes datos etnográficos. Para Jacob, Heródoto articula un sistema retórico descriptivo muy preciso para hacer comprensible, a sus potenciales lectores griegos, la alteridad de los pueblos mencionados (*vid.* págs. 83-86). Así, los tres mecanismos fundamentales serían la inversión, la diferencia y la analogía. Mediante la primera, se pretende llamar la atención sobre todo aquello que es diametralmente opuesto a lo que el receptor de la información está acostumbrado. El segundo elemento, la diferencia, permite a Heródoto introducir sutiles distinciones en sus descripciones etnográficas. La narración se basa no sólo en resaltar lo opuesto –de este modo, todos los pueblos no griegos serían iguales–, sino en destacar las disimilitudes. Por último, un hábil uso de la comparación conseguiría formar en la mente del lector una imagen aproximada de lo que el autor quiere transmitirle a través del establecimiento de analogías con referentes sobradamente conocidos en el ámbito griego.

A continuación, el autor centra su atención en el *Periplo de Hanón*, relato griego que narra las peripecias del rey cartaginés epónimo en un viaje de circunnavegación de las costas africanas. Para Jacob, y a falta de nuevos datos que maticen su interpretación, se trataría de un texto plenamente griego, no sólo por la lengua en que

fue redactado, sino por el imaginario sobre el que fue urdido (*vid.* pág. 100). De este modo, la narración se acercaría más a las características de una *Odisea*, ya que sus protagonistas son llevados al paroxismo en situaciones que casi les harán dudar de su propia condición humana. Llegados a este punto, el mecanismo que les permitirá discernir sobre los conceptos de humanidad y civilización será, una vez más, la alteridad, apurada -en el caso concreto de este periplo- hasta su grado antitético extremo (*vid.* pág. 110).

Atenas y la Guerra del Peloponeso como motores de desarrollo del conocimiento cartográfico centran el capítulo 6. La fuente de información primordial sobre este período es, sin dudas, Tucídides. Para Jacob, resulta más que significativa la ausencia de mapas geográficos en la *Guerra del Peloponeso*, más aún si tenemos presente la importancia que su predecesor en el relato histórico, Heródoto, había otorgado a la representación gráfica del espacio como instrumento para comprender mejor los acontecimientos narrados. No obstante, esta diferencia de procedimiento queda explicada por la propia temática de las dos obras. Las *Historias* recogen hechos acaecidos fuera de la órbita griega; la *Guerra del Peloponeso*, en cambio, tiene como teatro de operaciones la propia Grecia y, por ello, Tucídides sentirá una mayor inclinación hacia la geografía histórica, uniéndose, en cierta medida, a la larga tradición de atidógrafos y logógrafos interesados en las etimologías y los relatos fundacionales. Llegados a este punto, bien se puede afirmar que ya en el siglo V a. de J.C. se habían puesto las bases, más que sólidas, de la literatura geográfica griega. Dos serían las tendencias descriptivas desarrolladas; de una parte, una geografía de Grecia, deudora de los relatos mitológicos y de la historia local y cuyo campo de interés quedaría limitado por el horizonte cultural griego; de otra parte, una geografía ecuménica que se sirve del mapa para situar gráficamente territorios localizados más allá de ese horizonte. Territorios cuyos habitantes presentan unos comportamientos que se definen, precisamente, por su oposición o su diferenciación de aquello que, para un heleno, es lo normativo (*vid.* pág. 122).

De la evolución que sigue el saber geográfico desde la Atenas del siglo IV a. de J.C. hasta su eclosión definitiva en la Alejandría helenística versará el capítulo siete. Discípulo directo de Platón y de las enseñanzas de la Academia será Eudoxo de Cnido, quien defenderá la forma elíptica de la ecúmene y escribirá un *Períodos Gês* siguiendo, según testimonios indirectos, la senda topo-etnográfica trazada por Heródoto (*vid.* pág. 125). Casi de manera simultánea, se desarrollará la labor enciclopédica del Liceo de Aristóteles donde, evidentemente, el conocimiento del territorio y los fenómenos físicos que le afectan también ocuparán un lugar destacado. Así, Aristóteles formulará su celeberrima teoría geocéntrica, en la que la tierra habitada será una isla en la que interactúan los cuatro elementos básicos: fuego, tierra, aire y agua. Llama la atención, leyendo sus *Meteorológicos*, lo poco que se ha avanzado en el ámbito geográfico desde la obra herodotea (*vid.* pág. 132). Ya en el siglo III a. de J.C. el centro intelectual del Mediterráneo basculará hacia Alejandría, ciudad que hará de su Museo y de su Biblioteca puntos de referencia obligada.

Ejemplo señero del espíritu ecléctico que se respira en el Pórtico alejandrino será Eratóstenes, fundador de una nueva forma de entender la geografía (*vid.* pág. 135).

De este modo, y como veremos en el capítulo octavo, con Eratóstenes arranca toda una tradición cartográfica -cuyos ítems principales serán Hiparco, Polibio, Posidonio, Marino de Tiro y Ptolomeo- de la que, desgraciadamente, poco ha llegado a nuestros días. Será el geógrafo de época augustea Estrabón quien nos brinde, a través de su obra *Geografía*, los retazos de esta ingente producción científica. La lectura de estos testimonios permite constatar cómo, a partir de Eratóstenes, la geografía se constituye en una disciplina profesionalizada que contará con un lenguaje y una metodología propios (*vid.* pág. 148). Esta disciplina habrá de basarse, mayormente, en el trabajo de gabinete, circunstancia que, por otra parte, propiciará una labor de exégesis y crítica de fuentes sin precedentes (*vid.* págs. 150-160). El capítulo se cierra con unas páginas dedicadas a Claudio Ptolomeo, cima de la escuela alejandrina en materia cartográfica y predecesor directo, por su forma de entender el conocimiento, de los sabios del Renacimiento (*vid.* págs. 160-168).

El penúltimo capítulo del libro está dedicado a la etnografía alejandrina y para ejemplificar su exposición, Christian Jacob se sirve de Agatárcides de Cnido y su obra *Tratado sobre el mar Rojo*. Recuperando el mecanismo de alteridad ya empleado -como vimos- por Heródoto, Agatárcides va desgranando una serie de contrastes entre la manera de proceder griega y la de los exóticos pueblos descritos, que afectan a todos los niveles de la vida: hábitos alimenticios, rituales, hábitat, habilidades técnicas, etc., (*vid.* pág. 180). No obstante, el *Tratado sobre el mar Rojo* dejará en el lector una impronta bien distinta a la causada por las *Historias*. Hijo de su tiempo, Agatárcides transmitirá el pesimismo que le inspira el declive del modelo poliado griego y sus descripciones etnográficas sembrarán la duda sobre la estabilidad de su mundo en el espíritu del hombre civilizado (*vid.* pág. 187).

Estrabón y su fundamental *Geografía* ocupan el décimo y último capítulo. Concebida en diecisiete libros que vendrían a complementar los otros cuarenta y siete que componían su producción histórica, la *Geografía* se constituye como obra señera del conocimiento geográfico de la Antigüedad tanto por sí misma, como por la gran cantidad de información que, sobre otros autores y sus obras, nos transmite (*vid.* págs. 189-190). Estrabón concibe la geografía como disciplina de filósofos, entendiendo el término en el sentido etimológico: aquel que se dedique a ella deberá estar en posesión de la *polimatheía*. Conocimientos que, por otra parte, irán aumentando a medida que se ahonde en su práctica. De igual forma, el saber geográfico ha de resultarle de utilidad al estratega y al mandatario (*vid.* págs. 190-193). Para la redacción de su magno tratado, Estrabón recurrirá a su propia experiencia pero, sobre todo, a la ingente tradición geográfica anterior. Así, en su narración se distingue el uso de los periplos, de la literatura de corte logográfico, de los relatos fundacionales, de la profusa exégesis helenística, de la documentación cartográfica e, incluso, de los *mirabilia* (*vid.* págs. 203-205). En cuanto a la etnografía, ésta se encuentra profundamente imbricada en la narración geográfica. El concepto de

alteridad -tan querido, como hemos visto, de los griegos en sus descripciones- toma, en Estrabón, una nueva perspectiva. Lo reseñable no es ya la oposición griego-bárbaro, sino la antítesis civilizado-bárbaro. Esta dicotomía está jerarquizada en diferentes y variados estadios, que van desde el bárbaro que vive en condiciones prácticamente animales, hasta los pueblos que han alcanzado la excelencia política y, en consecuencia, son el culmen de la civilización (*vid.* págs. 206-213).

En su conclusión, el autor reflexiona sobre la difícil génesis y la complicada evolución de la disciplina geográfica en la Antigüedad. El peso de la tradición evemerista y homérica se impuso durante largos siglos y relegó los avances de sabios como Eratóstenes a los gabinetes de un reducido círculo de eruditos especialistas (*vid.* págs. 216-205).

Finaliza la obra con una más que pertinente bibliografía organizada siguiendo la propia estructuración del libro. En ella, se recogen las referencias ya citadas y comentadas en su día por Jacob, junto a trabajos de reciente aparición reseñados por otro gran conocedor de la problemática tratada, como es el profesor Gonzalo Cruz Andreotti, autor, como dijimos, de la traducción.

No queremos cerrar estas páginas sin destacar la capacidad con que Christian Jacob consigue plantear sus profundos conocimientos sobre el tema con gran claridad expositiva y narrativa. De este modo, construye una obra de amena lectura que resulta, a la vez, de gran utilidad, gracias, sobre todo, a la recopilación bibliográfica final. Así pues, *Geografía y etnografía en la Grecia antigua* constituye, a nuestro entender, un título de obligada lectura para todo aquel interesado por el complejo ámbito de la literatura etno-geográfica en época antigua.

Encarnación Castro Páez
Becaria con cargo a proyecto del
Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz
e-mail: encarnacion.castro@uca.es

Fernando ECHEVERRÍA, *Ciudadanos, campesinos y soldados. El nacimiento de la "pólis" griega y la teoría de la "revolución hoplita"*, Anejos Gladius, Madrid, CSIC, 2008, 355 pp. [ISBN: 978-84-00-08718-0]

El tema de la "revolución hoplítica" ha ocupado un lugar muy importante en la historiografía del mundo griego desde mediados del s. XX hasta la fecha, pero sin duda fue desde los años 70 cuando a partir de las críticas de Latacz que postulaba la existencia de la falange en Homero, se han ido viendo las debilidades o inconsistencias de esta teoría. En la presente obra, resultado de un trabajo minucioso y bien elaborado de tesis doctoral, Fernando Echeverría retoma el tema para plantear, desde una perspectiva global las fragilidades de esta hipótesis y sus ramificaciones, con el

valor de adentrarse en profundidad en las raíces de esta teoría, haciendo un minucioso y exhaustivo análisis historiográfico que ocupa la primera parte de la obra.

Desde esta perspectiva podría señalarse quizás, como una de las principales aportaciones de su trabajo, la denuncia de la repetición sin crítica y sin análisis de las fuentes, de modelos teóricos o reconstrucciones históricas que en ningún caso pueden ser “definitivas”. La otra gran aportación, desde nuestra perspectiva, es la presentación, a través de un análisis minucioso de las fuentes literarias, sin descuidar tampoco la arqueología y la iconografía, de elementos diferentes de los que suelen considerarse como parte esencial de la guerra arcaica y “hoplítica”, como las formaciones abiertas y móviles, el empleo de proyectiles, tanto en Homero como en los líricos. En este sentido, y en la línea de los estudios emprendidos por H. van Wees, el autor postula la inexistencia de falange hoplítica hasta prácticamente la época clásica, aunque reconoce la lucha de masas ya desde Homero, tal y como se planteó a partir de la revisión de la teoría de la “revolución hoplítica” en los años 70.

El autor critica con razón aspectos que han pasado a formar parte de los argumentos del desarrollo del ejército hoplítico en el arcaísmo griego como el determinismo tecnológico, la causalidad militar como motor de los procesos históricos y sociales, o la participación militar como requisito previo de participación política e integración ciudadana, frente a cuestiones esenciales como el acceso a la propiedad de la tierra. Algunos elementos de su crítica, sin embargo, no son tan claros, como el hecho de desvincular completamente la participación militar de la capacidad política, pero reconociendo al mismo tiempo los aspectos militares como elementos de afirmación del estatuto social y político de la elite en Homero. El autor pone por otra parte el énfasis de la dinámica histórica del arcaísmo griego prácticamente en los conflictos y luchas individuales o partidistas de aristócratas, es decir en la lucha de facciones aristocráticas, relegando a un segundo plano muy secundario, en la línea de trabajos recientes como los de G. Anderson, los aspectos comunitarios, “públicos” o propios de la *polis*, así como la *stasis* vertical entre el *demos* y los aristócratas, que tenemos documentados de un modo tan vívido por ejemplo en Solón. En este sentido quizás es interesante adentrarse en la época arcaica como un periodo donde lo “público” y el estado no pueden distinguirse netamente de lo “privado” ni de la actuación particular de nobles destacados, o al menos donde ambos planos se imbrican íntimamente, también en el terreno de la guerra. Es imposible adentrarse en el arcaísmo tratando de descubrir elementos propios del mundo moderno, como el concepto de “nación”, como subraya el propio autor. En este sentido quizás el análisis de determinadas magistraturas o instituciones arcaicas, así como casos particulares de conflictos bélicos (como la guerra contra Mégara por parte de Atenas, también “deformada” por las fuentes) ayudarían a matizar los “particularismos” y el carácter “privado” de las empresas, poniendo de relieve la imbricación de ambos ámbitos.

El autor también critica, siguiendo a van Wees, la posible creación de una clase de *mesoi* que habitualmente se identifica como clase hoplítica dentro de la *polis*.

Esta crítica ha contribuido a reavivar el debate de la supuesta ideología de “igualdad” desarrollada en el arcaísmo (postulada por I. Morris, V. Hanson y K.A. Raaflaub) y que habría contribuido a fomentar el desarrollo de la democracia; en estos autores el tema no se aborda sólo desde la perspectiva militar, sino también fundamentalmente desde la agraria y por ello para hacer una crítica en profundidad habría que analizar estos aspectos de la formación de una campesinado medio en esa época (en fuentes como Hesíodo) y adentrarse en aspectos que rebasan los objetivos de este estudio.

Para Fernando Echeverría el origen de la teoría de la revolución hoplita en los autores contemporáneos tiene su razón de ser en una lectura parcial de Aristóteles, un autor además muy posterior a los hechos (algo que debería aplicarse también cuando se analiza el tema de los *zeugitai*); pero en su lectura de Aristóteles se llega también a conclusiones parciales, al menos cuando desvincula completamente en este autor al *demos* y la clase agraria de los hoplitas, algo que habría que matizar.

El autor plantea finalmente la existencia de una evolución muy lenta en el desarrollo de la falange hoplítica desligada al menos como “causa”, de los procesos sociales y políticos, pero se echa en falta un análisis más minucioso de esta supuesta evolución en el s. VII y VI, pues da la impresión de que se pasa de la forma de lucha homérica/tirteica a la lucha en falange hoplítica desarrollada en s. V, lo que estaría implícitamente poniendo de relieve, sin buscarlo, una idea de “cambio brusco” o revolución.

En cualquier caso este trabajo es estimulante en el sentido de fomentar la reflexión y el análisis sin dar por sentadas determinadas cuestiones. Resulta igualmente muy oportuna su crítica al mecanicismo y a una visión lineal de los procesos históricos. Además se pone de relieve de forma acertada la complejidad de la dinámica histórica con afirmaciones como la que defiende que los “fenómenos militares se desarrollan como consecuencia de procesos sociales, económicos y políticos e ideológicos”; así, el autor percibe la guerra como un fenómeno social e ideológico, en el que la realidad (la participación en la guerra no encaja con la participación ciudadana) queda distorsionada por la ideología (los que combaten son ciudadanos), distorsión que se aplica también, al mundo homérico.

En definitiva la obra de Fernando Echeverría es un estudio esencial no ya sólo para el ámbito de la historia de Grecia en nuestro país sino también, creemos, con proyección internacional importante, pues contribuye a suscitar y reavivar debates que se encuentran ahora mismo candentes en la interpretación no sólo de la guerra en época arcaica en el mundo griego sino también de los procesos sociales en su conjunto para este período. La obra está llena de ideas interesantes, bien argumentadas y apoyadas en un riguroso análisis de las fuentes, con el recurso a estudios filológicos y etimológicos precisos.

Se trata por tanto de una excelente aproximación al tema de la guerra en su contexto sociopolítico arcaico y un punto de arranque para futuros debates en un te-

rreno como es el del desarrollo del ejército hoplítico que ha suscitado un vivo interés por su trascendencia a la hora de interpretar y comprender la sociedad griega.

Miriam Valdés
Universidad Complutense de Madrid

Miriam A. VALDÉS GUÍA, *El nacimiento de la autoctonía ateniense: cultos, mitos cívicos y sociedad de la Atenas del s. VI a. C.*, Anejo XXIII de *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, Madrid, 2008, 274 pp. [ISBN: 978-84-669-3063-5]

El texto de Miriam Valdés que ahora recensionamos, *El nacimiento de la autoctonía ateniense: cultos, mitos cívicos y sociedad de la Atenas del s. VI a. C.*, tiene méritos sobrados para destacar entre los análisis que sobre la Grecia antigua se han publicado en los últimos años. Y ello por varias razones. La primera, porque el análisis histórico del mundo griego antiguo no ha alcanzado aún en España el desarrollo de otras parcelas del estudio histórico sobre la Antigüedad, a pesar de la importancia de lo griego en nuestra tradición cultural. Libros como el de la Dra. Valdés impulsan el panorama español de estudios clásicos y animan a futuros profesionales a especializarse en una disciplina que, sin ser mayoritaria, va ganando cada vez más adeptos (sin duda merecido) en nuestras estructuras académicas. La segunda, por el excelente trabajo de documentación y análisis crítico que lleva a cabo la autora, una reputada especialista en el mundo ateniense de épocas arcaica y clásica. La tercera, porque entiende el análisis de un fenómeno religioso en el contexto histórico en el que se desarrolla, en una tendencia moderna y nada fenomenológica que niega la concepción estática de lo religioso y lo imbrica plenamente en lo social. La cuarta, por las variadas posibilidades de investigación que abre un estudio rico en matices y en sugerencias críticas, propicio al debate, máxime en un contexto investigador en el que las identidades y su construcción histórica y contextual se han convertido en uno de los temas estrella.

El tema principal del libro, como la propia autora declara en la introducción, es analizar cómo se construye el mito de la autoctonía ateniense durante el s. VI, ya que, aunque dicho mito, esencialmente político, tiene su apogeo en la Atenas clásica, hunde sus raíces y su desarrollo en el proceso de consolidación de la ciudadanía que vive Atenas de Solón a Clístenes, como consecuencia de la “liberalización” de la tierra y ampliación del campesinado propietario y del artesanado, cuyo derecho de participación política es necesario justificar ideológicamente. Se trata de una tesis ambiciosa que entra de lleno en los análisis sobre construcción del imaginario entendido no de forma abstracta o “espiritual” sino profundamente social y comunitaria. La autoctonía ateniense nos habla de Erictonio pero, más allá de las implicaciones mitológicas, refleja a una sociedad en proceso de cambio que se expresa ideológicamente a través de mitos. Analizándolos en su contexto histórico, como

hace la Dra. Valdés, podemos acercarnos a las realidades políticas, económicas, sociales, ideológicas, religiosas... de la sociedad ateniense de los ss. VI y V, marcada por conflictos sociales de amplio calado.

El libro se organiza en seis capítulos a los que se añade introducción, epílogo y bibliografía.

El primer capítulo (“Un nuevo ancestro para los atenienses: Apolo *Patroos*, Ion y la participación del *demos* en la *politeia*”), se centra, como anuncia el título, en la figura del Apolo *Patroos* y su conversión progresiva de dios jonio a símbolo de la ancestralidad del Ática. Alrededor de su figura se construye, en época de Solón, un entramado que, sin empañar aún el carácter jonio de los mitos atenienses (por el contrario, convierte a Atenas en ancestro del resto de jonios), empieza a situar a sus protagonistas (destacando Helios y Gea, padres de los Tritopátore, e Ion, hijo de Juto y, posteriormente del propio Apolo *Patroos*) en la línea de la autoctonía ateniense al tiempo que se configura territorialmente el Ática. No en vano Apolo *Patroos* es el patrón de la reforma soloniana de las tribus, marco de acceso, según la autora, a la ciudadanía de campesinos y artesanos antes desprovistos de derechos políticos que ahora pasan a formar parte activa de la *politeia*, participan (aunque aún con restricciones) en las nuevas instituciones solonianas, especialmente en la Heliea, y están vinculados “por descendencia” con la tierra a través de Apolo *Patroos*. Los aristócratas siguen controlando el acceso directo al poder, pero nuevos grupos sociales forman ya parte del mismo en un proceso que culminará, años después, en la instauración de un régimen democrático.

En el segundo capítulo (“Gea, la tierra de Atenas y las Genesisias: el campesinado ático”) se analizan las relaciones directas entre el culto a la Diosa Tierra (*Gaia Eleuthera*) y el proceso de liberalización del campesinado llevado a cabo por Solón con la abolición de la esclavitud por deudas y la extensión ideológica de la autoctonía más allá de los límites de la aristocracia, donde se había forjado y había permanecido hasta ese momento. Los campesinos que ahora pasan a formar parte del cuerpo ciudadano celebran con orgullo las Genesisias, fiestas centradas en los ancestros y dedicadas a Erecteo y la Madre Tierra, cuyo origen aristocrático se remonta al s. VII y que, gracias a las reformas de Solón, según defiende la autora, pasan a expresar el vínculo del *demos* ateniense con la Tierra, reservado con anterioridad a los aristócratas. La Dra. Valdés postula la relación existente entre esta fiesta y la guerra (cuya fiesta, las Boedromia, se celebraba en fechas muy cercanas), puesto que en estos momentos los campesinos “liberados” empiezan también a tener la posibilidad de costearse el armamento y defender al estado como hoplitas de pleno derecho. La nueva integración ciudadana de las distintas clases sociales se ve reflejada míticamente en la unión de Gea con Hefesto.

“La introducción de Hefesto en el imaginario ateniense y la promoción de los artesanos” muestra cómo, aunque la relación social entre artesanos, agricultores y aristócratas en Grecia es compleja y está llena de matices temporales, contextuales, geográficos, etc., puede decirse que con Solón y los Pisistrátidas se percibe un

proceso de dignificación del trabajo manual y, por lo tanto, de mayor integración del artesanado en la *politeia*, lo cual se ve reflejado en el mundo mítico (unión Gea-Hefesto, construcción de la autoctonía) y ritual (auge de las *Chalkeia*, fiesta de los artesanos, y de las Panateneas). A este respecto destaca el desdoblamiento Erecteo en Erictonio, convertido en hijo de la Tierra y de Hefesto, durante los gobiernos de Solón y los tiranos. De hecho, Hefesto va a adquirir gran importancia en la vida cultural de Atenas ya con Solón, aunque especialmente con los Pisistrátidas, transformado en nexo entre la sociedad tradicional y los artesanos que ahora irrumpen con fuerza en ella.

El nuevo mito de la autoctonía y su imbricación cívica es analizado con pormenor en el cuarto capítulo, que lleva por título precisamente “El 'nacimiento' de Erictonio y las Panateneas: la creación de un mito”. En él se estudia cómo desde el s. VI se potencian determinados cultos útiles para la unidad ciudadana en torno al mito de la autoctonía, especialmente los de Erictonio (y con él la celebración de las Panateneas) y Heracles, impulsado por Pisistrato y fuertemente vinculado a Erictonio en Atenas. La inclusión de Heracles en el universo mítico de Erecteo, el desdoblamiento de este en Erecteo/Erictonio y la relación de ambas personalidades divinas con Atenea y las Panateneas y los cambios que esta fiesta experimenta durante el s. VI son los puntos clave para la comprensión del proceso de construcción mítico de la autoctonía en época arcaica.

Las mujeres y su vinculación a la autoctonía son el objeto de análisis del quinto capítulo, “Atenea *versus* Afrodita: las mujeres y la ciudadanía”. Aunque su papel está supeditado al del varón y, por lo tanto, es pasivo, e incluso aunque no participen ni de la ciudadanía ni de la autoctonía (lo hacen, en cierta, forma, religiosamente, pero nunca políticamente), su papel es clave a la hora de transmitir los valores ideológicos que sustentan ambas construcciones sociales, tanto en el mito como en la realidad. Un reflejo mítico del papel “segundón” de las mujeres en la sociedad del s. VI lo tenemos en la sustitución en muchos cultos de Afrodita por Atenea y la pérdida progresiva de aquella de sus funciones guerreras, como la autora ya analizó en profundidad en otro libro, publicado en Mesina en el 2005 y que lleva por título, precisamente, *El papel de Afrodita en el Alto Arcaísmo griego. Política, guerra, matrimonio e iniciación*. El auge de la sociedad democrática y, con ella, del mito de la autoctonía, primó la igualdad de los ciudadanos varones sobre cualesquiera otros colectivos, entre ellos el femenino.

El último capítulo lleva por título “El dios liberador: de Zeus *Eleutherios* a Dioniso *Eleuthereus*” y versa sobre las relaciones entre la autoctonía y el concepto de libertad política (*eleutheria*) desde el s. VI y, sobre todo, en el V y IV, y el modo en el que dicha relación se expresa en el culto religioso, especialmente en el ofrecido a Gea *Eleuthera*, al Zeus *Eleutheros* (con Solón) y al Dioniso *Eleuthereus* (con los Pisistrátidas). Estos dioses eran muy queridos por las capas no privilegiadas de la sociedad, que los vivían como un modo de reivindicar sus derechos frente a la aristocracia y de formar parte de la comunidad cívica. Hay que tener en cuenta que

ser ciudadano era la única condición que aseguraba la libertad individual y comunitaria (de pertenencia plena en la comunidad).

El libro se cierra con un epílogo, que deja abierta la reflexión sobre estos temas en los períodos inmediatamente posteriores al que analiza la autora: la época de Clístenes, que convierte a Teseo en el nuevo referente ideológico de la ciudad, y la Atenas clásica, en la que Erictonio continuará encarnando la importancia de la autoctonía como modo del ser político de los ciudadanos atenienses.

Por último, es necesario destacar la completísima bibliografía que nos ofrece la autora, alentando a continuar un estudio profundo, repleto de matices y susceptible de variadas formulaciones tanto por su complejidad como por su actualidad en el panorama historiográfico nacional e internacional.

M^a Cruz Cardete del Olmo
Departamento de Historia Antigua
Facultad de Geografía e Historia - Universidad Complutense de Madrid

Jeannine BOËLDIEU-TREVET, *Commander dans le monde grec au V^e siècle avant notre ère*, Franche-Comté, Presses universitaires de Franche-Comté, 2007, 294 pp. [ISBN: 978-2-84867-188-8]

El libro se estructura en dos grandes bloques, separados ambos por el comienzo de la guerra del Peloponeso, y cada uno de ellos analiza el mando militar en la antigua Grecia a lo largo del s. V a.C. en sus más variados aspectos, desde sus antecedentes de épocas anteriores, hasta los más minúsculos detalles de su funcionamiento.

Antes de entrar en materia, la autora abre con una introducción que viene a ser una presentación del estado de la cuestión, así como una manifestación de intenciones.

Abre el primer bloque abordando el mando militar en Grecia desde los albores de las Guerras Greco-Persas hasta los últimos años del periodo conocido como *Pentecontecia*. El primer capítulo se ocupa de los antecedentes que dieron lugar a la concepción del mando en la Grecia del s. V a.C., analizando la terminología empleada en el periodo llamado clásico para denominar a un general, comandante o a cualquier persona con capacidad de mando sobre una fuerza armada, hasta las concepciones del héroe como jefe militar y la posterior configuración de la figura del hoplita. Este capítulo entra en largas disquisiciones interpretativas en torno a la concepción de la figura del héroe en la Grecia Arcaica, así como de la apropiación de dichos héroes como símbolos, e incluso como elementos protectores de las distintas *poleis* helénicas. De especial interés resulta la exposición en torno a la formación de la figura del hoplita, de su panoplia y tácticas, así como de la ideología cívica en la Grecia Antigua.

Ello enlaza directamente con la argumentación del siguiente capítulo, “Com-mander en citoyen?”, donde se aborda la amplia variedad de tipos y formas del mando militar en la Grecia de la primera mitad del s. V a.C.: reyes, mandos colegiados, mandos únicos... procediéndose a la exposición de tres ejemplos: Esparta, Atenas y Beocia. Habla de la naturaleza de las “constituciones” de los tres estados en la medida de lo necesario, centrando la atención en cómo condicionan y marcan la naturaleza particular del mando en cada una de ellas. Se destaca en particular a Atenas como ejemplo de mando colegiado electivo, mientras que los *beotarcos* beocios son vistos como mando electivo de carácter oligárquico, en tanto que Esparta se convierte en paradigma del mando militar en manos de reyes. De especial interés son los apartados que se dedican al análisis del mando en alianzas (*symmachiai*) militares, así como de los medios de control ejercidos sobre los comandantes militares de este periodo.

El tercer capítulo es quizás uno de los más interesantes de la obra, pues aborda las cualidades militares reales de los mandos del periodo que recorre las guerras greco-persas y los años inmediatamente posteriores. Atiende a la importancia dada por la ideología griega del momento al valor en un general. Para ello recurre al análisis no sólo de las fuentes históricas, sino incluso a las fuentes literarias como medio de acercamiento a la mentalidad griega. Mediante el análisis de ejemplos prácticos, como Milciades, Leónidas o Temístocles, la autora penetra en la acción militar de estos comandantes, buscando comprobar hasta qué punto es real la imagen ideal griega, en este periodo, del general como combatiente ejemplar, que combate codo a codo con sus fuerzas subordinadas. A partir de este punto, en los apartados subsiguientes, se comprueba la importancia real de otros factores, como la táctica, la decisión previa de una estrategia de combate, así como las artimañas y estratagemas que estos generales eran capaces de desplegar más allá de la ortodoxia de la táctica hoplítica.

Aquí finaliza la primera parte de la obra, dejándonos ante un mando militar griego vencedor en las guerras Greco-Persas, integrado en el sistema ciudadano de las *poleis*, y que ha puesto sus capacidades al servicio y en defensa de la misma, gracias no sólo al valor, sino también a la capacidad de reflexión, a la astucia y a la habilidad táctica.

La segunda parte del libro se abre con el estudio de una nueva época: la guerra del Peloponeso. Es un periodo rico en cambios en el sistema de mando militar. Las nuevas situaciones a las que se enfrentarán los generales griegos les llevarán a poner en marcha, consciente o inconscientemente, toda una serie de modificaciones que legarán un panorama bien distinto al que dejaron las guerras persas.

El capítulo cuarto continúa allí donde deja la argumentación la primera parte de la obra, explicando el proceso por el cual las características propias de la guerra del Peloponeso obligan a los comandantes a poner en uso pleno toda su experiencia y su maestría militar adquiridos a lo largo de un conflicto inusualmente prolongado. Se abren frecuentes escenarios bélicos en el mar, obligando a potencias tradicional-

mente terrestres, como Esparta, a construir en poco tiempo una armada y adquirir una experiencia notable en su manejo para poder enfrentarse a Atenas de igual a igual. La astucia y las decisiones sobre la marcha ya no bastarían; la guerra del Peloponeso plantea la necesidad de una reflexión posterior de los hechos que se materialice en un conocimiento militar práctico para la siguiente batalla. La autora entra a analizar los nuevos métodos que, a través de las fuentes, podemos observar en el mando, las nuevas formas de planificación de una batalla, la importancia cada vez mayor de la profesionalidad y de la más absoluta eficacia. La prudencia deja de estar reñida con el valor y la audacia, prudencia para evitar desastres y audacia para provocarlos en el enemigo.

En el capítulo titulado “Un art de vaincre” aborda otro cambio fundamental: La duración del conflicto obliga a los contendientes a marcarse unos objetivos claros y a poner unos medios determinados para conseguir la victoria. Se analizan aquí los nuevos recursos desarrollados o puestos a disposición del general griego, como los medios de reclutamiento tradicionales y heterodoxos, o el reclutamiento de tropas directamente por parte de comandantes, disparándose así la importancia del mercenario y del soldado profesional. Otro factor clave, que Boëldieu-Trevet pone de relieve, es la economía en mitad de una guerra casi de desgaste, y la necesidad de disponer de una adecuada financiación y los medios empleados para obtenerla. No se dejan de lado, ni mucho menos, las estrategias militares para la obtención de la victoria, con todo un elenco de relativas innovaciones: razzias, bloqueos y ocupaciones se incorporan a un nuevo tipo de guerra. De igual modo, la autora aborda los cambios tácticos, como las celadas, y las transformaciones dentro de las unidades militares, con el relanzamiento de la caballería y de las tropas ligeras. Todo ello viene acompañado, casi constantemente, de ejemplos prácticos en general bien argumentados.

El sexto capítulo viene a ser una especie de contraste con el capítulo segundo, pues describe el proceso por el cual la figura del jefe militar se distancia del espacio cívico, constituyendo una entidad aparte, específicamente militar. La autora arranca hablando acerca de la reelección de mandos militares y la creación de poderes especiales para ellos como respuesta a la duración del conflicto. A continuación aborda los casos particulares de Atenas y Esparta. Señala, igualmente, los procesos de heroización que contemplan las figuras de generales como Brasidas o Alcibíades, al hilo de sus victorias y logros militares. Por último, se analiza la culminación del proceso, que lleva a los generales, una vez distanciados del aparato cívico, a sublevarse contra las normas que éste les impone, o a tratar de beneficiarse del vasto poder que adquieren en la coyuntura. De igual modo se estudian los procedimientos de defensa de los gobiernos de las *poleis* frente a tales situaciones, como los procesamiento de determinados mandos.

La obra cierra con una conclusión general a modo de epílogo, donde se señala que, si bien el mando militar se separa del aparato cívico que le dio forma a lo largo de la primera mitad del s. V a.C., sólo se hace plenamente autónomo del mismo

después de la guerra del Peloponeso. En este sentido, Jeannine Boëldieu-Trevet se plantea al final de su obra un aspecto capital: si realmente el conflicto entre las alianzas capitaneadas por Atenas y Esparta supuso realmente el fin del sistema democrático deliberativo helénico en una parte del mundo griego, por influencia de las transformaciones generadas en el plano militar y civil (tan fuertemente ligados en esta época).

Este libro es mucho más que un mero análisis de una cuestión particular dentro de la historia bélica de la Grecia antigua; si aceptamos que en el mundo antiguo, y en particular en Grecia, lo militar y lo civil no se hallaban tan netamente separados como hoy día (más bien, se hallaban estrechamente ligados el uno al otro), advertimos que la autora de este libro nos está planteando una perspectiva más desde la que analizar la evolución de la sociedad griega del s. V a.C. Su obra tiene la virtud de acercar al interesado en temática militar al conocimiento profundo de una cuestión concreta dentro de la historia bélica, a lo que se añade que permite al estudioso del mundo griego una mejor comprensión de los resortes que marcaron las transformaciones mentales, sociales y culturales de la Hélade en el s. V a.C.

Entre otros factores positivos de la obra podemos señalar el hecho de que cada capítulo disponga de sus propias introducciones a la materia, y de las pertinentes conclusiones al final de cada uno de ellos (aunque ello le haga renunciar a veces a plantear unas conclusiones iniciales en algunos apartados, lo que deja al lector en ocasiones con la sensación de haberse perdido algo hasta que llega al final del capítulo).

Que cada capítulo posea su propia bibliografía específica, a parte de la bibliografía general al final de la obra, resulta también de mucha utilidad, y convierte a cada uno de los capítulos casi en una obra autónoma, aunque no por ello menos imbricados con el resto de secciones del libro.

Poco habría, pues, que reprochar a la autora de este magnífico libro, una obra que rompe con los planteamientos más clásicos de la historia militar, y se suma así a obras de carácter más vanguardista que no presentan a los ejércitos y al fenómeno bélico como entes aislados, sino como hijos de las sociedades y culturas que les dieron forma, y que por lo tanto se hallan estrechamente vinculados a las mismas.

David Soria Molina

César FORNIS, *Grecia exhausta. Ensayo sobre la guerra de Corinto*, Göttingen, Vanderhoeck & Ruprecht, 2008 362 pp. [ISBN 978-3-525-25286-4]

La guerra de Corinto es, quizás, de todas las grandes guerras helénicas que ocurrieron en época clásica, una de las que salga peor parada en cuanto a la relación entre la importancia que presenta para el desarrollo de la historia griega y la cantidad de estudios específicos que se han dedicado a la misma. La guerra de Corinto es un periodo de enorme interés e importancia para el estudioso de la historia antigua de

Grecia, en el que se ponen de manifiesto las tensiones internas de las *poleis* de inicios del siglo IV a.C., el despertar de la animadversión hacia las prácticas de gobierno e imposición política del imperio espartano, los límites prácticos de una alianza forjada sobre la oposición común a un enemigo pero en la que pocas cosas más mantenían unidos a los aliados o, por usar la expresión de Badian, el retorno del fantasma del Imperio a Atenas, sólo por mencionar algunos de los aspectos más relevantes. Y sin embargo, no son muchos los estudios que se han dedicado a este conflicto, especialmente si se comparan con el aluvión de obras que centran su atención en el inmediatamente anterior, la guerra del Peloponeso. En el caso de la historiografía hispana este vacío es especialmente evidente, no contando, hasta hace un escaso momento, con ningún trabajo monográfico dedicado a la guerra de Corinto. Precisamente este libro del profesor Fornis se perfila como una de las mejores maneras de rellenar este hueco en los estudios helenistas de lengua hispana.

César Fornis, profesor de la Universidad de Sevilla, es uno de los investigadores españoles más destacados en el campo de la historia antigua de Grecia. Quizás su obra más conocida para el público lector sea su libro *Esparta: Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico* (Crítica, 2003), motivo por el que tiende a asociarse su nombre al de esta famosa ciudad. Sin embargo, en realidad el profesor Fornis ha mantenido, desde su tesis doctoral (“La sociedad de Corinto durante la Guerra del Peloponeso”, leída en el año 1995), una relación más estrecha con Corinto que con Esparta, y de hecho este libro se podría decir que se trata de un cierto retorno a la ciudad del Istmo de no ser porque, en realidad, nunca llegó a alejarse de ella. En los últimos años ha trabajado profundamente en el ámbito de la historia de la guerra de Corinto, destacando la dirección del Proyecto de Investigación “Las sociedades griegas en la guerra de Corinto” (HUM 2004-02095) subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia, en el que se han integrado algunos de los mejores helenistas del ámbito hispano. Precisamente una de sus últimas publicaciones, que es en realidad un libro gemelo del que tenemos ahora en nuestras manos, sintetiza toda la labor de investigación bibliográfica que el profesor Fornis tuvo que realizar para elaborar este trabajo monográfico sobre la guerra corintia, demostrando, además de una gran capacidad de trabajo, una notable honradez intelectual (*La guerra de Corinto. Fuentes antiguas e historiografía moderna*, BAR, 2007). Todo esto hace de este autor uno de los más cualificados a la hora de enfrentarse al, en ocasiones confuso, pero siempre interesante y apasionante, periodo de la guerra de Corinto.

Uno de los mayores problemas a los que se enfrentan los historiadores actuales a la hora de escribir obras de índole narrativa consiste en lograr transmitir la naturaleza de las fuerzas motrices de la Historia y el peso específico de las mismas en el discurso histórico. Se trata del conocido enigma de la primacía de los individuos o las sociedades, el uso del telescopio o del microscopio. ¿Qué es más decisivo en una guerra, el valor y la audacia de los generales o el trasfondo de las sociedades en conflicto? La respuesta a esta pregunta es, necesariamente, compleja, y es que, si

bien, de manera general es necesario tener en cuenta el desarrollo de las sociedades que se encuentran en guerra para comprender la misma, no podemos tampoco olvidarnos de que los hechos coyunturales tienen también una enorme importancia en la evolución de los conflictos bélicos. La contraposición directa entre ambas perspectivas nos conduce, en el mejor de los casos, a percepciones limitadas, sesgadas, incompletas, siendo cada vez más evidente la necesidad de integrar los dos modelos de análisis, el telescópico y el microscópico, en una misma interpretación histórica. Como el conocido historiador Eric Hobsbawm indicaba en un artículo a propósito del resurgir de la narrativa en la literatura historiográfica, “Mientras aceptemos el hecho de que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre el microcosmo y el macrocosmo consiste en seleccionar la técnica apropiada” (recogido en *Sobre la historia*, Crítica, 1998). Esta reflexión es debida a que una de las características más destacadas del libro del profesor Fornis es el saber guardar de manera excepcional el equilibrio entre estas dos tendencias, integrándolas en una visión de conjunto coherente y cautivadora.

El primer capítulo no puede ser sino el necesario capítulo dedicado a las fuentes sobre las que se alza la investigación histórica (pp. 15-31). Este apartado, más allá de ser una recopilación de fuentes, se esfuerza por presentar una visión crítica del conjunto de las mismas, indicando la problemática con la que ha de tratar el historiador de la guerra de Corinto. Se trata de un valioso capítulo pues, como es bien sabido, las principales fuentes historiográficas presentan un grave problema de coherencia, siendo frecuentes las divergencias entre unas y otras respecto a episodios claves, como las causas mismas del conflicto. La mayor parte del mismo se dedica, como no podía ser menos, a los problemas que plantea la utilización de Jenofonte y de las *Helénicas de Oxirrinco* y sus fuentes subsidiarias, aunque no se olvidan tampoco otro tipo de fuentes, tanto contemporáneas, como la oratoria ática, como posteriores, como los tratados biográficos de Cornelio Nepote o Plutarco. Tampoco se descuidan las fuentes no literarias, como la epigrafía o la numismática, señalando las principales colecciones de inscripciones y trabajos sobre monedas del periodo.

En cualquier caso, es en el segundo capítulo (pp. 32-86), en el que se aborda el inicio del conflicto desde una perspectiva tucidéa, cuando se inicia la narrativa histórica, percibiendo ya desde estas primeras páginas la integración de la visión telescópica y microscópica, algo que en buena medida viene sugerido ya por el modelo literario e historiográfico del autor, el historiador Tucídides. Tomando como punto de partida la distinción entre las causas más verdaderas del conflicto (*alethestáte próphasis*) y aquellas que son esgrimidas como argumentos para provocarlo (*aitítai*), el profesor Fornis estudia la naturaleza del dominio espartano en cada uno de los principales escenarios de la guerra y, posteriormente, expone los desenclenantes del conflicto. Es interesante ver cómo el análisis de la dinámica de las sociedades y su relación con la hegemonía espartana en los años previos al conflicto actúa como la causa más profunda del conflicto, mientras que la coyuntura específica que abre las puertas de la guerra son asimiladas al motor de los argumentos

bélicos, permitiendo ver de este modo el inicio de la relación entre las situaciones generales, la visión telescópica, y los hechos concretos, coyunturales, la visión microscópica, diferentes y al mismo tiempo complementarias.

A partir de este capítulo la exposición narrativa toma un carácter diacrónico tanto en lo relativo a la estructura de las sociedades en conflicto como a los episodios coyunturales de la guerra, de tal modo que cada capítulo se encarga de analizar un periodo o un aspecto concreto de la confrontación. La lectura del libro tiene pleno sentido capítulo a capítulo, aunque pueden hacerse agrupaciones mayores de los mismos a fin de estudiar asuntos que traspasan los límites individuales de cada uno de ellos, como los primeros compases de la guerra terrestre (capítulos III-V, pp. 87-148), la reconstrucción naval ateniense (capítulos VII y XII, pp. 177-206; 269-297), los contactos diplomáticos que se mantuvieron entre los aliados, Esparta y Persia (capítulos VIII y XIII, pp. 207-237; 298-327), las nuevas formas de lucha que se desarrollan durante este periodo (capítulos X-XI, pp. 245-297) y los conflictos político-sociales que tienen lugar en el seno de algunas sociedades griegas en íntima relación con la evolución general de la guerra y la postura de las élites ante los contendientes (capítulos VI y IX, pp. 149-176; 238-244).

El libro, sin embargo, no se limita a exponer de un modo ordenado la guerra de Corinto, sino que también se percibe en él un esfuerzo interpretativo a la hora de enfrentarse a acontecimientos o procesos generales que debido a la oscuridad de las fuentes de las que disponemos, son cuanto menos poco claros. Expongamos algún ejemplo. Uno de los acontecimientos más enigmáticos de este conflicto y que ha llamado la atención a múltiples investigadores es el aparente proceso de unión política de Argos y Corinto, algo que aborda el profesor Fornis de manera destacada en su estudio, sobre todo en el capítulo VIII. A partir de algunos textos de Jenofonte, se comienza a discutir sobre la posibilidad, real o no, de una unión política entre Corinto y Argos, algo que se demuestra problemático a la luz de otros autores antiguos e incluso con otros pasajes del mismo historiador ateniense. Este problema rebasa los límites de la historia interna de ambos estados, pues en buena medida puede afectar también a la cronología de la guerra de Corinto, dado que algunas de las operaciones más destacadas de la misma, como la actividad de Ificrates en torno al área corintia, parece estar vinculada de algún modo al periodo de, si no unión, cuanto menos máxima cooperación entre argivos y corintios. Tras hacer una revisión de algunas de las teorías más aceptadas respecto al sinecismo de ambas entidades políticas, como las de Griffith, que propone un modelo de anexión de Corinto por parte de Argos que seguiría a una fase previa de *isopoliteia* entre ambas ciudades, el profesor Fornis indica los problemas que supone la asunción de las mismas. Rechazando la posibilidad de una unión formal entre las dos *poleis* por varios factores, como la reticencia argiva a las innovaciones de carácter constitucional o la imposibilidad de que Atenas aceptara de buen grado una vinculación que eventualmente le cortara el contacto territorial directo con el Peloponeso, el autor indica que quizás se trate, no de una unión de naturaleza jurídica, sino coyuntural, basada en el

apoyo de un sector de la sociedad corintia a la alianza con los argivos frente a otro sector, más inclinado a la persistencia de la secular alianza con los espartanos. Sería, no obstante, la propaganda de la aristocracia filolaconia, de la que Jenofonte es portavoz, la encargada de deformar esta vinculación entre ambos estados hasta presentarla como una anexión de Corinto por parte de Argos en la que la primera ciudad se encontraría en una situación dependiente con respecto a la primera. Así, para muchos investigadores durante este periodo Corinto y Argos formarían una sola entidad política de carácter democrático enfrentada a Esparta. Sin embargo, Fornis no sólo desmonta la posible unión jurídica, sino que también descarta la revolución política en Corinto, que seguiría siendo una aristocracia, de orientación filoargiva en vez de filolaconia, pero aristocracia al fin y al cabo. La *stasis* corintia, de hecho, no se debe a la confrontación entre el *demos* y los aristócratas, sino al conflicto entre aristócratas con orientaciones políticas externas diferentes.

También es destacable el esfuerzo por incorporar fuentes no literarias para respaldar los argumentos generales, especialmente de carácter epigráfico. De este modo se pueden apreciar matices que no siempre aparecen en la literatura de carácter histórico y que de otro modo serían pasados por alto. Por ejemplo, en el capítulo VII, que trata sobre la reconstrucción naval de Atenas, se acude a decretos de la *ecclesia* a fin de indicar no sólo hasta qué punto Conón y su entorno alcanzan una gran influencia en esta ciudad, sino también sirven de indicio de algo tan tenue como los primeros balbuceos del retorno de la voluntad imperialista en Atenas. En el capítulo XII la epigrafía vuelve de nuevo a utilizarse, esta vez para el estudio de los instrumentos de poder de los que hace gala el estado ateniense ante otras estructuras políticas que son tratadas a veces menos como aliados que como súbditos en el contexto de los primeros intentos de reconstrucción imperial por parte de Conón y Trasíbulo. Así, se muestra la situación en Tasos, Calzómenas o Eritras, sitios conquistados por los atenienses y donde éstos muestran una temprana predisposición a aplicar sobre ellos medidas de control político y económico que preludian el resurgir del imperialismo de Atenas.

Yendo más allá de los contenidos del libro, merece la pena indicar el modo en que éstos son expuestos. Cualquier persona que haya leído la citada monografía de este mismo autor sobre Esparta será consciente del alto valor literario que el profesor Fornis vierte sobre la misma. De nuevo, en este libro se hace gala de una gran destreza narrativa, si bien situada a un nivel diferente al del libro sobre Esparta, pues esta última obra está enfocada para un público más general que para el que está dedicado *Grecia exhausta*. Sin embargo, es notable la claridad expositiva y el ritmo narrativo, especialmente si tenemos en cuenta que se tratan problemas muy complejos que están lejos de ser transparentes. César Fornis es un destacado investigador, pero también un buen comunicador, que es capaz de separar el estilo literario del cuerpo del libro de la enorme erudición de la que hace gala en las numerosas notas a pie de página. En ellas nos encontramos con la manifestación de la enorme labor intelectual que hay tras la confección de este libro, indicando un dominio de la

historiografía, antigua y moderna, ciertamente exhaustivo, como ya tuvimos ocasión de comprobar en el ensayo bibliográfico sobre el conflicto que se publicó en el año 2007.

En definitiva, nos encontramos con una obra de elevado valor y contenido. Es altamente recomendable no sólo porque sea la única monografía escrita sobre la guerra de Corinto escrita, hasta la fecha, en español, sino porque tanto por el dominio de las técnicas de investigación histórica como por el método expositivo se perfila como un trabajo modélico por varias razones. Sólo por mencionar algunas de ellas, por una parte, el adecuado equilibrio entre la percepción telescópica y la microscópica, inspirada por Tucídides, que resulta necesaria en cualquier intento de escribir una obra de carácter narrativo que no quiera perderse ni en elucubraciones abstractas ni en el yermo de los datos por los datos. Por otra, la valentía a la hora de señalar nuevas interpretaciones sobre asuntos que han ocupado a destacados estudiosos internacionales, siempre desde el más absoluto rigor y fundamento. Por último, el uso de un tono narrativo adecuado, que no obstaculiza la lectura y con el que se expone de un modo claro y comprensible las principales ideas y líneas argumentales, es también una de las razones que sitúan a este libro entre los más destacados de la historiografía española actual sobre el mundo griego.

Fernando Notario Pacheco
Universidad Complutense de Madrid

CESARE ZIZZA, *Le iscrizioni nella Periegesi di Pausania. Commento ai testi pigrafici*, Pisa, Edizioni ETS, 2006, 514 pp. [ISBN: 88-467-1598-5]

La presente obra se encuadra en el marco del renovado interés que se ha suscitado en las últimas décadas por la obra de Pausanias, el incansable viajero griego del siglo II d.C. que nos legó una *Periegesis* en la que reunió las descripciones de sus viajes a lo largo del mundo griego.

En la introducción cita el autor algunos de los últimos artículos y ediciones sobre Pausanias, a los que se viene a sumar el presente estudio, y adelanta, además, cuáles van a ser las líneas de su trabajo: identificar las inscripciones recogidas en la *Periegesis*, establecer un *corpus* de las mismas, analizarlas y dilucidar el uso que hace de ellas Pausanias cuando comenta un suceso histórico.

El libro se estructura en tres partes. La primera -se divide en dos capítulos. En el capítulo primero se aborda la cuestión de cómo reconocer las inscripciones insertas en el texto de la *Periegesis*. Se han identificado unas 250 inscripciones, pero no todas aparecen citadas literalmente. De hecho, la mayoría pertenece al grupo de epígrafes que Pausanias parafrasea, ya sea recogiendo el sentido principal, ya sea citando alguna palabra o nombre propio contenido en la inscripción, pero sin incluir ésta entera. A continuación, se estudia la cuestión de la procedencia de las inscrip-

ciones desde una doble perspectiva: en primer lugar, Pausanias ubica la inscripción en un entorno espacial, a saber, una región, una ciudad, una carretera; en segundo lugar, concreta aún más y describe el objeto en el que se ha inscrito el epígrafe. Los objetos son de lo más variado: estelas sepulcrales, estatuas, tumbas, altares, escudos, armas y trípodes. Más de la mitad de las inscripciones proceden de estelas y estatuas.

Establecer la tipología de las inscripciones no resulta tarea fácil si tenemos en cuenta que muchas han sido parafraseadas y resumidas por Pausanias, por lo que a veces no se puede extraer su contenido exacto. Aun así, Cesare Zizza intenta establecer varias categorías: inscripciones sagradas, honoríficas, oráculos, *sanationes* y mojones. Esta clasificación, como dice el mismo Zizza, debe tomarse con precaución, porque puede darse el caso de que una misma inscripción contenga varios géneros y no se pueda adscribir a ninguno de ellos por completo.

El capítulo segundo está dedicado a la técnica epigrafista de Pausanias. Se analiza el léxico empleado por el periegeta para referirse a las inscripciones y se obtiene como resultado que la palabra más utilizada es *ἔπιγραμμα* (127 veces), seguida de *λεγεον* (18) y *γράμματα* (15). El término *ἔπιγραμμα* no siempre es sinónimo de “inscripción”; de hecho, su semántica engloba también el significado de “composición literaria” no necesariamente destinada al uso epigráfico. Este uso derivado de *ἔπιγραμμα* no es exclusivo de Pausanias, sino que procede ya del siglo V a.C. y fue creado por Simónides. Por otra parte, se hace un recuento de los verbos relativos a inscripciones, que son, por este orden de aparición, *ἐπιγράφειν*, *ἐναγράφειν*, *μεταγράφειν* y *ἐγγράφειν*.

En último lugar, se plantean cuáles son las características de las inscripciones que Pausanias tiene en cuenta a la hora de citarlas: el estado de conservación, la legibilidad del texto, la dirección de la escritura, la forma y el tipo de letra y la estructura métrica, si se trata de una inscripción en verso.

La segunda parte se consagra por completo al comentario de los textos epigráficos de la *Periegesis*. El comentario sigue una estructura muy definida: primero se menciona la región y el objeto en que apareció la inscripción, seguido del texto de la misma; a continuación, figuran los autores, tanto antiguos o modernos que recogen el texto, la traducción al italiano y, por último, el comentario. Éste varía según el tipo y la longitud de la inscripción. En algunos casos, se hace más hincapié en el contenido, o en el contexto histórico; en otros casos, en la estructura compositiva, etc.

La tercera y última parte trata del uso historiográfico de las inscripciones por parte de Pausanias. Para Cesare Zizza, el hilo conductor de la *Periegesis* es el empeño de rescatar aquellos hechos del pasado que no recibieron la suficiente atención por parte de los historiadores anteriores. Una de las fuentes de conocimiento de estos acontecimientos son las inscripciones. Pero Pausanias no se conforma sólo con el testimonio de las inscripciones, sino que proporciona otras fuentes cuando los datos contenidos en éstas difieren de los de las inscripciones. En cualquier caso, no se decanta por ninguna de las versiones e intenta, más bien, conciliarlas. En otros casos, por el contrario, sí hay coincidencia entre las fuentes, y la ins-

cripción sirve para completar o ampliar la información sobre algún suceso histórico oscuro o poco conocido. Lo contrario también sucede, es decir, que una fuente histórica sirva para aclarar un suceso aludido o apenas tratado en una inscripción.

En las conclusiones, el autor insiste en la extraordinaria importancia que concede Pausanias a las inscripciones como fuente de información histórica, hasta el punto de que en muchos casos antepone la información suministrada por los epígrafes a la de las otras fuentes. De esta toma de posición no cabe deducir que Pausanias acepte las inscripciones sin crítica, ya que es consciente de que el texto de los epígrafes ha podido ser manipulado o alterado.

La obra se completa con una amplia bibliografía, algunos de cuyos títulos ya habían sido adelantados en la introducción. Figuran después varios índices: de los textos de Pausanias que contienen las inscripciones, de nombres propios y de tablas.

En resumen, la obra reseñada es un trabajo muy bien documentado, que interesará no sólo a los estudiosos de Pausanias, sino también a cualquier especialista en epigrafía griega.

Oscar Patón Cordero

Universidad Complutense de Madrid

Ricardo MARTÍNEZ LACY, *Inscripciones helenística sobre los ejércitos y la guerra, seleccionadas y traducidas por...*, México, 2008, 117 pp.

Se trata de una edición para estudiantes de una selección de inscripciones para el conocimiento de los ejércitos helenísticos, con texto griego y traducción.

Empieza con un reglamento militar macedónico. También contiene textos sobre instituciones u objetos mencionados, como las armas. Algunas notas aclaran aspectos del texto, incluidos los signos epigráficos utilizados.

Se contienen asimismo textos que se refieren a hechos históricos, como la unión de Teos y Cirbiso (4), o el decreto de Rafia (6). Otros, como el acuerdo de Éumenes I con sus mercenarios (7), se atienen más al carácter militar señalado en el título.

Se trata pues de un pequeño volumen de gran utilidad para la iniciación en el estudio del mundo helenístico. Se añaden notas aclaratorias que afectan a todo, desde lo más elemental, como la explicación de la palabra estrategia.

Domingo Plácido

Universidad Complutense de Madrid

Inés MARTÍN, *Alejandro Magno. El rey errante*, Madrid, Ediciones JC Clementine, 2008, 255 pp. [ISBN: 978-84-95121-49-3]

Inés Martín, autora de este libro, se forma entre España e Italia, país en el que estudió Historia. Su vida está dedicada, de lleno, al mundo periodístico, ámbito en el que ha sido corresponsal de *La Actualidad Española*. Una de sus muchas pasiones es el mundo grecorromano y lleva años investigando la figura de Alejandro Magno.

El presente trabajo es una excelente biografía, en 16 capítulos, de Alejandro, de sus orígenes, sus conquistas y sus sueños de grandeza. Martín presenta la obra con un Prólogo (pp. 11-13), una Introducción (pp. 17-22) y un primer capítulo titulado “La muerte de Alejandro” (pp. 23-28) en el que podemos vislumbrar un inicial acercamiento biográfico al gran conquistador. Estos tres bloques se completan con fotografías de bustos del macedonio, la primera (p. 19) del Museo Arqueológico de Atenas, y la segunda (p. 25) del Museo Arqueológico de Pella. En la mencionada Introducción, la autora traza un magnífico retrato de Alejandro, remarcando su aspecto cuasi divino: se nos presenta como un “nuevo Heracles” que busca las fuentes del Sol en el lejano Oriente, un potente guerrero que no se detiene ante nada. Pero, también, es un hombre marcado por el Destino, Destino que le condujo a una prematura muerte.

En los capítulos siguientes, “La noche. El mundo hasta el siglo IV a. C.” (pp. 29-43), “El gran Imperio persa. Oriente contra Occidente” (pp. 45-54), y “Los genes de Alejandro” (pp. 55-62), se trata el contexto histórico en el que se forjó la leyenda del héroe: Grecia y su “antítesis”, Persia. A través de estas páginas podemos comprobar que Alejandro no es un hombre hecho a sí mismo: adquiere las técnicas militares de los tebanos Pelópidas y Epaminondas y es hijo de la intelectualidad griega del momento, representada por la figura de Aristóteles. En este mismo sentido, la influencia familiar de la corte de Pella puede seguirse en los capítulos “El enviado del Olimpo” (pp. 67-94) y “La herencia de Filipo” (pp. 95-110).

La gran aventura oriental del conquistador es abordada por autora a lo largo de los siguientes capítulos: “El alba” (pp. 115-130), “El cenit” (pp. 131-148), “Gaugamela, Babilonia y Persépolis” (pp. 149-169), “El ocaso” (pp. 171-193), “Roxana y la sexualidad de Alejandro” (pp. 195-201), “La India” (pp. 203-215), y “Bodas en Susa” (pp. 217-225). Estas páginas se salpican con alguna ilustración, como en el capítulo “El cenit” en el que se incluye un desfile triunfal del conquistador entrando en Babilonia (Museo Arqueológico de Atenas), y en “Roxana y la sexualidad de Alejandro”, otra de una estatua de Alejandro (Museo Arqueológico de Pella). Inés Martín presenta el viaje de Alejandro no ya tanto como una empresa guerrera sino como una exploración peregrinatoria por los mundos exóticos y sagrados de todo el orbe del Mundo Antiguo: Sardes, Éfeso, el oráculo de Ammon, Babilonia, Persépolis...

En los tres últimos capítulos, “La muerte de Hefestión” (pp. 227-234), que incluye una fotografía perteneciente al sarcófago de Alejandro (Museo Arqueológico

de Estambul), “Quién fue realmente Alejandro” (pp.235-240) y “La personalidad de Alejandro” (pp.243-253) encontramos una recapitulación de la vida y obra alejandrina y su perduración a través de la Historia.

El libro incluye, además, dos mapas: el primero (p. 49) representa el Imperio aqueménida, y el segundo (p. 209) las conquistas del Valle del Indo y parte del ámbito persa. Cuenta también con referencias a distintas obras y autores griegos, como Homero, Esquilo, y con unas equivalencias de nombres geográficos (p. 255), que pueden ayudar a entender el entorno geográfico del Imperio alejandrino y aqueménida. Sólo señalaríamos un pero: la ausencia de un apartado bibliográfico que pudiera ayudar e invitar a profundizar en la apasionante biografía de Alejandro Magno y los distintos aspectos con ella relacionada.

Gabriel Rodríguez Marco
Universidad Complutense de Madrid

Fernando WULFF ALONSO, *Grecia en la India. El repertorio griego del Mahabharata*, Madrid, Akal, 2008, 606 pp. [ISBN: 978-84-460-2527-6]

En una época en la que los planes de estudio y las estructuras de los departamentos universitarios apuestan firmemente por la separación de los diferentes estudios en Humanidades, los trabajos de investigación que tratan de superar estas barreras resultan no sólo deseables, sino también imprescindibles para impedir que la parcelación excesiva llegue a impedir el diálogo necesario entre las diversas disciplinas. El estudio del profesor Wulff Alonso sobre la recepción de la obra homérica en la India es una muestra de esta necesidad de superar las etiquetas y apriorismos que dominan las ciencias de la Antigüedad, así como de los sorprendentes resultados que se obtienen cuando este proceso se lleva a cabo con éxito. En efecto, este libro rompe en primer lugar con la tendencia actual a separar no sólo a los estudiantes, sino también a los investigadores de Filología e Historia Antigua. En segundo lugar, supone una ruptura con la situación de olvido casi absoluto a la que están sometidos los estudios de la Antigüedad no referidos a los marcos tradicionales del Mundo Clásico, el Próximo Oriente o Egipto. Como si la Historia Antigua se limitara únicamente a las civilizaciones del Mediterráneo y Mesopotamia, los investigadores que abordan en lengua española trabajos sobre la India o el Lejano Oriente parecen abocados a la soledad académica y al escaso eco de sus trabajos.

Wulff Alonso no sólo traspasa estos límites cuando escoge el subcontinente indio en la Antigüedad como objeto principal de su estudio, sino que además hace de esta ruptura uno de los pilares de su investigación al abordar la influencia que la cultura griega arcaica y clásica ejerció sobre las principales manifestaciones literarias de la India antigua. Esto supone aceptar como premisa una realidad que muchas veces ha sido olvidada: que el Mundo Antiguo no termina geográficamente en las

estepas persas, antes bien, que los contactos entre Oriente y el Mediterráneo fueron intensos y constantes. Los caminos, económicos y culturales, entre la Hélade y la India no sólo existieron, sino que fueron muy transitados en ambas direcciones.

El objetivo principal de la obra es demostrar que el autor del *Mahabharata* recurrió de una manera sistemática al uso de materiales de la mitología griega, especialmente de la *Iliada* homérica, obra de la cual debió poseer un ejemplar escrito. Para ello, Wulff Alonso realiza un análisis pormenorizado de la epopeya india en todos sus aspectos formales y temáticos y, por medio de su separación en diversas secciones, los pone en paralelo con los que supone sus equivalentes griegos. El resultado es de una sorprendente claridad: elementos del *Mahabharata* que la simple lectura superficial del texto impediría situar en relación con la cultura griega quedan relacionados de una manera evidente con aspectos del mundo homérico.

La premisa fundamental que sigue Wulff Alonso es que el tema esencial de la *Iliada*, más allá del simple argumento de la guerra de Troya, es el plan de los dioses para acabar con la última generación de héroes sobre la tierra, sin distinción de aqueos o troyanos. Es el relato de los últimos días de un tiempo en el que dioses y hombres interactúan y cohabitan, incluso sexualmente. Del mismo modo, el *Mahabharata* narraría, mediante los combates épicos en Kurukshetra, la desaparición de otra generación de héroes de características muy semejantes a las de los personajes homéricos: capacidad de blandir armas inmortales forjadas por los propios dioses, un poder sobrenatural de recuperación ante las heridas sufridas, presencia en ambos bandos de hijos de divinidades con un papel protagonista, aunque abocados a la muerte en la batalla... Ambos enfrentamientos bélicos resultan en un empeoramiento de la raza humana, el final de la Edad de Oro y el comienzo de una época de decadencia en la que se supone que viven los oyentes o lectores, receptores de estos poemas.

La cuestión del hijo de la diosa, su papel, su destino y su importancia en la trama de los dos poemas es ampliamente abordada en un exhaustivo capítulo del libro. Tanto Aquiles, hijo de Tetis, como Bishma, hijo de Ganga, articulan las epopeyas y tienen un papel central en su inicio y su desenlace. Incluso las dos diosas, asociadas en ambos casos al agua, presentan no pocas semejanzas en los episodios de sus bodas y en su relación con el padre del héroe. Aquiles y Bishma son los guerreros más poderosos de sus respectivos bandos, pero también una fuente de conflictos que marcarán el desarrollo de la guerra.

Remarcables son también los paralelismos entre las llamadas “mujeres poderosas” que animan toda la trama de los dos poemas épicos: Helena y Draupadi. Ambas son el objeto de las ofensas que dan lugar a la guerra y a la desaparición final de la última generación de héroes. Pero más allá de las características generales, son muchas las semejanzas entre estos personajes femeninos: ambas tienen un origen sobrenatural, están ligadas a hermanos de naturaleza también semidivina, las dos aportan con su matrimonio, tras una competición entre los pretendientes, el acceso al reino de su padre...

El autor, además de analizar los contactos del *Mahabharata* con la *Iliada*, trata de poner en relación el poema épico indio con otros elementos de la mitología griega. Con este objetivo, señala acertadamente las semejanzas existentes entre las historias de diversos personajes del ciclo de Kurukshetra y las tradiciones sobre Heracles y Dionisos plasmadas en diversas obras de la literatura griega.

Mencionaremos por último el enorme interés que tiene el sucinto análisis, en forma de Apéndice, que el profesor Wulff Alonso dedica a estudiar las posibles relaciones entre el *Mahabharata* y la *Eneida* de Virgilio. El autor concluye, aplicando una metodología comparativa semejante a la empleada en el resto del libro, que las relaciones entre ambas obras resultan evidentes, sin que el uso de la *Iliada* como fuente común pueda explicarlas. Wulff se adhiere a la teoría de que fue el autor del *Mahabharata* quién conoció el poema virgiliano y no al contrario, como otros investigadores han propuesto.

En definitiva, estamos ante una de las más importantes y ambiciosas obras de mitología y literatura comparada de los últimos años, llamada a arrojar luz sobre un tema que aún sigue siendo tan controvertido como poco estudiado: las relaciones culturales entre Grecia y la India en la Antigüedad. El autor hace gala en estas páginas de una vasta erudición y de un excelente conocimiento de las fuentes, que le permiten moverse con absoluta soltura tanto en el campo de la literatura griega y latina como en el de la literatura india antigua.

Luis Manuel López Román

Departamento de Historia Antigua - Universidad Complutense de Madrid

António-Pedro MESQUITA, *Vida de Aristóteles*, Madrid, Signifer Libros, 2008, 162 pp. [ISBN: 978-84-935734-2-3]

Como su propio autor indica en la introducción, esta *Vida de Aristóteles* no es una biografía novelada. En efecto, nada tiene que ver con una novela histórica pero tampoco se parece mucho a biografías académicas como la que Luciano Cánfora hizo de Julio César, la más recientemente traducida al castellano de Robert Fox Lane sobre Alejandro Magno o la de F. Pina Polo sobre Cicerón. Es más, para aquellos que busquen este tipo de lectura, el propio autor aconseja la *Vie d'Aristote (384-322 avant Jésus-Christ)* de Pierre Louis (Paris, 1999). Por el contrario, la presente obra, publicada originalmente en Portugal en 2006 y traducida por Sabino Perea Yébenes para la editorial Signifer Libros dos años después, podría definirse más bien como un análisis de los datos antiguos sobre la vida del filósofo de Estagira. Su finalidad es, por tanto, valorar la veracidad de las noticias y anécdotas conservadas en la tradición antigua y medieval. Esto excluye en gran medida su obra. En efecto, en las poco más de 70 páginas que ocupa el texto (sin contar los apéndices), y aunque el autor es buen conocedor

del pensamiento aristotélico⁶, no se hace apenas referencia a la producción intelectual de Aristóteles salvo por algunos comentarios como la referencia a la polémica con Cefisodoro, de la escuela de Isócrates, por las teorías retóricas vertidas en el *Grilo* (p. 19) o la indicación de que fue muy probablemente durante su estancia en Asos (Asia Menor) cuando debió de desarrollar la mayor parte de sus investigaciones biológicas (p. 22).

La monografía se centra, por tanto, exclusivamente en su vida y se organiza en tres apartados: vida, fuentes y apéndices. En la primera se repasan de forma esquemática los datos conocidos sobre la biografía de Aristóteles discutiendo con detenimiento algunos de los puntos controvertidos sobre los que ha habido siempre gran debate. Estos son, sobre todo, la fecha del nacimiento de su hija y de la muerte de su mujer, ambas llamadas Pitiade, y el estatuto legal de Nicómaco como hijo legítimo o como bastardo. En términos generales el autor sigue de cerca la obra ya clásica de I. Düring y los trabajos de A.-H. Chroust, aunque puntualiza y matiza, cuando lo cree oportuno, siempre con una tendencia a la precaución. Un asunto sobre el que, sin embargo, adopta una postura clara es la cuestión de Nicómaco. Así tras analizar los testimonios, en especial las noticias sobre el testamento de Aristóteles, concluye que no pudo ser en ningún caso hijo legítimo de filósofo (pp. 30-35).

Aunque, como comentamos, no se hace referencia a su obra, el autor sí se detiene en considerar su labor docente. En este apartado, dedicado a su segunda estancia en Atenas, se aborda el tema de la institución del Liceo, un gimnasio dedicado a Apolo a las afueras de la ciudad. Siguiendo a Düring, se defiende la idea de que Aristóteles frecuentó este lugar de esparcimiento de los atenienses para conversar con sus discípulos, pero nunca estableció una escuela u otro tipo de centro de estudio. El nombre de perípato (paseo público en griego) que recibió la tradición aristotélica se utiliza como argumento para sostener dicha afirmación. Independientemente de que Aristóteles hablara mientras caminaba o no, lo que caracterizaba a su grupo de seguidores era frecuentar ese paseo como lugar de reunión, por ello recibieron tal nombre. Según esta teoría, sería Teofrasto el primer escolarca y fundador de una escuela que se conoció con el nombre de Liceo. Sobre su localización el autor afirma que no se conoce con exactitud y olvida referir el hallazgo por parte de arqueólogos griegos en 1996 de sus posibles restos, que han sido recientemente musealizados en un espacio abierto en forma de parque⁷. Esta referencia a las escuelas en la Atenas del siglo IV a.C. al igual que el comentario que el autor hace del supuesto mote que

⁶ De hecho en 2005 ha realizado una introducción a la obra de Aristóteles, *Introdução Geral às Obras Completas de Aristóteles*, Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda.

⁷ Ver, por ejemplo, <http://www.thestate.com/world/story/769189.html?RSS=untracked>.

Platón usaba con Aristóteles, *o anagnostes*, “el lector” (p. 16-19) habrían sido buenos argumentos para profundizar en el tema de la transmisión del conocimiento en la Grecia antigua, en el que este filósofo representa un cambio destacado con respecto al período clásico. No es casualidad que, como recuerda el autor, Aristóteles fuera un escritor muy prolífico, ni tampoco que creara una de las primeras bibliotecas del mundo greco-romano. Sin embargo, el autor no se detiene en el tema y en general el texto es escueto y pasa rápidamente por los diferentes aspectos de la vida de Aristóteles que se tocan.

La segunda parte es una exposición y evaluación de las fuentes antiguas, existentes o ya perdidas, que transmitieron información sobre la vida de Aristóteles. En general todas ellas son tardías. Solo un testimonio antiguo más o menos completo ha sobrevivido, la biografía que transmite Diógenes Laercio (III d.C.). En la Antigüedad existieron dos *vitae* más, una de Hermipo de Esmirna (III a.C.) y otra de un Ptolomeo (IV d.C.), de las cuales derivarían todas las que se conservan, fechadas entre el siglo V y el XIII d.C. El autor evalúa estas fuentes en razón de su afiliación o animadversión hacia Aristóteles y presenta una evolución de la polémica que suscitó la figura del filósofo. Su conclusión es que tanto el odio político por parte de los detractores de Macedonia como las querellas científicas crearon una tradición contraria a Aristóteles que ha distorsionado irremediabilmente los datos que tenemos sobre su vida hasta tal punto que incluso noticias que aparentemente podrían ser válidas por provenir de una fuente no mediatizada pueden estar contaminadas con elementos exagerados o simplemente inventados.

Por último, la monografía cuenta con una serie de apéndices de utilidad desigual. El primero es un glosario de los autores relacionados con Aristóteles por haber transmitido información sobre él, estar vinculados al Liceo o aparecer citados de algún modo en el libro. El segundo especifica qué fuentes, de las conservadas, abordan o tratan cada uno de los aspectos de la vida del filósofo, desde el lugar de nacimiento hasta sus discípulos. A continuación se encuentra un cuadro cronológico donde junto a los datos de la vida de Aristóteles se consignan hechos históricos notables y noticias de otros autores antiguos contemporáneos. El cuarto apéndice es un resumen de los aspectos más destacados de los dos testamentos que en su momento editó y tradujo Düring (el de Diógenes Laercio y el del árabe Ibn abi Usaibia). Después hay una lista de los escolarcas del Liceo y por último un cuadro donde se ofrecen las diferentes dataciones que los investigadores han propuesto para las obras del filósofo. Para concluir, podríamos decir que, a pesar de su brevedad, esta monografía no está dirigida al gran público o al profano que quiera tener una idea general de la vida de Aristóteles. Por el contrario, para los historiadores y filólogos del mundo antiguo ofrece la ventaja de una sintética introducción a los problemas que plantea la biografía de este personaje, que podría haberse completado positivamente con la

inclusión de un corpus textual, si no exhaustivo, si al menos de los principales testimonios antiguos conservados sobre el filósofo de Estagira.

Ana Rodríguez Mayorgas
Universidad Complutense de Madrid

Gilles MÈNAGE, *Historia de las mujeres filósofas*, Barcelona, Editorial Herder, 2009, 157 pp. [ISBN: 978-84-2542-581-3]

Gilles Mènage (Angers, 1613 - París, 1692) vivió en la Francia de Luis XIII y Luis XIV. Fue un magnífico gramático, latinista, lexicógrafo y escritor. Pronto destacó en las humanidades y en el estudio de la lengua francesa, no en vano está considerado el autor del primer gran diccionario etimológico francés, *Origenes de la lengua francesa*. De personalidad controvertida, desde muy pronto su vida aparece constelada de mujeres notables, incluso fundó su propio salón literario en las habitaciones de la catedral de Notre-Dame de París. Su padre lo guió en sus estudios de humanidades, filosofía y derecho y, tras haber ejercido la abogacía, abandonó este oficio que cambió por la carrera eclesiástica, aunque sin llegar a ordenarse de sacerdote. Molière, tan excelsamente dotado para la sátira, inmortalizó a Gilles Mènage bajo los rasgos del insufrible pedante Vadius en su comedia *Las mujeres sabias* (1672).

En el París de aquella época, el siglo XVII, estaba en auge la cultura de los salones, lugares de reunión de numerosas mujeres de la alta aristocracia (a los que acudían también hombres) en los que se conversaba sobre arte, literatura, música, filosofía, etc. Mènage solía frecuentar unos cuantos de estos salones, y aprendió a valorar la inteligencia y la amistad de las numerosas damas que allí conoció: Madame de Rambouillet, Mademoiselle de Scudèry (autora, bajo el nombre de su marido, de la novela más larga escrita en francés, de 10 volúmenes) o Madame de La Fayette. A todas ellas las consideraba intelectuales y eruditas de gran calidad y, en un sentido amplio, filósofas. En honor de estas damas, que en los míticos salones franceses crearon la "cultura de la conversación", escribió Mènage su *Historia mulierum philosopharum*, y lo hizo en latín porque la obra iba dirigida al mundo erudito como reivindicación de la existencia en todas las épocas (como así era en su propio tiempo) de mujeres dotadas para la filosofía.

Es un libro sin precedentes sobre las pensadoras de la Antigüedad. Similar a una enciclopedia, Mènage da cuenta de quiénes fueron y qué dijeron 65 mujeres a las que hoy difícilmente encontraríamos en nuestros diccionarios filosóficos. Este libro devuelve la palabra a pensadoras silenciadas por la historia, las rescata del mero papel de hijas, esposas o amantes de notables filósofos y las considera protagonistas de un quehacer intelectual en pie de igualdad con el resto de los pensadores.

El tratamiento científico que hace el autor sobre la información lo convierte en una especie de diccionario biográfico sin apenas ocuparse del pensamiento de las filósofas. En la obra el autor trata de reconstruir cuáles fueron las mujeres pensadoras hasta su época. Se sabe que hubo numerosas, sobre todo en la Grecia clásica. La gran dificultad a la hora de poder establecer un corpus coherente sobre su pensamiento es los pocos escritos que se conservan de ellas. La necesidad de la obra reside en su capacidad para dar luz a pensadoras que difícilmente las encontraremos en los diccionarios filosóficos. Por ejemplo, en la mayoría de diccionarios filosóficos en los que aparece un cuadro cronológico correspondiente al siglo XX, tan sólo suelen recoger con asiduidad citados dos nombres de mujeres: Rosa Luxemburg y María Zambrano. Los nombres de estas 65 filósofas están recogidos de textos de los autores antiguos y también modernos. Las filósofas están asociadas a los siguientes grupos: 21 filósofas de escuela incierta (Cloebuina, Aspasia, Diotima, Santa Catalina, Ana Comnena, Eloísa.); 6 filósofas platónicas (Lastenia, Hipatia); una filósofa académica (Cerellia); 4 filósofas dialécticas (Argia, Pantaclea); una filósofa cirenaica, una filósofa megarica, una filósofa cínica (Hiparquía); dos filósofas peripatéticas (la hija de Olimpiodoro y Teodoro); tres epicúreas (Temista, Leoncio y Teófila); cinco estoicas (Porcia, Fania); y 27 filósofas pitagóricas (Temistoclea, Damo, Pisírode, Rúdope, Ptolemaide, entre otras).

En el libro *Ménage* se apoya siempre en los textos clásicos que le sirven de fuente, mencionándolos o citando párrafos enteros de ellos. El estilo de la obra no es difícil más que por el hecho de que continuamente aparecen nombres de autores clásicos y sus obras, pero el libro no pretende profundizar en el pensamiento de ninguna de las mujeres filósofas. El estilo recuerda a Diógenes Laercio, escritor del siglo II-III d.C., dado el gusto por la anécdota, por la recopilación de hechos, autores y citas, por la poca profundidad de análisis. La obra se puede encuadrar dentro del género de "catálogo de mujeres ilustres", que aparece significativamente en tratados de la Baja Edad Media y el Renacimiento dedicados a exaltar el honor y la excelencia de las mujeres.

En la cuidada edición de la editorial Herder la obra viene precedida de una interesantísima introducción y, pese a ello, la obra apenas llega a las ciento sesenta páginas. Finalmente, sólo queda decir que, dada la naturaleza del libro, es lógico que el autor no busque ni pretenda plasmar sus opiniones en lo que no deja de ser una pequeña enciclopedia no exhaustiva de mujeres filósofas. Por lo tanto, este libro es fundamental por el texto de Gilles *Ménage*, por la magnífica traducción de M. Otero Vidal y por la extraordinaria introducción y notas de Rosa Rius Gatell.

Jorge Tomás García
Universidad de Murcia

Elvira MIGLIARIO, *Retorica e Storia. Una lettura delle Suasoriae di Seneca padre*, Bari, Edipuglia, 2007, 190 pp. [ISBN: 978-88-7228-465-X]

A lo largo de los últimos años, la declamación y la retórica latinas se han visto revalorizadas a partir de ediciones y trabajos que han aportado nuevas perspectivas de estudio. Entre ellos, cabe destacar la recuperación –suscitada por dos monografías y una nueva edición crítica– de la figura de Séneca el Viejo, autor de uno de los pocos compendios declamatorios que se nos han conservado. Además del valor retórico, el peso de ciertos acontecimientos históricos contemporáneos al autor se deja notar en los argumentos y alusiones de las *suasoriae*, cuestión esta no tenida en cuenta hasta el momento, y que es el punto de partida del trabajo de Elvira Migliario, profesora del Departamento de Ciencias Filológicas e Históricas de la Universidad de Trento.

Así, la novedad de la monografía no es otra que la consideración de la obra retórica de este autor como un fiel retrato de la sociedad de la época. La formación de las orientaciones ideológicas de los últimos decenios del siglo I a.C., la trasmisión de los modelos culturales, o los acontecimientos históricos del período anterior a la muerte de César son estudiados aquí a partir de los datos de las *Suasoriae* de Séneca el Rétor. Según Migliario, dada la gran aceptación de que gozó este subgénero retórico en la Roma del I a.C., las declamaciones del autor cordobés deben ser tenidas en cuenta como testimonio del contexto histórico-social en el que están insertas, hipótesis que se confirma a medida que se leen los capítulos de su trabajo.

En lo que atañe a la metodología y organización del mismo, destaca el orden sistemático y positivista con el que va captando paulatinamente la atención del lector. Así, la autora no se lanza *ex abrupto* a analizar los textos del rétor, sino que opta por una lectura inductiva que abarca desde la situación de los oradores y la retórica en la segunda mitad del siglo I a.C., hasta las declamaciones que miran de cerca los acontecimientos históricos de esa época. El primer capítulo, “Seneca padre e le scuole di retorica a Roma (ca. 35 a.C.-35 d.C.)” (pp.11-31), plantea una revisión de la figura del autor cordobés como protagonista relevante de su entorno sociocultural, pasando a continuación a analizar la evolución del género retórico desde el año 65 a.C. hasta Tiberio, en cuyo mandato se constata una profesionalización de la oratoria. El segundo capítulo, “Le declamazioni deliberative fra la tarda età repubblicana e il primo principato” (pp.32-50), se centra en el *genus deliberativum* y su evolución hasta llegar a las *suasoriae*, especulaciones abstractas aplicadas a un caso particular de la vida diaria. En este recorrido no podían faltar ni la *Rhetorica ad Herennium* ni el gran Cicerón, quien en varios pasajes de su obra introduce reflexiones que facilitan la comprensión de la definición y casuística de la *suasoria*. Las *théseis* aristotélicas se adscriben con la teoría ciceroniana a cualquier esfera: moral, pública o privada.

De la antología didascálica –*suasoriae* y *controversiae*– que confecciona Séneca el Rétor a modo de discurso deliberativo, destacan por tanto los temas históricos y míticos. La figura de Alejandro, el oráculo de Calcante a Agamenón, los espartanos en las Termópilas, o los últimos momentos de Cicerón son argumentos tradicionales en este género, con los que se discute a favor y en contra de la tiranía, así como sobre otros intereses acordes con las *théseis politikai* o históricas. Por tal motivo, aunque en estos ejercicios de declamación se podían distorsionar los eventos históricos, no dejaban de recoger, sin embargo, la existencia de acontecimientos de particular resonancia, como es el caso de la muerte del orador de Arpino.

En un segundo nivel de análisis, más específico, la autora propone el estudio de los tipos de *suasoriae* senequianas. En primer lugar, el capítulo “Le *suasoriae* a tema alessandro” (pp.51-84), ilustra la *imitatio Alexandri* de la última etapa republicana. Si Escipión el Africano, Pompeyo y César, entre otros muchos, evocaban las gestas del macedonio como ejemplo de soberanía política y mando militar, no es difícil suponer que el propio Alejandro fuera utilizado como argumento en las aulas de declamación con tanta profusión. Tanto la primera como la cuarta de las *suasoriae* senequianas se centran en la discusión sobre la legitimidad de las empresas del conquistador de Pela, reflejos de la situación política de la Roma de los primeros años del Principado. El capítulo siguiente, “Le *suasoriae* a tema storico-tragico greco” (pp.85-120), nos presenta el análisis de tres *suasoriae* de argumento histórico-mítico, a saber, la segunda, la tercera y la quinta, inspiradas respectivamente en la lucha de los espartanos contra Jerjes, el sacrificio de Ifigenia y la incursión de Atenas contra los persas. La reflexión de episodios pasados conocidos por todos se extrapola ahora a la justificación de aspectos importantes para la política romana de los primeros años del Imperio, tales como la búsqueda del bien común por parte del individuo al mando, el respeto por las leyes divinas, o el problema de la figura del soberano, del que es buena muestra la declamación que tiene a Agamenón como paradigma de caudillo que ha de tomar decisiones en beneficio de los demás. En último lugar, en “Le declamazioni de morte Ciceronis” (pp.122-159), el estudio se centra en la sexta y séptima *suasoriae*, que tratan las circunstancias político-históricas que rodearon la muerte de Cicerón, uno de los personajes más contradictorios y emblemáticos de la época de la Guerra Civil. El análisis pormenorizado de las dos declamaciones aporta datos de interés sobre la pervivencia de este personaje en las escuelas retóricas de la primera etapa imperial, así como sobre la consideración que de él se tenía en estos años (las más de las veces, una visión positiva elaborada a partir de ciertos aspectos de su vida).

Cada uno de los tipos declamatorios estudiados se acompaña, al final del análisis, del texto latino tomado de la edición de Hakanson (Leipzig 1989) con el objeto de comprobar lo comentado en cada capítulo. Asimismo, es de destacar la bibliografía actualizada sobre el particular, así como un índice de autores, obras y otras referencias de interés (pp.161-183).

En definitiva, estamos ante un trabajo completo y novedoso que alcanza resultados de relieve en lo que concierne a la evolución de la retórica, la revisión de las *Suasoriae* de Séneca el Rétor, y la relación entre este género y la historia de Roma.

Israel Villalba de la Güida
Universidad Complutense de Madrid

Maria Antonietta GIUA (ed.), *Ripensando Tacito (e Ronald Syme). Storia e storiografia*, (Collana Memorie e atti di convegno, 41), Pisa, Edizioni ETS, 2007, 231 pp. [ISBN: 987-884672023-8]

Ripensando Tacito son las actas de un congreso internacional que tuvo lugar en la universidad de Florencia a finales de 2006 y cuyo resultado es la presente publicación coordinada por la profesora Maria Antonietta Giua, que cuenta con algo más de una decena de investigadores italianos y franceses. Las contribuciones están escritas, por tanto, en estas dos lenguas y el tema central que las unifica, como puede suponerse por el título, es la figura del historiador romano de época flavia y antonina Publio Cornelio Tácito.

La obra de este escritor crítico con el poder imperial y consciente de la trascendencia del gobierno romano sobre los pueblos dominados ha sido y sigue siendo objeto de múltiples publicaciones. Entre las más recientes cabe destacar, por ejemplo, el trabajo de Dylan Sailor sobre las relaciones y consecuencias de la evolución de Tácito como político y como escritor (*Writing and Empire in Tacitus*, Cambridge 2008), el estudio de Olivier Devillers sobre las fuentes de los Anales (*Tacite et les sources des annales: enquêtes sur la methode historique*, Louvain, 2003) o el análisis de Ellen O’Gorman sobre el uso de la ironía en esta misma obra (*Irony and misreading in the Annals of Tacitus*, Cambridge, 2000). Tácito ha sido el motivo de obras colectivas anteriores como las editadas por T.A. Dorey (1969) y por T.J. Luce y A. J. Woodman (1993) y sus escritos han recibido un detenido comentario como el de H. Heubner sobre las *Historias* (1963) y *Agrícola* (1984). Pero sobre todo la figura y obra del historiador ha sido analizada en multitud de monografías entre las que se puede citar las de A.J. Woodman (1998), R. Mellor (1993), P. Grimal (1990) y sobre todo R. Syme (1958).

Es precisamente la voluminosa obra de Syme sobre Tácito el segundo objeto de estudio en la presente publicación, según se presenta en el título, y lo que la individualiza del resto de publicaciones. No obstante, habría que puntualizar que esta propuesta de reflexión que llevaría a analizar a Tácito a través de Syme y a Syme a través de su *Tacitus* no ocupa todo el volumen. En realidad la obra está dividida en cuatro secciones más o menos diferenciadas por su contenido con la siguiente temática: la primera, como hemos apuntado, es la que agrupa las contribuciones que estudian la relación entre ambos historiadores; la segunda, *questioni di metodo*,

tiene como finalidad explorar la labor de Tácito como historiador; la tercera, *fra storia e storiografia*, agrupa trabajos que analizan determinados pasajes de los *Anales* y las *Historias*; y por último, la cuarta sección, *conquista e gestione dell'impero*, aborda el tema de la representación del imperio y sus problemas de gobierno en la obra de Tácito. Dado que no todas las contribuciones tienen el mismo interés, nos detendremos más en aquellas que pueden resultar más novedosas e interesantes al lector.

El primer apartado se abre con la contribución de Emilio Gabba, quien, como él mismo indica, es uno de los pocos recensores del *Tacitus* de Ronald Syme que aún viven. En ella Gabba retoma algunas de las alabanzas ya vertidas en aquella reseña aparecida en *Athenaeum* en 1961 y apunta algunas críticas al historiador neozelandés como el recelo y crítica al imperio que se aprecia, por ejemplo, en *The Roman Revolution* (1939) y que según él, es el resultado en gran medida de la experiencia del totalitarismo que tuvo Syme en los años 30 y 40. Frente a esta perspectiva negativa, el autor se suma a la visión positiva de Momigliano quien valoraba la capacidad de Roma para hacer coexistir culturas diversas. Implícitamente Gabba establece un paralelismo entre esta dicotomía y la que él aprecia en los historiadores imperiales. Mientras Tácito, siguiendo la tradición republicana, ve de una forma pesimista las luchas de poder en Roma y toma Italia como el centro geográfico de la narración, los escritores griegos como Dión Casio, Apiano o Elio Arístides, dan una visión más matizada y adopta una perspectiva historiográfica provincial. Para ellos Roma es el conjunto de las provincias.

La intervención de Maria Antonietta Giua retoma la experiencia vital y profesional de Ronald Syme para comprender en toda su complejidad los dos volúmenes de *Tacitus*. Su contribución subraya el paralelismo en la vida de Syme y de Tácito que llevó al primero a terminar por identificarse con el segundo, como ya apuntó en su día Momigliano. Esta similitud comienza por los orígenes. Ronald Syme nació en la Nueva Zelanda colonial y terminó por instalarse en Inglaterra como reconocido historiador del mismo modo que Tácito, originario de la Narbonense -como el propio Syme demostró-, emigró a Roma, donde consiguió gran renombre. Este carácter de *homo novus* que tanto reclamó Syme para su historiador romano predilecto estaba en la base, según Giua, del papel que le otorga como observador crítico, equilibrado y distanciado de la historia del principado. La autora incide además en otras dos cuestiones: por un lado, la metodología de Ronald Syme y, por otro, la crítica que recibió su obra por parte de Momigliano. En cuanto a la primera cuestión, Giua destaca la importancia de la obra de Lewis Bernstein Namier sobre el reinado de Jorge III de Gran Bretaña como precedente no reconocido de Syme en su uso de la prosopografía. Por otro lado, explora la imagen, a veces incoherente, que dio de Tácito como partícipe del gobierno romano y a la vez observador externo del poder imperial, algo ya destacado por Momigliano.

El primer apartado se cierra con un interesante ejemplo de cómo el historiador moderno puede terminar construyendo, en parte inconscientemente, su discurso

sobre el de un escritor antiguo. En esta línea, Jérémy Direz analiza el sentido de la expresión *capax imperii* usada por Tácito para denominar a aquellos nobles romanos que estaban en disposición de hacerse con el gobierno del imperio y cómo Syme retomó la expresión variándola sensiblemente para aplicarla a otros personajes de la época. Así, frente a la noción de nobleza heredada que transluce el uso que hace Tácito del término, Syme destaca la virtud, la capacidad individual y la fama del personaje, de modo que termina por concebir a Gneo Domicio Corbulón como *capax imperii* –algo que Tácito nunca hace– y por otro lado niega tal denominación a Gneo Pisón, al que dicho autor sí reconoce como tal.

En la segunda sección, dedicada a la concepción historiográfica de Tácito, destaca la contribución de Mario Pani. El autor analiza la base teórica de la ya mencionada posición crítica del historiador romano frente al poder imperial y encuentra la clave en el concepto de *introspicere*. “Mirar hacia el interior” es lo que Tácito se propuso hacer con los acontecimientos históricos que narra, buscar la verdad oculta o disimulada detrás de la percepción inmediata que el observador puede tener de los hechos. Un ejemplo claro, según Pani, es la figura de Tiberio, cuya actuación es vista por el historiador como una continua *dissimulatio*, que pretende mantener las formas y procedimientos de la vieja república cuando en realidad está ejerciendo ya un poder unipersonal inapelable. El autor considera esta perspectiva una novedad de la historiografía greco-latina, una *rivoluzione a metà* porque Tácito solo puede ponerla en práctica cuando analiza los comienzos del poder imperial. Sin duda, nadie antes que él había percibido de forma tan clara la diferencia que puede existir entre las intenciones declaradas y la acción, hasta tal punto que su argumento sigue convenciendo a los historiadores actuales. Sin embargo, es posible que esta visión de la realidad tenga precedentes en la Antigüedad que Pani no cita, en concreto, en la distinción que Tucídides hacía de las razones declaradas y las que él consideraba verdaderas del inicio de la guerra del Peloponeso (1.23.6).

La contribución de Michèle Ducos puede entenderse como una continuación y amplificación de lo expuesto por Mario Pani. Su argumento principal es que las referencias que Tácito hace en su obra a la legislación romana –más importantes de lo que se ha pensado tradicionalmente– están orientadas a mostrar que el mantenimiento de las leyes republicanas no asegura en ningún caso un estado de libertad y de justicia. La razón principal es que éstas ya no están respaldadas por los antiguos valores romanos y pueden siempre ser pervertidas o utilizadas de forma interesada por el emperador y sus aduladores. Nuevamente, por tanto, hay una clara disensión entre lo aparente y lo real, entre las palabras e intenciones y los actos. Finalmente, Carlo Franco cierra este segundo apartado con un artículo sobre las fuentes de Tácito revisando, entre otras ideas, la teoría de Ronald Syme sobre la consulta de las actas del senado. Su conclusión es negativa en cuanto a la posibilidad de llevar a cabo una verdadera *Quellenforschung* en la obra de Tácito dado que el autor reelaboraba de forma profunda y drástica la información que obtenía de las diferentes fuentes utilizadas.

Las últimas dos secciones se distinguen claramente de las primeras por su contenido y en ellas la figura de Syme prácticamente desaparece. Llama la atención que en algunas contribuciones se diluya incluso el propio Tácito, aunque no por ello tienen que carecer de interés los temas presentados. Así, por ejemplo, los artículos de Giulio Firpe, Barbara Scardigli y Chantal Gabrielli abordan cuestiones que aparecen en la obra del historiador romano sin centrar el discurso por completo en su actividad como analista o su perspectiva histórica. El primero estudia, en busca de su origen, la querrela antijudía surgida en la Antigüedad y de la que Tácito se ha eco en las *Historias*, mientras que la segunda analiza el episodio de la capitulación de Lucio Cesennio Peto ante los partos en el 62 d.C. y las memorias del entonces gobernador de Siria, Corbulón, que pudieron contener dicho acontecimiento. El artículo de Gabrielli, dentro ya del cuarto apartado, explora a través del *Agrícola* el concepto de insularidad en el pensamiento antiguo y la relación entre conquista y exploración que subyacen en el imperialismo romano. *Fra storia e historiografia* contiene, además, una intervención conjunta de Olivier Devillers y Frédéric Hurlet que toca nuevamente la cuestión de la reflexión de Tácito sobre la figura de Tiberio a través del estudio de diversas usurpaciones que para el historiador ponían de manifiesto la falta de legitimidad de este emperador por no tener un vínculo consanguíneo con Augusto.

En la sección sobre el gobierno del imperio destaca la contribución de Dieter Timpe, quien estudia la insurrección de ciertas legiones romanas, tribus gálicas y tropas auxiliares indígenas en el 68 d.C. contra Nerón. Para el investigador alemán, el espacio que Tácito dedica a este episodio —que para otros autores pasa casi desapercibido— es clara muestra del relevante significado que le otorgaba como manifestación de la peligro que sufría el imperio romano. Según Timpe, el príncipe batavo Julio Civil, ciudadano romano y aliado de Vespasiano en su lucha contra Vitelo, no representaba para Tácito un simple episodio derivado de la guerra civil sino la poderosa amenaza que suponían esos personajes a medio camino entre el gobierno romano y el mundo tribal, capaces de, en un momento de crisis interna, aglutinar una notable fuerza militar para oponerse al imperio. Por último, la tercera contribución de esta sección, de Ida Mastroiosa, analiza la carta de Tiberio del 22 d.C. al senado sobre el gasto suntuario y la posición de Tácito acerca de dicha cuestión económica.

Son, por tanto, doce contribuciones en total que resultan de utilidad e interés para todo investigador que se proponga el estudio la obra de Tácito. Se echa en falta, para facilitar su consulta, una bibliografía por capítulos o, al menos, final, que mostrara todas las obras citadas. El volumen cuenta, sin embargo, con un útil apéndice donde se recogen todos los testimonios de autores antiguos aparecidos en los distintos capítulos. Sin duda, la novedad más sobresaliente del volumen es la inclusión de la figura de Ronald Syme en el debate porque permite reflexionar sobre la relación del historiador moderno con su objeto de estudio. La labor historiográfica de Tácito es lo suficientemente poderosa y sugerente como para conquistar a un

lector moderno, que eventualmente puede terminar adoptando la perspectiva histórica del autor antiguo. Su caso no es el único. En la Antigüedad pueden apuntarse ejemplos de otros autores que han fascinado, como Tucídides o Cicerón, cuyos escritos siguen condicionando la investigación, en ocasiones a falta de otras fuentes alternativas disponibles. Este procedimiento de analizar una época a través de un autor no es, en esencia, rechazable, pero debe ser una actitud consciente, que tenga en cuenta las limitaciones a las que puede llevar dicha postura. Y sobre todo debe no caer en la trampa de quedar encerrado en el horizonte historiográfico del autor antiguo retomando las mismas cuestiones que preocupaban a éste, porque, como con toda razón afirmaba Arnaldo Momigliano, si algo caracteriza una historiografía moderna es el haber superado las preguntas de los antiguos y el haber planteado interrogantes nuevos.

Ana Rodríguez Mayorgas
Universidad Complutense de Madrid

Yann LE BOHEC, *L'armée romaine dans la tourmente. Une nouvelle approche de la "crise du III^e siècle"*, Paris, Éditions du Rocher, 2009, 320 pp. [ISBN: 978 2 268 06785 8]

Con este título atractivo, y un poco novelesco, el profesor Le Bohec nos brinda un nuevo libro sobre su especialidad: la historia del ejército romano, escrita no por un arqueólogo o un filólogo, sino por un historiador, que combina en proporción adecuada los textos literarios, los epigráficos, la iconografía, y, en menor medida, la numismática y la arqueología. Sobre estas ciencias auxiliares de la historia se dan en la bibliografía final las obras fundamentales, las que ha consultado el autor.

El libro es un largo ensayo "sobre la crisis" política –y por tanto también militar– que atañó al Imperio romano desde la muerte de Cómodo (193) hasta la muerte de Diocleciano (305). Años convulsos en la política, pero también en la sociedad, en la economía, en el ejército... un ejército que está en ojo del huracán de es "tormenta" que llevó a Diocleciano a reinventar el Imperio romano. Yo particularmente me resisto a considerar "crítica" la época de los Severos a nivel militar. Es cierto que es una época de muchos y de profundos cambios estructurales, pero cambio no siempre es sinónimo de crisis. Es más, el periodo arranca de un periodo –el de los Antoninos– en la que ejército era fuerte institucionalmente, aunque es igualmente cierto que el poder de la dinastía se asienta sobre una guerra civil (193-197), y su sombra –la alargada sombra de los ejércitos– se prolonga, con fuerza militar y afianzamiento institucional en los, aproximadamente, cuarenta años severianos (193/197 – 235), en los que el ejército es más un ejército altoimperial evolucionado que un ejército bajoimperial, que en sentido estricto sólo habría que contarlos a partir de Diocleciano.

En este libro se sigue ese camino de crisis de la mano de los acontecimientos bélicos, que de hecho son la autopista por las que discurre todo el siglo III. La obra, de principio, me recuerda la obra escrita hace ya algunos años por A. Ferrill, *The Fall of the Roman Empire. The military explanation*, New York 1986 (hay edición española: *La caída del Imperio romano. Las causas militares*, Madrid, Edaf, 1998). El de Le Bohec contempla un arco temporal más corto, pero redundante, con otros argumentos, en la misma idea de conflictos, crisis, decadencia... En fin, un tema recurrente en la historiografía moderna, que aún sigue vivo, y que debe complementarse con este nuevo libro que pone al día la *quaestio* del papel del ejército romano en ese largo camino hacia el Bajo Imperio.

El ejército del siglo II vivió largos periodos de paz, como herencia del gran Trajano: el reinado de Hadriano, el Antonino Pío y buena parte de el de Marco Aurelio, los ciudadanos romanos, y los militares, se beneficiaron de una libertad y una prosperidad que elevó al imperio a sus cotas más altas. Pero es igualmente cierto que en el reinado de Marco Aurelio se dieron señales de alerta: una gran epidemia, y las guerras contra los dacios y marcomanos, son “símbolos de una situación nueva y dramática” (p. 14) que no se producirá inmediatamente, pero que tendría gran recorrido durante todo en el siglo siguiente, con distinta intensidad y en distintos frentes (fronteras), y con distinto signo de la victoria, para aumentar el tono dramático de un Imperio en jaque.

Los dos primeros capítulos analiza el ejército romano a finales del siglo II, desde las perspectivas institucional y logística guarniciones (Roma y las provincias), unidades (legiones, auxiliares, marina), oficiales, reclutamiento, la vida cotidiana del militar –todo ello muy resumido–, las condiciones del combate, el avituallamiento, el equipo del soldado, armas, ejercicios, orden de marcha y de batalla y el asedio. El capítulo 2 se cierra con algunas consideraciones generales sobre “la estrategia del Imperio”, la cuestión del *limes*, y la consideración de los campamentos legionarios estables del siglo II, pensados para la paz, con una función esencialmente defensiva.

El capítulo III (pp. 71-96) es una breve historia política y militar de la época de los Severos, de cada uno de ellos, destacando los rasgos más importante de su biografía y sus aportaciones al mantenimiento del ejército, casi siempre en pie de guerra (primero la guerra civil, luego una larga guerra en la frontera de Mesopotamia), iniciada por Séptimo Severo y concluida por Caracalla. Muerto éste, el Imperio da otra muestra de alerta, y del signo de los tiempos que vendrían, con el “interregno” de Macrino, un ecuestre, en 217-218, al que seguirían los reinado del extravagante Heliogábalo y del mesurado Alejandro Severo. Estas páginas están escritas a la luz de las fuentes literarias, muy ricas para el período: Herodiano, Casio Dión y la Historia Augusta. Se echan en falta textos epigráficos. El periodo es muy interesante desde el punto de vista militar-institucional, en el que, a mi juicio, no se entra en profundidad. El derecho militar, el matrimonio de los soldados, el asociacionismo militar, la “barbarización” de las tropas romanas regulares y la potenciación de

los cuerpos de guardia de los *equites singulares Augusti*, en fin, merecen mayor atención. El autor, sin embargo, prefiere detenerse, en los capítulos siguientes, ocupando buena parte del libro (capítulos IV-VII) en “los enemigos externos”: los germanos, el Irán (sic) (particularmente hubiera preferido no ver este anacronismo y que el autor hubiera hablado, con mayor precisión de persas, partos y/o sasánidas), Armenia, los “germanos” o celtas de las regiones danubianas, bretones, y otros enemigos “menores” y lejanos, como los blemios de Nubia y otros pueblos insurgentes de África, susceptibles de amenazar en orden romano. En cada uno de estos capítulos se tratan metódicamente los aspectos culturales y étnicos, el armamento y tácticas propias (muchas veces emulados por los romanos). Como complemento al panorama presentado “del imperio en armas contra múltiple enemigos externos”, el capítulo VII está dedicado a lo que el autor llama “los enemigos invisibles”, acaso tan peligrosos como los que manejan arcos y espadas: la crisis financiera, la inflación, la carencia de dinero y ansia de saqueo y de botín por parte de los soldados, los salarios militares en perspectiva evolutiva (pp. 185-187), y las influencias mutuas entre guerra y vida económica del Imperio, particularizadas en dos regiones, Galia y África.

A esta altura del libro el autor nos da su personal, singular y humanista noción de crisis: “Il faudrait définir la notion de crise. Nous avons proposé... de considerer qu’il y a crise quand des hommes souffrent” (p. 194), reconociendo, como es obvio, la influencia negativa de una crisis económica galopante, minimizada sorprendentemente, junto otros hechos relevantes, la peste de los años 252-254, y las persecuciones violentas contra los cristianos. Está claro que “esto no era el fin del mundo”, del mundo romano, que llegaría más tarde, efectivamente, pero tampoco hay que minimizar ni sus causas, ni su desarrollo ni sus consecuencias.

Retomando el pulso de la historia política, y de la “gran estrategia del Imperio”, en el capítulo VII se estudian, a modo de paradigmas, dos episodios “de separatismo”, el de Galia y el de Palmira. La tentativa segregacionista del principado palmireno (o la *civitas Palmyrena*, como se dice en Dig. I, 15, 1 Ulpiano) surge de la posición privilegiada (geoestratégicamente) de Palmira, entre dos grandes imperios, el romano y el parto. Dependiente administrativa y militarmente de la provincia romana de Siria, la región se vio poco auxiliada para combatir los ataques partos. Primero Odenato (262/263–267) y luego Zenobia (267-270) se rearmen y capitanean ejércitos “autónomos” que emprenden no sólo la tarea de defenderse sino de conquistar. Al mando de Zenobia, ocupan Arabia y Egipto (Alejandría), marchando desde aquí a Anatolia y Bitinia. Zenobia y su hijo Wallabat pretenden constituir un reino independiente de Roma. La acción del ejército romano, al mando de Aureliano, acabó con la aventura palmirena en dos años (272-273). Aureliano se hace proclamar *restitutor orbis.*, y celebró un triunfo en Roma a la manera antigua. Independientemente del éxito de esta restitución, la intentona separatista marca el signo de la época, de grandes tensiones y de gran protagonismo militar. Otro tanto puede decirse de la “tormenta” separatista en Occidente, el “golpe de Estado” se

produce en tiempos de Galieno. Los hechos son bien conocidos: el usurpador Póstumo mantuvo durante quince años aproximadamente “un gobierno galo independiente” (sobre estos episodios, pp. 212-218).

El capítulo IX, de nuevo volviendo atrás en el tiempo, está dedicado, en general a los aspectos militares del periodo crítico denominado de “anarquía militar” a partir de Maximino el Tracio. Se pone la atención sobre el reinado de Galieno (260-268), al que se atribuyen “modestas reformas” (p. 235) en contra de la corriente historiográfica que atribuye a este emperador grandes reformas institucionales militares, principalmente la relacionada con el estatuto jurídico de los jefes militares. Estos “mitos” se van desmontando sumariamente en pp. 235-238, insistiendo en la escasa relevancia militar de Galieno. Para Le Bohec, el verdadero periodo de estabilización militar es 275-284, una vez muerto Aureliano. Los reinados de Tácito, Probo y de Caro y sus hijos van a asentar las bases reales de la gran reforma institucional diocleciana.

El capítulo anterior, que relata exclusivamente los episodios bélicos como parte de la gran política romana y de la geoestratégica, se complementa con este siguiente, en el que se pasa revista a las “estructuras y funciones” del ejército romano en el siglo III. En lo esencial se desarrolla la tesis de que este ejército que vive en una época de crisis, agobiado por las finanzas públicas y la mengua de salarios y de recursos logísticos, tuvo que adaptarse con gran rapidez y escasos medios, en un proceso rápido de modernización muy agresiva, que produjo cambios en las técnicas de combate, cambios en el equipamiento del soldado, cambio en las tácticas (a menudo copiadas de sus enemigos) y cambio de técnicas de asedio y de maquinaria bélica. Se analizan así las estructuras militares (unidades, vida cotidiana, paga de los soldados), las funciones (logística, equipamiento, ejercicio y táctica, estrategia, arquitectura militar, y un estado de la cuestión sobre los nuevos equilibrios estratégicos y el reparto de las legiones, focalizadas, como es natural, en zonas conflictivas).

La obra está ilustrada con gran cantidad de dibujos a línea y de mapas que complementan bien el texto. Por el contrario, las fotografías en blanco y negro que ilustran el libro son de poca calidad y casi siempre de tamaño insuficiente. Lo mismo puede decirse de algunos planos, literalmente ilegibles (por ejemplo en p. 69, 112, 193). Es de agradecer que el autor maneje bibliografía española sin complejos –pues al día de hoy está a la altura de cualquier otra literatura científica europea– y en general una bibliografía bastante actualizada, aunque siempre se echan en falta algunas referencias puntuales para tal o cual aspecto.

Para algunos estudiosos del ejército romano el contenido del libro le puede sonar a *déjà vu*. Es una síntesis histórico-historiográfica, pues el discurso no se levanta directamente sobre el análisis de documentos, sino sobre su paráfrasis o la literatura que tal o cual problema o hecho político ha generado. Se nota en este libro el esfuerzo del autor por buscar y aplicar “modelos de estudio”, siguiendo a veces un relato cronológico lineal, otras un desarrollo temático. Con todo, es encomiable el intento de sistematizar la cuestión aportando, por aquí o acullá algunas ideas origi-

nales sobre un tema verdaderamente muy trillado por la historiografía. Es, pues, “una lectura militar” de un periodo de crisis general, que agrada a quienes sólo le interesa el aspecto militar y que ayudará a quienes estudian otras variantes (por ejemplo, económicas, sociales, ideológicas o religiosas) a enmarcarlas en un contexto militar, todo ello en un contexto de “crisis” o quizás mejor, de cambios de estructuras que preludian cambios estructurales todavía mayores –más beneficios o más traumáticos, según para quién– que verían los dos siglos siguientes.

Sabino Perea Yébenes
Universidad de Murcia

Gonzalo BRAVO CASTAÑEDA – Raúl GONZÁLEZ SALINERO (eds.), *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Madrid, Signifer Libros, 2007, 356 pp. [ISBN: 978-84-934612-8-7]

En esta obra nos encontramos con un conjunto de artículos, donde se aportan nuevos argumentos para aproximarnos al estudio de la violencia durante la Historia de Roma. Para ello se tratan casos concretos que van desde época republicana, hasta la Antigüedad Tardía, dividiéndose en seis bloques: política expansionista, ideología, instituciones, *ludi*, religión y marginalidad. Esta serie de escritos se corresponden con las distintas conferencias que integraron el IV Coloquio de la *AIER*.

Pese a la gran variedad de los temas que se disponen, se aprecia una unidad que los editores bien recogieron en la cita de R. Auguet: “No puede confundirse con la crueldad la dureza a veces excesiva, pero nunca arbitraria de que los romanos dan prueba incluso contra ellos mismos”. Imágenes que se arrastran desde la Antigüedad hasta nuestros días, donde Roma aparece como una sociedad especialmente cruenta y violenta. Este compendio nos ayuda a comprender mejor esa faceta de la civilización romana, cumpliendo las expectativas, tanto de especialistas, como de aquéllos que se acercan sin gran bagaje.

El menor peso de la arbitrariedad en la actuación romana se pone ya de manifiesto en el estudio de la política expansionista romana. Este primer bloque se abre con el artículo de García Riazas, donde trata el papel de la violencia en la resolución de los conflictos de Roma, concretamente en Hispania. Las represalias que tuvieron lugar contra las distintas poblaciones con las que Roma se fue encontrando, responden a un patrón homogéneo que sienta sus bases en la tradición, la cual, además, estaba tutelada por el Senado. A ello se suma un carácter pragmático que ya poseía la costumbre, pues la mayoría de las veces era más beneficioso no aplicar medidas de extrema violencia. Sin embargo, hay excepciones como son Cartago y Numancia, los cuales son analizados con gran detenimiento por Salinas de Frías. En ambos casos, se observa que la destrucción de la ciudad no era producto de la irreflexión, ni de un cambio en la política romana, sino que tras ello se escondía

cierto cálculo político (como fue la eliminación de un símbolo, en el caso de Carthago, por ejemplo) y el peso de la ideología aristocrática (a la cual se suma un progresivo helenismo).

Por último, Fernández Palacios cierra el bloque con una síntesis diacrónica de la conquista de territorios al norte de *Britannia*, que se llevó a cabo bajo el gobierno de Agrícola tras siete campañas en el siglo I d. C. Donde destaca como un claro ejemplo en el que se aprecia la gran diversidad de las acepciones que nos ofrece el término de violencia.

Con la violencia ideológica e ideología de la violencia se pone de relevancia la importancia de quién, cómo y porqué se narra la violencia. Ésta no se da si no hay una cultura que la interprete como tal. Y en este sentido, Sánchez Medina observa que el lenguaje y la literatura aparecen como agentes visibilizadores de la violencia en la Antigüedad Tardía, que Roma utilizará para legitimar su lucha contra el “Otro”, que encarna de forma absoluta la Barbarie. Hasta tal punto llegará esta instrumentalización, que se aplicará el término bárbaro a todo aquél que esté en contra del orden romano. Esto se observa claramente en la obra *De bellis Libycis* de Coripo y en la interpretación de la barbarie africana del siglo VI, donde la autora nos concreta lo anteriormente mencionado. La violencia ideológica se constató de modo claro desde el poder, mediante el ordenamiento jurídico, por ejemplo. María Victoria Escribano analiza la compilación impulsada por Teodosio II, en concreto el título 5 del libro XVI del *Codex Theodosianus*. La finalidad de estas *constitutiones* era la de persuadir a los heréticos para el abandono de su desviación, mediante la amenaza de la coerción. Si no podían ser convertidos mediante el raciocinio, que lo fueran por el terror. Sin embargo, pese a la gravedad de las penas de determinadas leyes, el emperador no buscaba perseguir a sus súbditos, sino intimidarlos para que renunciaran a sus creencias.

Por otro lado, el artículo de Juan Luis Posadas pone de relieve el papel de la tortura para tres autores clásicos: Salustio, Tácito y Suetonio. Tras una recolección de las distintas menciones que recogen en sus obras, se encuentra que consideraban el uso de la tortura como algo normal, aunque cruento. Salustio la tenía presente como un rasgo bárbaro. Mientras Tácito es bastante neutro, a excepción en lo referido a ser aplicado a ciudadanos. Por último, Suetonio utiliza la mención a la tortura a modo de crítica política a los emperadores. El bloque se cierra con la intervención de Valiente García del Carpio, el cual realiza un breve recorrido de la escuela primaria en la antigua Roma, con los distintos sectores de la sociedad que tenían acceso a este servicio y algunos ejemplos de las distintas formas de violencia en este ámbito.

La tercera sección comienza con un estudio de Guzmán Armario, en el que se hace un breve recorrido por aquellos emperadores que, a lo largo del Imperio Romano hasta Teodosio en el 395, quedaron registrados por las fuentes aristocráticas como malos emperadores. El autor comprueba que, en la mayoría de las ocasiones, nos encontramos con personajes que se vieron envueltos en complejos contextos

históricos, en los que no tuvieron otra alternativa que el uso de la violencia y la desaristocratización del centro político, como métodos de afirmación del poder personal. Por otro lado, Vallejo Girvés se introduce en el período de la Antigüedad Tardía, y en las circunstancias que rodeaban a los exiliados en el camino hacia el lugar de destierro. En gran número de casos, los reos fallecieron debido a las penalidades que vivían, esto hace suponer a Vallejo que éste era el objetivo de los emperadores cuando decidían enviarles al destierro, buscando el cambio de opinión del condenado o una muerte casi segura, sin necesidad de que ésta fuera ordenada expresamente. Otro ejemplo de violencia institucional nos viene de la mano de González Salinero, quien realiza una revisión de la documentación en torno al gobierno de Constancio Galo, examinando la veracidad de autores como Amiano Marcelino, quien más nos cuenta sobre el *caesar*. En un momento en el que el poder imperial estaba bastante debilitado, el uso de la fuerza en determinadas situaciones incrementó las carencias en su gobierno, granjeándose el descontento, no sólo de la aristocracia senatorial, sino del resto de sociedad. A continuación Santiago Castellanos en su “Violencia y propaganda política al final del Imperio romano”, busca comprender el trasfondo y el sentido de la violencia del discurso que Sidonio Apolinar, que en clave de panegírico se ofrece de Avito, ante el Senado de Roma. El autor encuentra la intención de Sidonio Apolinar, de hacer constar en el discurso varios elementos como fueron la relación que Avito dispuso tanto con los visigodos como con la aristocracia galorromana, y la mención de un acto violento en el que Avito se enfrenta a un huno (entendiendo violencia como elemento marcador de distancias).

Hay que hacer especial mención en este bloque, del trabajo de Gonzalo Bravo sobre el *status* de los colonos bajoimperiales. En su estudio realiza una reinterpretación de la documentación, analizando situaciones que permitan sospechar sobre un posible cambio en el sistema del colonato y en la condición social del colono. Las fuentes son principalmente jurídicas, aportando escasas situaciones colonarias. Pese a ello tradicionalmente estos textos se han mencionado como documentos que indicaban un posible cambio de status del colono bajoimperial como “semilibre” e incluso asimilándose al de un esclavo, sin embargo, Bravo cuestiona esta lectura, en cuanto considera que *colonus/coloni* nunca se confunde con *servus/servi* en los textos jurídicos, sino que ambos términos aparecen asociados. Además, algunos colonos tenían una situación social cómoda, sólo agitada por la arbitrariedad del Estado o la intromisión de los *potentes*. Por ello el autor defiende que hay que sustituir ese supuesto cambio de status jurídico por otro relacionado a la condición social de los colonos como víctimas de diversos elementos que les rodean. Estos elementos se materializarían en la violencia del gobierno imperial, en los abusos de los propietarios de tierras, en la presión fiscal...

En el cuarto bloque Mauricio Pastor Muñoz analiza la visión de los escritores antiguos, paganos y cristianos, sobre la violencia en los juegos gladiatorios y la gladiatura como profesión, así como algunos aspectos relacionados con la situación

social de los gladiadores. La violencia estuvo presente en los *munera gladiatoria*, pero no más de que lo podía estar en otras actividades profesionales de época romana. El uso de la violencia sólo se dio en el modo necesario que imponía la profesión, pero que fue exacerbada por los escritores antiguos, especialmente por los cristianos, que aborrecían este tipo de actividad, en cuanto iba contra sus ideales morales y éticos, mostrándonos una imagen excesivamente sangrienta y cruel. Fernández Uriel por su parte considera que los *ludi* no se han tratado lo suficiente como fenómeno social. El hecho que suponía la gran afluencia de público, que se concentraba en ellos obliga a tenerlos en cuenta como algo más que un mero espectáculo, de hecho se trataba de un importante centro neurálgico de la vida política y social. Por ello presta especial atención a lo que ocurre en las gradas y a la violencia que se daba en ellas. De este modo, estudia el caso concreto de lo ocurrido en Pompeya a mediados del siglo I d. C., cuando se produjo un gran enfrentamiento entre *spectatores*, por la rivalidad existente con Nucera.

El sentido práctico de Roma se constata en un tema particular y poco tratado como fueron los saqueos de los templos. Rodríguez Plaza abre el bloque dedicado a la religión con un artículo (que se centra en la etapa republicana y el siglo I d. C.) donde sorprende que, pese al gran respeto que se tenía al mundo de los dioses, el expolio económico de los santuarios fue algo habitual, principalmente en momentos de crisis. Además, diferencia los saqueos por su autoría, encontrándonos desde emperadores hasta miembros del pueblo llano. Juana Torres, en cambio, busca aproximarse a la realidad de los magistrados romanos, que se escondía tras las Actas y Pasiones de los mártires. En este sentido, la literatura cristiana dejó una imagen bastante plana de estos jueces paganos como verdugos y despiadados. Utilizando fuentes como Plinio el Joven, se indica que al poder siempre le interesó aplicar antes la persuasión que la violencia explícita. Sobre la imagen que ha llegado a nuestros días de la época tardoantigua, como una etapa donde predominaba la violencia y la irracionalidad, reflexiona Natal Villanaza, analizando el uso que se hizo de la literatura episcopal como medio de presión e imposición política. Por ello se pregunta sobre el significado que encierran documentos, como el que trata en este artículo sobre las cartas de Sinesio de Cirene, y qué correspondencia tienen este tipo de escenas violentas con la realidad. Almudena Alba López examina de modo similar el conflicto entre Constancio II y la facción arriana con Atanasio de Alejandría. El emperador, buscando un control total sobre los asuntos eclesiásticos, provoca un recrudecimiento de la oposición nicena, la cual se centrará en una caracterización teórica de la violencia basada en la maldad natural del dirigente y su facción. Destacan de este modo tres puntos comunes, como eran el recuerdo de las persecuciones, donde se observa en el emperador la actitud de sus predecesores al perseguir a los cristianos; la herejía y tiranía del emperador, como causas y consecuencias del conflicto; y tercero, la acusación de falta de inteligencia de Constancio II. Si esto fue el resultado de los concilios de Arlés (353/354) y Milán (355), cien años después tendría lugar un concilio que originaría un estallido de violencia que

duraría varios siglos. José María Blázquez se centra en la repercusión que tuvo el Concilio de Calcedonia, donde el emperador Marciano buscaba resolver una querrela largamente debatida como era la naturaleza de Jesús. Un concilio que no sólo no solucionó el problema monofisita, sino que aceleró que Iglesias de gran empuje como la copta, la siria, la georgiana y la armenia, se separaran de Bizancio y del resto de la cristiandad. Por último, hay que hacer mención del sugerente artículo de Silvia Acerbi sobre el terror y violencia antijudía en Oriente durante el siglo V, y concretamente la biografía del archimandrita sirio Bar Sauma, centrándose en su papel en la lucha emprendida en la Siria Mesopotámica contra el paganismo y, sobre todo, el judaísmo, utilizando como fuente principal una vida siríaca del asceta escrita en el siglo VI.

Como último bloque nos encontramos con un tema poco común como es la violencia en los “bajos fondos” de la sociedad romana. Gozalbes Cravioto realiza una revisión historiográfica del proceso bandolero en el Imperio Romano. El análisis del bandolerismo en la antigüedad romana ha atravesado por diversas vicisitudes, muestra del carácter complejo de este fenómeno y de la diversidad de investigadores que se han acercado al tema. Esta materia es difícil de encuadrar en una interpretación unilateral. De otro lado, Perea Yébenes nos presenta una síntesis de varios fragmentos papiráceos nada usuales como son las *Phoinikika* de Loliano. Textos novelescos de ambiente griego, pero de época romana, que se sitúan en el siglo II d. C. Su excepcionalidad reside en la rudeza de las escenas que se describen, con crímenes antropofágicos, acompañado de escenas de dulcísimo amor y fantasmas que avisan de los peligros a los viajeros. Perea realiza cierto paralelismo con obras de la literatura clásica, buscando una mejor comprensión de determinadas escenas como los sacrificios humanos. La duda que le queda al autor es si se trata de un reflejo de la realidad o de mera fantasía. En el siguiente trabajo nos encontramos con el artículo de Mercedes López Pérez, quien lleva a cabo un breve ejercicio de síntesis en el que se resaltan las primeras críticas a los médicos griegos en Roma. Catón el Censor y Plinio centran estas críticas en la figura de Arcágato, médico griego que da nombre a un emplasto recogido en la obra de Celso y Celio Aureliano. Estos ataques tenían su causa en el uso por parte de los griegos de emplastos bastantes agresivos y de la cirugía, que se distanciaba de la tradición en la medicina romana. Por último, Vázquez Hoys se sirve de fuentes arqueológicas y literarias, para su exposición sobre la magia negra en Roma. Pese a que estas prácticas estuvieran prohibidas, formaron parte de la vida cotidiana y, de hecho, era algo natural a la sociedad romana. Para la autora este tipo de prácticas evidencian la creencia de los antiguos en un determinado modo de inmortalidad, en contraste con la creencia de los fieles de las denominadas “religiones místicas” en las que por identificación con el dios que resucitaba, los difuntos “volvían a la vida”.

Este conjunto de ponencias recogidas en un volumen monográfico, nos acerca a un tema que en la actualidad sigue teniendo asaz interés. Aproximarse al concepto que los antiguos poseían sobre la violencia, que dista bastante de nuestro actual

concepto, puede ayudarnos a enriquecer nuestra visión del “Otro”. En definitiva, una obra de calidad, bien concebida, donde las distintas contribuciones dan una imagen global bien perfilada.

Néstor Casellas Chamorro
Universidad de Sevilla

Julio MANGAS – Miguel Angel NOVILLO (eds.), *El territorio de las ciudades romanas*, Madrid, Ed. Sísiso, 2008, 687 pp. [ISBN: 978-84-612-86003]

La detenida lectura de esta obra nos lleva a coincidir con una de las ideas expuestas en la Presentación de la misma: al analizar los problemas más significativos sobre ciudades de ámbitos territoriales diversos, se adquiere una visión más rica y compleja que la que podría haberse obtenido del análisis del territorio de una sola ciudad. El largo estudio de E. Castillo sobre las ciudades de Hispania en la obra de Plinio el Viejo completa la visión hasta ahora existente sobre la localización de sus cabeceras administrativas.

Hay que resaltar también que cada autor o conjunto de autores, hasta un total de treinta y tres, que analizan los problemas específicos del territorio de una ciudad, vienen avalados por otros estudios anteriores sobre el ámbito de la ciudad, cuyo territorio analizan: así, M^a J. López Medina que trata sobre las *civitates* del sureste peninsular de Hispania; Th. G. Schattner –G. Ovejero – J. A. Péres, buenos conocedores de los problemas de la antigua *Munigua*; P. Sáez, quien cuenta con una larga trayectoria en estudios sobre las *civitates* del valle del Guadalquivir; S. Martínez, responsable durante varios años de las excavaciones de *Termes*, quien es ahora autor del estudio sobre los territorios de *Termes*, *Segovia* y *Duratón* (¿la *Interfluentia* de Ptolomeo); G. González – E. Morales de la Universidad de Granada, quienes presentan aquí el análisis del *ager* del municipio de *Iliberris*; O. Olesti, autor del estudio sobre el territorio de *Barcino* o bien E. Cerrillo, responsable de las excavaciones de *Capara* y ahora analista del territorio de la misma ciudad. La enumeración de este tipo de relaciones privilegiadas se puede ampliar con otros testimonios semejantes como los de J. Márquez, perteneciente al Consorcio Arqueológico de Mérida, quien nos hace aportaciones novedosas sobre una parte del territorio de la misma ciudad, las áreas funerarias de *Augusta Emerita*; R. Sanz – H. Parzinger – I. Ruiz, quienes, tras varias campañas de excavaciones en *Vindeleia*, hablan aquí sobre el poblamiento de su territorio, el de La Bureba, o bien F. Macías, al aportar cuestiones nuevas sobre la articulación del territorio de *Segobriga*, *Valeria* y *Erca-vica*, ciudades que fueron antes objeto del análisis en su tesis doctoral. Otros autores resaltan aspectos de gran interés que afectan al territorio y al estudio de las bases económicas de las ciudades; conviene resaltar las siguientes contribuciones: la de M. A. Novillo sobre las presas romanas para regadío en el ámbito de la actual provincia

de Toledo; la de P. Reyes sobre las afiladeras de *Laminium* (Alhambra, Ciudad Real); la de J.J. Muñoz al estudiar las salinas romanas de *Consabura* (Consuegra) y la de M^a R. Hernando, resaltando las bases económicas ganaderas del territorio de *Avila*.

Otros autores presentan estudios sobre territorios y límites territoriales de varias ciudades: así, J. Mangas, con un planteamiento novedoso sobre los límites exteriores e interiores de las *civitates* astures o bien J. J. Cepeda – J. M. Iglesias Gil – A Ruiz, analistas del territorio de *Iuliobriga*, quienes resaltan la peculiaridad de un espacio portuario, alejado del territorio contiguo a la ciudad. N. Santos presenta todos los argumentos disponibles hoy sobre la localización de la cabecera de *Lucus Asturum* (Lugo de Llanera) y M. Salinas ofrece una visión novedosa sobre los problemas de la ordenación territorial de la antigua *Salmantica*.

Debe resaltarse igualmente que al no circunscribirse la obra al análisis del territorio de las *civitates* de Hispania, incluye también estudios sobre otros ámbitos romanos como el de la ciudad de *Petra* a cargo a C. Blánquez y el de S, Perea, quien analiza el caso particular del templo de Zeus Baetoecece (Siria) y su relación con el territorio de la ciudad vecina.

Todos los estudios anteriores están teniendo en cuenta los textos de los agrimensores romanos, pero también otro tipo de información que resulta básica para una mejor comprensión del territorio de las ciudades romanas. Nos referimos a aportaciones como las siguientes: la de P. López Barja sobre la concepción política del territorio en la Roma republicana; la de J. González sobre los derechos latinos, leyes y municipios latinos; la de P. Balbín sobre la hospitalidad como herramienta de acceso a los recursos intercomunitarios o la de C. Caballero sobre las vías de comunicación y sobre el control de áreas marginales; este último tipo de análisis queda resaltado igualmente al analizar P.D. Sánchez los caminos de *Augusta Emerita*.

Creemos, pues, estar ante una obra de referencia obligada que no sólo hace múltiples aportaciones novedosas sino que abre nuevas vías de estudio para el análisis del territorio de las ciudades romanas.

Pascual Jiménez del Castillo
Universidad Complutense de Madrid

Julio MANGAS – Santiago MONTERO (eds.), *Ciudadanos y extranjeros en el mundo antiguo: segregación e integración*, Madrid, Ediciones 2007, 276 pp. [ISBN: 978-84-935830-0-2]

Esta obra, en la que colaboran doce autores especialistas, contiene aportaciones sobre momentos históricos muy distintos de la Antigüedad. Los extranjeros en el antiguo Egipto reciben un solo tratamiento a cargo de J.M. Parra, así como el mundo griego está representado en dos estudios: uno de D. Plácido sobre los metecos y otro de N. Spineto sobre los extranjeros en la religión griega.

La búsqueda de dar a la obra un carácter más amplio se concreta en una aportación sobre la figura del extranjero en la Etruria arcaica a cargo de J. Martínez-Pinna, y en dos contribuciones destinadas a distinguir entre dos contenidos reales y los tópicos sobre los bárbaros en el mundo romano: F. Marco se centra en los celtas y J. Gómez Santa Cruz en los germanos.

Además de esas primeras aportaciones sobre la visión romana referida a celtas y germanos, el resto del contenido de la obra está destinado al análisis de otros problemas sobre el mundo romano: la ciudadanía vista en su proceso histórico a cargo de C. González Román, la condición jurídica de la población provincial a cargo de E. García Fernández, y las formas y tiempos de coexistencia entre la religión romana y las religiones locales o extranjeras a cargo de J. Mangas. La obra se cierra con una puesta al día sobre los bárbaros y el Imperio realizada por G. Bravo.

Resulta evidente que una obra de estas características y extensión no puede analizar toda la enorme complejidad de aspectos y situaciones que se daban entre los ciudadanos y extranjeros en el mundo antiguo. Ahora bien, esta obra presenta estados de la cuestión actualizados y muchos nuevos puntos de vista, siempre útiles para cualquier análisis posterior sobre este tema.

Miguel Ángel Novillo López
Universidad Complutense de Madrid

Julio MANGAS – Santiago MARTÍNEZ CABALLERO, *El agua y las ciudades romanas*, Madrid, Ediciones 2007, 2008, 396 pp. [ISBN: 978-84-935830-1-9]

La obra que a continuación reseñamos, que recoge estudios de un elevado número de investigadores, puede recibir una valoración inicial conjunta como de altamente positiva.

Resulta conocido para los estudiosos de la Antigüedad romana que disponemos ya de un conjunto significativo de estudios sobre el agua en la antigua Roma; más aún, existen también muchos estudios sobre el agua en el ámbito de la Península Ibérica durante la Antigüedad. Al final de esta obra se presenta una bibliografía, altamente útil, referida al agua en Hispania en un trabajo de G. Sanz.

Los estudios presentados en esta obra no tienen el carácter de síntesis de estudios anteriores, sino que tienen el valor de nuevas aportaciones sobre aspectos referidos al agua y a las ciudades romanas. El conjunto de los estudios incorporados en esta obra pueden ser valorados como tres grandes conjuntos.

En el primer conjunto, se analizan los componentes de un sustrato prerromano, que a veces subsistió durante el dominio romano de Hispania así como las valoraciones ideológicas, técnicas y jurídicas sobre el agua y sus usos. Así, el estudio de M. Salinas sobre el agua en el mundo celtibérico; el de la simbología del agua en la cultura romana a cargo de J. Gómez Santa Cruz; el de los desbordamientos del

Tíber en época de Augusto a cargo de S. Montero, o bien la puesta al día de lo que sabemos sobre el agua y el ordenamiento jurídico sobre el abastecimiento del agua, según Frontino, analizado por J. González así como la revisión sobre el agua en la obra de Vitrubio, cuestión tratada por C. González Román.

En el segundo conjunto de aportaciones se presentan estudios novedosos y actualizados sobre los sistemas particulares del abastecimiento del agua a varias ciudades de la Hispania romana: a *Manigua* (TH. Schattner – G. Ovejero), a *Segovia* (A. Zamora), a *Augusta Emerita* a través de aportaciones complementarias (M. Alba y J.M^a. Álvarez), a *Uxama Argaela* (C. García y Merino), a *Italica* (J.M^a. Luzón – I. Mañas) y a *Termes* (S. Martínez Caballero).

Esa muestra de ciudades romanas, bien significativa por la posición y emplazamiento de las mismas por su trayectoria y estatuto jurídico, va permitiendo comprender la variedad de métodos para abastecer y distribuir el agua a las ciudades: basta constatar que no siempre fue preciso construir un acueducto y que, cuando éstos se hicieron, representan soluciones arquitectónicas diversas para adaptarse a las variantes de los puntos de captación, a las dificultades para la conducción del agua (acueductos y/o túneles) y al volumen de agua necesario para abastecer a cada ciudad.

En tercer lugar, múltiples alusiones a las termas en el bloque de estudios anteriores reciben otro tratamiento monográfico en dos estudios diferentes: el primero, a cargo de J. Liz, sobre las termas romanas de *Lancia* y el otro, obra de J. Mangas, en el que se analizan los cambios ideológicos y la diversidad de recursos económicos, como factores centrales que condicionaron tanto las plantas de las diversas termas como el tiempo y forma de uso de las mismas.

Por la larga trayectoria investigadora del conjunto de los responsables de la obra y por las múltiples novedades presentadas, creemos que es posible decir que estamos ante una obra de referencia obligada. Por lo mismo puede repetirse con razón un texto epigráfico de Roma (CIL VI, 15.258) que se incluye en la presentación: “Los baños, el vino y el amor corrompen a nuestros jóvenes, pero los baños, el vino y el amor nos dan la vida”. También se la dieron a la población de las ciudades romanas de Hispania.

Miguel Ángel Novillo López
Universidad Complutense de Madrid

François CADIOU, *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l’Hispanie sous la République (218-45 av. J.-C.)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, 852 pp. [ISBN: 978-84-96820-07-4]

La conquista de la península Ibérica ha sido frecuentemente considerada como una obra ejemplar producto de la eficacia del imperialismo romano y de su ejército. Bajo el título *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l’His-*

panie sous la République (218-45 av. J.-C.), F. Cadiou, investigador de la Casa de Velázquez de Madrid y especialista en historia militar romana, presenta en esta extensa y formidable monografía los modelos organizativos, las gestiones y las concepciones del ejército romano y de las fuerzas indígenas de resistencia en la península Ibérica entre los años 218-45 a.C., modelos, gestiones y concepciones que se vieron transformadas en función del desarrollo del conflicto, de sus objetivos y de las circunstancias de cada momento. El autor, que sabe conjugar excelentemente la documentación arqueológica y literaria disponible, además de cotejar las diversas interpretaciones existentes sobre el período, somete a revisión y crítica los testimonios materiales y literarios que tradicionalmente se han asociado a la actividad del ejército de conquista en las provincias romanas. De este modo, F. Cadiou plantea una gran variedad de cuestiones que versan sobre la actividad del ejército romano en Hispania desde una nueva perspectiva ofreciendo unos contenidos muy completos y actualizados. Para ello pone en práctica una metodología sistemática y dotada de rigor científico, abandonando los tradicionalismos y aportando relevantes hipótesis y conclusiones sobre las armadas republicanas de conquista en sus diferentes contextos.

Precedido por un prólogo magistral de P. Le Roux, maestro del autor, y por una breve introducción en la que plantea la hipótesis de una posible crisis de la armada republicana en la conquista del mundo mediterráneo, F. Cadiou divide razonadamente la presente obra en tres partes, seguidas de unas conclusiones, una extensa y actualizada bibliografía y un útil índice temático. Se aportan también con muy buen criterio mapas, esquemas y tablas que proveen al lector de una información más profunda y detallada.

La primera parte de la obra está dedicada al análisis de los ejércitos y de la guerra en la península Ibérica, analizando las operaciones y las estrategias seguidas por la armada romana, las formas de combate aplicadas y la presencia y servicio de efectivos romano-italicos, dejando constancia del importante papel que desempeñó la diplomacia en la conquista de la península Ibérica. El autor observa que las pretensiones imperialistas de Roma hicieron cada vez más frecuente el envío de nuevas tropas y el reclutamiento de nuevos efectivos desde el siglo II a.C. Igualmente, se analiza la evolución del componente indígena y su integración en las unidades militares romanas en calidad de tropas auxiliares. No obstante, estos efectivos, aun ejerciendo un servicio militar más prolongado, eran mayoritariamente licenciados al término de las campañas y en ningún momento llegaron a sustituir a las tropas italianas. Esta parte de la obra es especialmente interesante porque, analizando las formas tradicionales de combate de la población hispana y los límites de la aculturación militar romana en la península Ibérica, el autor desmitifica el sentido tradicional de la guerrilla manifestando que las tropas enemigas a Roma no eran ni mucho menos bárbaras y primitivas.

A continuación, contrastando los datos arqueológicos y literarios, F. Cadiou dedica la segunda parte de su obra al análisis de la relación existente entre el ejército y el territorio de la península Ibérica, abordando el asentamiento permanente de los

puestos fortificados y las guarniciones militares como elementos básicos para una geografía militar de conquista, la organización del territorio en función de las necesidades administrativas y geoestratégicas, o los espacios de operaciones militares. El autor llega a la acertada conclusión de que los efectivos militares permitieron la puesta en práctica de una efectiva política de control en Hispania, siendo la *deditio* el instrumento fundamental que permitiese el establecimiento permanente de guarniciones militares sobre los pueblos vencidos que originarían nuevos centros urbanos. Por tanto, los *praesidia* o las guarniciones militares de invierno originarían nuevas *civitates* que permitiesen el control del territorio en beneficio de los múltiples intereses de Roma. Por consiguiente, el ejército romano no fue tanto un arma de aniquilación sino de ocupación.

La tercera parte de este libro está destinada al estudio de la relación existente entre ejército y provincia. F. Cadiou defiende en estas páginas la ausencia de una fiscalidad provincial militar, una progresiva descentralización, y un nuevo modelo de reclutamiento provincial que no representó una ruptura total con las prácticas militares republicanas existiendo una diversidad de categorías legionarias. Se hace patente que el progresivo flujo migratorio romano-italico a la península Ibérica favoreció la latinización de la misma y la integración de las comunidades hispanas al sistema administrativo romano. A lo largo de los diferentes capítulos de este bloque el autor plantea cuestiones diversas como el *stipendium* y la explotación de las provincias, las captaciones clientelares durante los conflictos, la constitución de nuevas unidades legionarias, la concesión de privilegios, el mantenimiento y la deducción del soldado, así como la diversidad y significación del reclutamiento provincial.

Finalmente, dedica unas páginas a exponer y recopilar las conclusiones más relevantes a las que ha llegado a lo largo de su estudio sin intención de repetir en éstas lo que de manera puntual y exhaustiva ha ido exponiendo a lo largo de todo el escrito, limitándose a exponer los resultados más novedosos que puedan permitir comprender la significación de la presencia y obra del ejército romano durante el período republicano.

Pero sin duda alguna, uno de los mayores logros de este libro, que nuevamente evidencia el pormenorizado trabajo de F. Cadiou, ha sido, como indicamos anteriormente, la extensísima y actualizada bibliografía que sobre la presencia militar romana en la península Ibérica aporta el libro, así como un utilísimo índice temático que facilitan la búsqueda sobre una cuestión concreta.

En síntesis, este libro sugiere que durante el período republicano Roma buscó la mayor flexibilidad y funcionalidad de sus ejércitos en función de las circunstancias y los objetivos de cada campaña. Es decir, Roma siempre buscó las condiciones operativas más favorables y óptimas para el buen funcionamiento de sus ejércitos pudiendo afirmar su hegemonía por medio de las armas.

En conclusión y como valoración general, esta obra es meritoria de una valoración muy positiva pues ha venido a mejorar satisfactoriamente el panorama historiográfico de la historia militar romana con un nuevo y revolucionario enfoque, es-

tando llamada a ser obra de cabecera desde la que profundizar y reflexionar sobre diversas cuestiones. Felicitamos tanto a F. Cadiou como a la Casa de Velázquez de Madrid por llevar a cabo una cuidada y documentada obra, ya que no sólo se reduce a una mera exposición de cuestiones diversas, sino que la obra ofrece un valor añadido en las tablas y esquemas, en las notas, en la bibliografía y en los índices, aportando con ello relevantes interpretaciones a varios problemas historiográficos. Así pues, queremos dejar constancia de que esta obra es ciertamente recomendable para cualquier especialista o investigador si tenemos en consideración la complejidad del periodo republicano en la península Ibérica y la divergencia y parquedad documental. Y es que obras de calidad como ésta son muy escasas en el panorama historiográfico actual.

Miguel Ángel Novillo López
Universidad Complutense de Madrid

Antonio PIZZO, *El Arco de Trajano de Augusta Emerita*, Badajoz, ATAECINA: Colección de Estudios Históricos de la Lusitania 4, Mérida, Instituto Arqueológico de Mérida, 2008, 119 pp. [ISBN: 978-84-96757-08-0]

La monografía que a continuación reseñamos, obra de Antonio Pizzo, becario posdoctoral de la Asamblea de Extremadura, corresponde al cuarto número que el Instituto de Arqueología de Mérida publica en la colección *Ataecina*, serie dedicada al estudio de la historia y la arqueología de la Lusitania. Especialista en arqueología y arquitectura romana, el autor aborda de forma magistral un completo estudio de uno de los edificios públicos más emblemáticos de la arquitectura romana emeritense, el conocido como arco de Trajano. Ante la ausencia en la historiografía actual de una obra monográfica y detallada sobre el arco de Trajano, el autor aporta con esta breve aunque completa monografía unos resultados y conclusiones relevantes y significativas poniendo en práctica una correcta metodología en la que se confirma el magistral manejo de las fuentes literarias, fotográficas, documentales y arqueológicas disponibles, desvelando varios de los interrogantes en lo que respecta a la interpretación, la contextualización arqueológica, la funcionalidad, la cronología y la reconstrucción del edificio en cuestión.

La extensión de la obra supera las cien páginas, tratándose de una edición cuidada y de calidad que presenta unos contenidos completos, objetivos y actualizados dotados todos ellos de gran rigor científico. Muy acertado es que junto al texto se anexasen fotografías, dibujos, planos y reconstrucciones del arco de Trajano que permiten al lector no familiarizado con determinados términos arquitectónicos o arqueológicos una mejor comprensión.

Precedida por un prólogo firmado por Pedro Mateos Cruz, coordinador de la colección, en lo que atañe al formato de la obra, se encuentra estructurada en cuatro capítulos,

a su vez divididos en varios subapartados, acompañados de una breve introducción y una bibliografía. El contenido de la misma es de carácter histórico-arqueológico, abarcando un marco cronológico que se extiende a lo largo de dos milenios.

Tras una breve introducción en la que el autor deja constancia de la importancia del arco de Trajano en el conjunto monumental de Mérida, el primer capítulo está destinado a la revisión de la producción historiográfica moderna que ha versado sobre el arco de Trajano, haciendo hincapié en los grabados y en las primeras investigaciones arqueológicas del siglo XVIII. Se deja patente en estas páginas cómo ya en el siglo XVI se adoptó el monumento como uno de los primeros símbolos cívicos de Mérida, atribuyéndose la autoría del mismo al emperador Trajano.

El segundo capítulo se ocupa del estudio de las características constructivas del edificio, analizando las cimentaciones, las jambas, las impostas, los arcos o la bóveda.

A continuación, en el tercer capítulo se realiza un análisis arquitectónico, histórico, arqueológico y metrológico de la estructura, recurriendo para ello tanto a la documentación gráfica antigua como moderna.

En el último capítulo se realiza la contextualización arqueológica y la reconstrucción del arco de Trajano. Exponiendo las tesis de Richmond o de Almagro Basch, el autor, siguiendo las tesis de Álvarez Martínez, defiende acertadamente que la funcionalidad del arco no era sino la de enmarcar desde el exterior el templo ubicado en el ingreso de una plaza cerrada por pórticos columnados laterales, preparando así el acceso al conjunto monumental de culto imperial del foro provincial. Todo ello se entiende a la perfección con el aparato gráfico y las planimetrías y reconstrucciones que Mateos Cruz realiza del arco y del foro provincial.

Finalmente, la obra concluye con una bibliografía especializada en la que se exponen las ediciones y los estudios empleados para llevar a cabo la redacción de la citada monografía.

En suma y como valoración general, esta breve, aunque completa, monografía ha permitido renovar considerablemente el panorama historiográfico existente sobre el urbanismo y la arquitectura romana de la ciudad emeritense, ya que nos muestra acertadamente cómo por medio del estudio constructivo del arco de Trajano se pueden conocer sus claves interpretativas. Por consiguiente, esta obra no sólo se reduce a una mera exposición de los datos, sino que, además, ofrece un valor añadido en las notas, en la bibliografía y sobre todo en el aparato gráfico adjunto. De este modo, queremos dejar presente que esta obra es muy recomendable y útil para cualquier especialista o investigador de la arquitectura y el urbanismo romano en la Península Ibérica, sirviendo como obra de referencia para futuras investigaciones.

Miguel Ángel Novillo López
Universidad Complutense de Madrid

Josep Anton REMOLÀ (coord.), *El territori de Tarraco: vil·les romanes del Camp de Tarragona*, Forum 13, Tarragona, Museu Nacional Arqueològic de Tarragona, 2007, 204 pp. [ISBN: 978-84-936067-1-8]

Bajo el título *El territori de Tarraco: vil·les romanes del Camp de Tarragona*, la obra que a continuación reseñamos corresponde al número 13 de la revista *Forum* publicada por el Museo Nacional de Arqueològic de Tarragona. El volumen recoge un variado conjunto de investigaciones producto de un amplio número de especialistas, que no viene a representar sino una actualización de la problemática histórica y arqueológica de los modelos de vertebración territorial y de poblamiento del *ager Tarraconensis* y de la *via Augusta*, abordando un estudio filológico, iconográfico, histórico y arqueológico de sus villas.

En lo que respecta al formato de esta obra escrita en catalán, se trata de un libro de fácil comprensión y uso cuyos estudios no presentan el carácter meramente sintético de estudios anteriores, sino que tienen el valor de aportar nuevos datos, interpretaciones y conclusiones relevantes. El conjunto de los estudios recogidos en la obra se compone de diez contribuciones que pueden ser agrupadas en tres bloques temáticos dotados de contenidos actualizados y de gran rigor científico. La obra revela de este modo que los autores han empleado en todo momento una correcta y razonada metodología, aportando textos clásicos, fotografías, planimetrías y reconstrucciones que proveen al lector una información más detallada y comprensible.

En el primer conjunto, compuesto por las dos primeras contribuciones, J. Martínez Gázquez analiza cómo ha sido interpretada la villa romana en los textos latinos, siendo distinto su significado tanto en época republicana como en la imperial. Recurriendo a los pasajes de Catón, Varrón, Columela, Vitrubio, Cicerón, Marcial u Horacio, se analizan las villas rústicas y las urbanas llegando a la conclusión de que éstas no sólo son lugares de descanso, sino que lo son de trabajo rural y de intensa vida cultural o artística. Seguidamente, J. Carruesco demuestra como son los jardines y las pinturas paisajísticas los elementos decorativos más recurridos por las villas romanas más sofisticadas.

El segundo conjunto de aportaciones, integrado por la tercera y cuarta contribución, presenta estudios novedosos y actualizados sobre la estructuración territorial y el poblamiento en el *ager Tarraconensis*. J.M^a. Palet analiza las centuriaciones y las formas del paisaje aportando con ello una aproximación cronológica a la estructuración del territorio tarraconense. A continuación, M. Prevosti estudia, ciñéndose al ámbito geográfico contestano, el poblamiento rural del *ager Tarraconensis*, llegando a la conclusión de que es el período republicano el que registra mayor índice de villas rurales a consecuencia de la desaparición de los núcleos ibéricos, siendo a partir de época altoimperial cuando se produjese el declive de este tipo de poblamiento.

El tercer bloque temático está formado por las seis restantes contribuciones destinadas al estudio de las villas más significativas del *ager Tarraconensis*: F. Tarrats

y J.A. Remolà se encargan del estudio de la villa romana de Munts (Altalfulla), villa de época altoimperial en la que se registra la superposición de varios niveles de ocupación hasta el siglo VII; J.A. Remolà presenta también un estudio de la villa romana del Moro (Torredembarra), villa datada a finales del siglo I a.C. de la que destacan sus sofisticados baños de tipo itálico y sobre la que a comienzos del siglo I se construiría una nueva de planta rectangular en torno a un peristilo; M. Díaz García y J.M^a. Macías presentan las últimas novedades sobre la villa romana de la Pineda/Cal·lípolis (Vila-seca), villa rural y costera de época altoimperial muy próxima a *Tarraco* que entró en declive en época tardoantigua; La contribución de E. Ramón se ocupa de la villa romana de la Llosa (Cambrils), villa que ocupó una posición geoestratégica inmejorable desde la segunda mitad del siglo I a.C. y que no alcanzó su apogeo hasta mediados del siglo III a.C. Dicha villa, en la que se han documentado importantes piezas de bronce como lámparas y lucernas, experimentó un abandono definitivo a comienzos del siglo VI; J.A. Remolà presenta una contribución sobre la villa tardorromana de Centcelles (Constantí), analizando el conjunto iconográfico de los mosaicos de la cúpula conservada y el resto de la documentación arqueológica; La última contribución de la obra, realizada por M^a. Adserias y E. Ramón, se centra en el estudio de la villa romana del Vilar (Valls), amplia y compleja villa que desde el siglo II a.C. y hasta el siglo III estuvo ubicada en una auténtica encrucijada de caminos.

En conclusión y como valoración general, esta obra ha venido a mejorar el panorama historiográfico presente sobre las villas romanas y el poblamiento del *ager Tarraconensis*, ofreciendo un valor añadido en las notas, en la bibliografía y en los anexos aportados. Así pues, por la larga trayectoria investigadora del conjunto de los responsables de la obra y por las múltiples novedades presentadas, creemos que es posible decir que estamos ante una obra de referencia obligada para cualquier investigador que se dedique al estudio de las formas de poblamiento y organización del territorio.

Miguel Ángel Novillo López
Universidad Complutense de Madrid

Gregorio CARRASCO SERRANO (coord.), *La romanización en el territorio de Castilla-La Mancha*, (Colección Estudios, 120), Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, 384 pp. [ISBN: 978-84-8427-623-4]

“Tras la publicación de la obra sobre Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha (2007), se hacía necesario una monografía en la que se abordase el proceso romanizador del territorio. A diferencia de otros ámbitos peninsulares, para estas tierras meridionales de la

Meseta, se carecía hasta el presente de un análisis de conjunto que viniese a cubrir esta laguna en la investigación al respecto. Y ése es precisamente el objetivo de la presente obra” (p. 9).

Recientemente, ha visto luz un nuevo volumen centrado en el análisis de determinados aspectos fundamentales del controvertido proceso de romanización en el extenso y heterogéneo territorio de la Meseta Sur. La obra, viene a engrosar el dilatado conjunto de trabajos y congresos que sobre la Historia Antigua y el Patrimonio Histórico de la actual Castilla-La Mancha han sido publicados (*Romanidad e indigenismo en Carpetania*, 1987; *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*, 1988; *Ciudades romanas en la Provincia de Cuenca. Homenaje a Francisco Suay Martínez*, 1997; *Caput Celtiberiae. La tierra de Cuenca en las fuentes clásicas*, 2000; *II Congreso de Arqueología de la provincia de Toledo*, 2001; *Investigaciones arqueológicas en Castilla-La Mancha: 1996-2002*, 2004; *I Jornadas de Arqueología de Castilla-La Mancha*, 2007). A pesar de esta circunstancia, de la intensa actividad arqueológica desarrollada en su solar, y de los reveladores hallazgos efectuados, como evidencia el Académico J. M. Blázquez, no existía ni un sólo trabajo que condensase las averiguaciones y el conocimiento histórico adquirido a lo largo de estas últimas décadas (10). “*De este modo, y cuando se cumplen veinte años del sensacional trabajo de G. Alföldy sobre el urbanismo en las comunidades urbanas de la Meseta Sur, parece oportuno volver a ahondar sobre la cuestión no sólo porque –como se podrá comprobar– es ahora más abundante el número de datos con que contamos sino porque, además, las nuevas luces aportadas por diversos paradigmas interpretativos surgidos de la historiografía más reciente pueden, a su vez, contribuir a alumbrar*” el complejo proceso de romanización peninsular (229).

En esta tesitura, la Universidad de Castilla-La Mancha ofrece al público universitario, de la mano del Prof. G. Carrasco Serrano, una acertada visión de conjunto, no fácil de elaborar, sobre el proceso de conquista e integración, en el Estado romano, de las comunidades indígenas radicadas en territorio castellano-mancheño. Siguiendo las pautas establecidas en el anterior trabajo, *Los pueblos prerromanos en Castilla-La Mancha* (2007), cuya consulta es recomendable para la comprensión de los aspectos tratados en el presente volumen, el coordinador ha reunido, en base a un enfoque interdisciplinar, a los principales especialistas en la materia, aunando, no sin riesgo, experiencia y juventud (11-12). Así colaboran, además del propio G. Carrasco, E. Gozalbes Cravioto, M. Salinas de Frías, J. M. Blázquez, A. Arévalo González, M. Durán Fuentes, J. Andreu Pintado, H. Gimeno Pascual, J. L. García Alonso y J. Velaza Frías. El resultado, una breve monografía compuesta por diez capítulos, de variable extensión, relativos a tres áreas temáticas: Historia Antigua, Arqueología, Epigrafía y Numismática, y Filología.

G. Carrasco Serrano, “*antiguo y destacado discípulo*” del Prof. Blázquez, “*que viene en la actualidad desempeñando una intensa labor docente e investigadora en la Universidad de Castilla-La Mancha*” (10), inicia la obra repasando las principa-

les etapas del proceso de conquista llevado a cabo por Roma en la Meseta Sur. Autor de numerosos estudios sobre las vías de comunicación y las principales *civitates* de las actuales provincias de Albacete, Cuenca y Ciudad Real, analiza, desde la información aportada por las fuentes literarias, la intervención romana en la Meseta hasta la Guerra Sertoriana, incidiendo, fundamentalmente, en la importancia de la región castellano-manchega como zona de paso obligado de cara al control de las vías entre Levante, el interior y sur peninsular (13-32).

Por su parte, E. Gozalbes Cravioto, especialista en cuestiones relativas al norte de África, el Estrecho de Gibraltar y el ámbito meridional peninsular en época antigua, repasa los precedentes de la intervención romana en la Península Ibérica, es decir, la incorporación de la Meseta Sur al mundo fenicio-púnico, y el peso de éste en las transformaciones culturales que sufrieron las comunidades indígenas meridionales (33-60).

M. Salinas de Frías, dedicado al estudio de la integración y romanización de la Meseta, y de las estrategias empleadas por Roma en la asimilación de pueblos y culturas, se detiene, a través de la documentación epigráfica, en los aspectos relativos a la religión romana provincial y la religiosidad indígena, que pervive en algunos territorios bajo un manto de romanidad (61-90).

La última de las cuestiones históricas tratada en la obra la aborda J. Andreu Pintado, joven y solvente investigador de la UNED con un extensísimo *curriculum* a sus espaldas. Especialista en temas de municipalización y latinización en época Flavia, analiza, en base a la información proporcionada por Plinio, la integración jurídica de las principales *civitates* castellano-manchegas, reconstruyendo, en la medida en que la documentación lo permite, el proceso de municipalización de las mismas (225-260).

En cuanto a los aspectos arqueológicos, epigráficos y numismáticos, J. M. Blázquez realiza un apacible recorrido por los excelentes ejemplos de mosaico bajoimperial conservados en Castilla-La Mancha, centrandó su atención en las características, iconografía y estilos de los mismos (91-125).

Por otra parte, A. Arévalo González, reconocida especialista en cuestiones económicas y numismáticas en torno al *hinterland* del Estrecho de Gibraltar, trata ampliamente el interesante tema relativo al aprovisionamiento y circulación monetaria en la Meseta Sur en época romana, analizando los diversos hallazgos realizados en la región fruto, en mayor medida, del azar que de las intervenciones arqueológicas (127-182).

M. Durán Fuentes, entendido en ingeniería, obras públicas y técnicas constructivas romanas, destaca, a través de un capítulo dedicado a los pormenores constructivos de los puentes romanos en Castilla-La Mancha y el resto de la Península Ibérica, el valor y la importancia de las infraestructuras en el mundo romano para la implantación, desarrollo y mantenimiento de la administración y economía romanas (183-224).

El cuarto y último trabajo de este bloque, centrado en cuestiones epigráficas, pertenece a H. Gimeno Pascual. Antigua colaboradora del Archivo Epigráfico de

Hispania (UCM), ejerce su labor de epigrafista en el Centro CIL II de la Universidad de Alcalá de Henares. Con una contribución que lleva por título “Paisajes epigráficos en el espacio romano de la Comunidad de Castilla-La Mancha”, trata diferentes aspectos de interés como son la difusión del hábito epigráfico en las tierras castellano-manchegas, los distintos tipos de inscripciones conservados, o el uso de la escritura y de la imagen como vehículo de propaganda del poder romano, deteniéndose, especialmente, en los hallazgos más significativos (261-338).

Finalmente, en cuanto a las cuestiones filológicas, J. L. García Alonso, estudioso de la Geografía y Toponimia antiguas, analiza las pervivencias célticas del sustrato cultural y poblacional de la Meseta Sur, explicando la etimología de los nombres de los principales pueblos prerromanos de la región, y de los nombres de los principales núcleos urbanos transmitidos por las fuentes (339-366).

Por último, J. Velaza, reputado paleolingüista y epigrafista, reflexiona sobre los problemas metodológicos que plantea la documentación epigráfica, comenta, críticamente, algunas lecturas y restituciones, y analiza la onomástica presente en la Meseta Sur en función del área étnico-cultural a la que se adscribe (367-383).

En general, la obra, en la que pesan más los aspectos descriptivos que los analíticos, resulta amena y de lectura cómoda. Su valor reside, no tanto, en su originalidad como en la inexistencia de una monografía de especialización sobre el proceso de romanización en la Meseta Sur, “heterogénea en lo que se refiere a sus componentes étnicos y lingüísticos prerromanos” (341), y en la amplia, especializada y sistematizada documentación y bibliografía que maneja. A pesar de todo ello, se echa en falta algún capítulo específico sobre cuestiones geográficas, vías de comunicación o cultura material del territorio castellano-mancheo en época romana.

El volumen, cuidado y de diseño atractivo, con numerosas ilustraciones (fotografías, mapas, tablas, gráficos, dibujos) que complementan el texto, constituye, fundamentalmente, un instrumento de útil consulta, especialmente dirigido al estudiante universitario. Al reunir un amplio repertorio documental, evitará, inicialmente, largas y complejas búsquedas en las bases de datos de las bibliotecas. En definitiva, la obra contribuye a un mejor y accesible conocimiento de la presencia de Roma en la actual Castilla-La Mancha.

David Espinosa Espinosa

Departamento Historia Antigua – Universidad Complutense de Madrid

Aarón A. REYES DOMÍNGUEZ, *Vivir del prestigio*, Écija, Excmo. Ayuntamiento de Écija, 2007, 264pp. [ISBN: 84-930004-7-7]

Tras este título se esconde la *opera prima* de un joven investigador que realiza, con éxito y meticulosidad, una aproximación al estudio del mercado artístico que tuvo lugar en el *Conventus Astigitanus* durante el Alto Imperio Romano. La obra

fue premiada por el concurso de investigación convocado por el Excmo. Ayuntamiento de Écija en 2006, lo que permitió su posterior publicación.

Sin embargo, a la hora de contextualizar el libro es necesario hablar del Prof. Genaro Chic García (que se encarga del prólogo) y, más concretamente, del grupo de investigación que dirige en la Universidad de Sevilla: “Economía de prestigio *versus* economía de mercado”. Este proyecto se basa en la aplicación de la estructura bipolar, emocional-racional, y su traslado concreto a la economía del Imperio Romano. Con el paso del tiempo la sociedad romana se volvió más compleja por los sistemas de relaciones y medios de comunicación y transportes, al igual que las relaciones de intercambio a distancia, observándose una evolución desde una economía que se guiaba principalmente por unos parámetros emocionales, hacia otra cada vez más racional. Para Genaro Chic la economía de prestigio se basa en estos planteamientos emocionales, donde la persona, que quería prosperar en este campo, debía mostrarse de forma destacada sobre los demás, ofreciendo donaciones o favores de forma que el resto se viera obligado a devolver esta gratitud. Se trataba de una cuestión de “ser”, había personas más dotadas de “ser” que otras y que no tenía porque traducirse en capacidad material, sino en forma de influencia sobre otras personas. Lo importante no era cuánto tenía una persona, sino cuánto valía. Esto choca con la esencia de la economía de mercado, donde priman las relaciones impersonales y la cuantificación tangible del intercambio. Este nuevo modelo fue manifestándose paulatinamente, produciéndose un aumento del individualismo, frente al anterior espíritu colectivo donde relaciones más sencillas permitían un intercambio más personal. Pese a todo esto se advierte que no existen formas puras y ambos tipos de economía se conjugan a lo largo del tiempo. Lo cual da juego a interesantes reflexiones que pueden ampliar nuestra visión del mundo actual donde el prestigio ocupa un papel importante en la economía.

De las claves principales de este proyecto parte la obra de Aarón Reyes Domínguez, aplicando ese binomio al estudio del tráfico de obras de arte en nuestra Antigüedad, a las cuales trata como un factor económico y social importante para el desarrollo del Alto Imperio.

El libro se divide en tres bloques. El primero corresponde a una breve introducción, donde se advierte de los objetivos de la investigación y de la problemática que implica la heterogeneidad de la historiografía y del ámbito que se estudia, debido a la diversidad territorial, social e histórica de este espacio. En este sentido, hay que agradecer esta delimitación espacial que no se guía por el reparto territorial actual, como se observa en algunos estudios, y que podría llevar a la pérdida de perspectiva por parte del investigador.

A continuación tiene lugar un segundo bloque, en el que se analiza y esquematiza el contexto en el que se van a articular los procesos regionales sociales, políticos y económicos, y el recorrido que tienen a lo largo del Alto Imperio. Así describe la evolución del comercio y los mercados, desde una situación en el que las provincias aparecen como meros territorios de explotación y mercados de los pro-

ductos de la *Urbs*, hasta la descentralización económica, con la aparición de un flujo comercial policéntrico. Este hecho permitió un auge económico de la periferia, que se tradujo en la promoción social de aristocracias locales y que permitiría la implantación de un nuevo modelo. El evergetismo y la munificencia serían básicos en este modelo, por cuanto se trataba de unos de los principales motores del encargo público con Augusto. Gracias a la necesidad de promoción de las elites locales, se monumentalizaron las ciudades con una inversión mínima por parte del Estado (aunque la mano del emperador se encontraba tras las principales obras, como principal benefactor que era). Y aquí el objeto artístico se convierte en una pieza fundamental dentro del asentamiento de estos nuevos modelos sociopolíticos y económicos. Un instrumento de propaganda política para aquellos personajes que buscaban distinguirse en la vida pública. De este modo Augusto, no sólo veía facilitado su gobierno por esta monumentalización de manos de las elites locales, sino que a la par alejaba a éstas de aspiraciones políticas mayores. Sin embargo, hay que decir que algunas de estas generalizaciones serán matizadas en el siguiente bloque, debido a la regionalización. La extensión y diversidad del Imperio dificulta la creación de este tipo de esquemas generales sobre comportamientos socioeconómicos.

En el último bloque se aplican los anteriores elementos al territorio concreto del *Conventus Astigitanus*, donde tras una breve contextualización política y geográfica, se dirige a desarrollar la evolución de los modelos estéticos y culturales. Desde una primera demanda italo-romana cubierta por los *artífices* y materiales autóctonos, hasta la introducción y asimilación de nuevos modelos y materias primas, respondiendo a las exigencias de los comitentes por un estilo más oficial y debido en parte a la irrupción del mercado imperial en el arte.

El análisis de las relaciones comerciales y de comunicación, los centros de producción y de comitencia en el *conventus Astigitanus*, pone de relieve la falta de estudios sobre algunos puntos de trascendencia en la vida económica del territorio. En este sentido, se observan localidades tan importantes como *Anticaria*, donde no se da ninguna monografía ni artículo de relevancia, aunque se confía que tras las nuevas excavaciones se permita generar una serie de estudios. Lo mismo ocurre con *Singilia Barba*, donde si existe alguna publicación, hay una necesidad de revisión ante las nuevas prospecciones. *Ostippo* y *Ulia* serían otros ejemplos, donde se evidencia esta falta de investigaciones actualizadas. Todo ello contrasta con el volumen de información que encontramos en otras localidades como *Astigi* o *Urso*.

La *Colonia Augusta Firma Astigi* destacó por ser un enclave con unas vías de comunicación que le unían a centros de gran interés como *Emerita Augusta*, *Corduba*, *Hispalis* o *Gades*. El camino entre *Astigi* y *Axati* le permitía tener acceso a las tierras productoras de aceite del valle del *Betis*. Todo esto unido a la posibilidad de que se tratara de una colonia con *immunitas* permitía cada vez una mayor centralización de la capital conventual. Ello, junto al repartimiento de tierras que tuvo lugar, repercutió en la existencia de un cada vez mayor cuerpo de ciudadanos romanos, que ejercían de elite aristocrática, lo que conllevaba el auge de bienes artísticos,

tanto en su recepción como en su distribución. De modo que *Astigi* reunía todos los requisitos para convertirse en el motor de la economía de prestigio de la región.

Aarón Reyes considera que la escenografía urbana es un buen punto de partida para entender esta sociedad de prestigio, para analizar su necesidad de objetos artísticos. Por ello en un primer momento se examina la forma urbana, para posteriormente concretarse en las piezas de arte que poseían una finalidad pública. Sin embargo, se constata una falta de láminas bien definidas que permitan al lector contrastar adecuadamente las distintas descripciones que se realizan.

El estudio de estas creaciones permite hablar de la evolución de los modelos; de los diferentes tipos de comitentes; de las producciones locales y regionales; de las importaciones, tanto de materiales como de obras y modelos; y de las relaciones comerciales de este ámbito en el *conventus*. Así se distinguen tres ejes fundamentales: *Astigi* y su área de influencia directa, donde la abundancia de los restos hallados nos habla de la sostenibilidad del mercado de arte en la propia colonia, así como de la centralización de esta actividad, con una participación cívica en el comercio y producción de objetos de arte; la zona de la Subbética Cordobesa, donde la concesión del derecho latino en época de los Flavios fue crucial por el impulso que dio a aquellas poblaciones que no estaban promocionadas, repercutiendo en el mercado conventual; y los municipios en torno al Torcal de Antequera, donde destacaba su conexión con la costa malacitana. El auge del mercado y la producción artística vino de la mano del acceso a la *romanitas*, de la necesidad de destacarse por parte de las élites aristocráticas.

Tras una breve conclusión, se adjuntan los índices de fuentes empleadas, unos mapas parcos en detalles y una amplia bibliografía que completa la expuesta en las notas al pie de página. En definitiva nos encontramos ante una obra clara sobre un tema que pasa algo inadvertido para los estudios generales, donde la mayor parte de las veces se tiene en cuenta al objeto de arte como algo aislado, obviando su importancia como factor económico.

Néstor Casellas Chamorro
Universidad de Sevilla

Narciso SANTOS YANGUAS, *Asturias, los astures y la administración romana durante el Alto Imperio*, Oviedo, KRK ediciones, 2009, 655 pp. [ISBN: 9788483671764]

Más de veinte años de dedicación a la investigación de la Historia más antigua de Asturias avalan el contenido del libro que presentamos, editado por KRK ediciones y cuyo autor es el profesor Dr. D. Narciso Santos Yanguas, catedrático de

Historia Antigua de la Universidad de Oviedo que completa el libro del mismo autor y editorial “*Asturias, los astures y la cultura castreña*”, (Oviedo, 2006).

El lector se introduce en el mundo de los astures y de su cultura castreña en las primeras décadas de nuestra era gracias a una amplia introducción que le informa de forma detallada y muy clara de sus aspectos más determinantes y fundamentales: El ámbito geográfico y cronológico, las fuentes históricas, los caracteres de su poblamiento castreño, la sociedad, la organización y la implantación de la administración romana. Ello permite comprender su lectura y adentrarse con facilidad en la Historia Antigua de Asturias.

A esta acertada introducción siguen doce capítulos en los que se analizan la población de los astures y su evolución ante la llegada y dominación de Roma, iniciada en el Primer capítulo con la anexión y pacificación del suelo astur, donde se describe los antecedentes, causas desarrollo y consecuencias de esta conquista. Los dos siguientes capítulos están dedicados al análisis de los factores decisivos de esta conquista y sus derivaciones que el autor ha establecido en tres grandes aspectos: El ejército, la administración y el poblamiento.

El estudio del ejército ocupa los capítulos IIº y Xº, dedicados a las unidades militares, (abastecimiento, gastos, ocupación) en el periodo de Conquista y durante el Alto Imperio respectivamente.

El resto de los capítulos versa sobre las distintas formas de poblamientos en el territorio astur: *Castra, oppida y civitates*. El capítulo IVº desarrolla una descripción muy completa y pormenorizada de los caracteres del poblamiento castreño en la Asturias romana: hábitat, organización interna, consecuencias de la presencia romana y las formas de integración indígena en el contexto poblacional romano. Se podría calificar este capítulo no solo como fundamental para comprensión de los capítulos siguientes, sino como una exposición magistral de la sociedad castreña en época romana.

Tres enclaves fundamentales merecen para el autor la dedicación de un capítulo: Oppidum Noega (Campa Torres, Gijón) analizado a través de once interesantes apartados que abarcan toda la problemática en torno a este poblado (excavaciones, emplazamiento, la interpretación de las *Aras Sestianas*, urbanismo y contexto económico y social).

Los otros dos poblamientos examinados son “Coaña y la Ría del Navia en época romana”, (capítulo VI) y “el castro de Mohías: enclave astur-romano en el litoral occidental de Asturias” (Capítulo VII), ambos de enorme significación en la Historia Antigua del norte peninsular.

Ambos son analizados en una completa, ordenada y rigurosa descripción: su descubrimiento, excavación y estructura urbana, además de exponer en un estudio riguroso las características y documentación más notable de cada uno. Así se dedica un apartado (5º) al denominado “recinto sagrado” del poblado de Coaña, o al horno metalúrgico y a la cuestión del epígrafe votivo del castro de Mohías.

Los capítulos VIIIº, IXº, IXº y XIIº describen las *Civitates* astur-romanas. De nuevo el autor acierta a exponer previamente en una interesante introducción (a la que dedica todo el capítulo VIIIº) los caracteres y el desarrollo de estos los núcleos de hábitat en territorio astur. Describe la evolución de la sociedad astur ante la política municipal romana desde la conquista y pacificación de Augusto, su desarrollo durante sus sucesores, los césares Julio-Claudios, con la formación de las colonias y municipios y funcionamiento de la administración y la importancia del edicto de la latinidad en época de Vespasiano y sus notables consecuencias, como la integración jurídica de este territorio en el proceso administrativo y la diversidad de los estatutos jurídicos, así como los lógicos cambios de la propia vida cotidiana, si bien advierte el autor que este proceso fue lento y se mantuvieron muchas supervivencias indígenas principalmente en el ámbito social y cultural.

En los capítulos IXº, XIº y XIIº contemplamos las nuevas poblaciones astures: las *civitates* que son descritas por autor en sus caracteres más significativos, es definida bien por su importancia social y urbana, bien por su notoriedad en la Historia de Asturias romana. Así la *civitas* de los pélicos “como modelo romano de organización de territorio” (capítulo IXº), *Gigia*, *Flavionavia* y *Lucus Asturum* (capítulo XIº). Como fronteras del Imperio, o como núcleos en vías de comunicación. Finalmente, se contemplan otros núcleos de población *Vici*, *villae*, o recintos castreños que, “remodeladas sus estructuras tras las guerras astur-cántabras, acogerían una población que se dedicaba a explotar los recursos naturales de su entorno” como es el caso del castro de San Chuis de Allande. Estos pequeños núcleos han sido agrupados siguiendo un criterio fundamentalmente geográfico, por su zona y entorno para su descripción y análisis, en el que se recogen los últimos testimonios arqueológicos y epigráficos, comentando su estudio con reflexiones del autor, exponiendo las planteamientos y problemas que derivan de los mismos como el establecimiento del espacio territorial público y el nivel de desarrollo económico, social y jurídico de estos núcleos de población.

Todos los capítulos del libro incluyen al final un elaborado anexo documental (excepto el capítulo II: el ejército romano en la guerra astur-Cántabras) donde el autor ha seleccionado una cuidada documentación histórica sobre el mismo: Textos, epígrafes, e información directa recogida de las propias fuentes históricas. Este apéndice documental junto con un excelente aparato crítico en notas a pie de página constituyen una importante herramienta de trabajo y de información para el conocimiento y estudio de la Asturias romana. Además, el libro ofrece una bibliografía completa y puesta al día, completado con 126 figuras y un valioso índice onomástico en un libro donde no falta una cuidada edición.

El lector encuentra en este libro no solo una valiosa información de la investigación sobre la arqueología y la Historia Antigua de Asturias, sino una excelente guía que sabrá conducirlo y mostrarle sus castros, sus antiguas ciudades en un momento que se produce su lenta transformación de sus poblaciones y sus gentes encuentran una forma nueva de vida, de sociedad y de cultura, momento apasionante, pues se

forjó el origen de la Asturias de hoy, narrado con la rigurosidad de un especialista y el entusiasmo de un apasionado por la Historia y por Asturias.

Pilar Fernández Uriel

Departamento de Historia Antigua - UNED

Eduardo SÁNCHEZ MORENO (coord.) – Adolfo DOMÍNGUEZ MONEDERO – Joaquín GÓMEZ PANTOJA, *Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica I. Las fuentes y la Iberia colonial*, Madrid, Sílex, 2007, 460 pp. [ISBN: 978-84-7737-181-6]

Eduardo SÁNCHEZ MORENO (coord.) – Joaquín GÓMEZ PANTOJA, *Protohistoria y Antigüedad II. La Iberia prerromana y la romanidad*, Madrid, Sílex, 2008, 628 pp. [ISBN: 978-84-7737-182-3]

La editorial Sílex ha publicado recientemente (2007/8) dos volúmenes dedicados a la protohistoria e Historia Antigua de la Península Ibérica, coordinados ambos por Eduardo Sánchez Moreno.

El primero (Volumen I), titulado “Las fuentes y la Iberia colonial”, se inicia ya con un acierto logrado por su coordinador y Joaquín L. Gómez Pantoja, al dedicar, como autores, toda una primera parte a las fuentes antiguas, base y fundamento del trabajo de un historiador, ya que una exposición previa de la documentación que se van a manejar y citar, es absolutamente necesario a la hora de explicar la Historia. Precisamente los testimonios que corresponden al periodo antiguo tienen unos caracteres muy peculiares y específicos, necesitan una valoración y un método previo para su identificación y su aplicación. Esta “peculiaridad es comentada por los autores como “las luces y las sombras de la Historia de la Península”, previa a la explicación del desarrollo histórico. Como además de investigadores, son docentes universitarios, han presentado de forma rigurosa y ordenada dichas fuentes: las literarias, la investigación arqueológica a y el registro epigráfico y numismático. Lejos de resultar tediosa, resulta interesante y bien explicada.

La segunda parte del volumen, titulada “La Península y el Mediterráneo arcaico: las dinámicas coloniales”, abarca desde los Primeros siglos de la presencia fenicia en Iberia (siglos VIII-VI a.C. al dominio de Cartago, ha sido elaborada por Adolfo Domínguez Monedero .Y de nuevo, iniciamos la lectura encontrando un nuevo acierto: Una concisa síntesis del contexto Histórico del Mediterráneo, que revela “las causas de la colonización fenicia de Occidente”. Continúa con la exposición de los principales centros fenicios “desde Oriente a Occidente atlántico, los principales centros (Fenicia, Chipre, Creta y Mediterráneo central). Gadir y su área de influencia merecen, sin duda, un comentario más detenido, pero también se contemplan otros yacimientos fenicios de la Península, y los problemas historiográficos que se plantean, recogiendo yacimientos y estudios de publicación muy reciente. Comple-

tan esta exposición de la colonización fenicia, los medios de producción y recursos, la aparición de la moneda y las relaciones con los indígenas.

La problemática y la dificultad de definir el difícil concepto y termino de Tartesos (Tartessos) así como los estudios que se han realizado sobre el “mundo tartésico”, nos introducen al segundo capítulo que se completa con la problemática historiográfica actualizada, y sus principales aspectos: su estructura social jerarquizada, espacios de población y las áreas periféricas,(serranía malagueña, Cástulo y la zona que el autor delimita “entre el Guadalquivir y el Guadiana , meseta y sudeste peninsular).

Es de gran interés el estudio elaborado sobre los cambios sociales, económicos y políticos producidos como consecuencia de la presencia fenicia ,estudiado a través de las fuentes literarias y arqueológicas, dando una especial relevancia al mundo funerario y a la lectura de su registro arqueológico, que nos habla de su sociedad y de las innovaciones técnicas de la metalurgia y la artesanía, pero también de la riqueza económica y de las relaciones ya establecidas con otras culturas mediterráneas. Finaliza el capítulo con la escritura, los contenidos ideológicos y el tránsito del mundo tartésico al turdetano.

El capítulo III está dedicado a los griegos en Iberia. Antes de abordar la presencia griega en la península, el autor realiza una breve introducción que nos sitúa en el contexto y las circunstancias de la sociedad y la cultura griega de los siglos VII al VI a.C. tema que autor conoce muy bien y que explica la presencia griega en la mitad occidental del Mediterráneo desde la menos el siglo VIII a. C. Sus conocimientos sobre este ámbito tan lejano y sus primeros intercambios se demuestran en las breves menciones con las que las tradiciones griegas aluden al extremo occidente, transmitidas con una “áurea mitológica”, así como las breves citas de los poemas homéricos y las obras de Hesiodo, para continuar en autores más cercanos como Estrabón.

El fenómeno de la colonización griega se describe paralelo a la evolución histórica del Mediterráneo, desde el periodo arcaico a la época helenístico, es decir, a partir de la primera presencia jonia en la península se continua con la exposición de la obra de los griegos en la península entre los siglo VI y V a.C., en sus principales manifestaciones: su relación con los indígenas, la exploración de sus costas y establecimiento de zonas portuarias (emporion). Domínguez Monedero explica que los propios indígenas desarrollaron su propio proceso cultural, social y económico, dando lugar a una interrelación y estableciéndose una red de comunicación no solo costera sino hacia el interior, descrita y explicada en sus respectivos apartados. El autor dedica una especial atención a la ciudad de Emporion. Su territorio, trama urbana y relaciones comerciales.

Finaliza este I volumen en el capítulo 4º, con la presencia cartaginesa hasta la Segunda Guerra Púnica, subrayando la trascendencia y el significado de Cartago y su dominio en el Occidente Mediterráneo, incidiendo, especialmente en el norte de África y en Entorno del denominado “Circulo del Estrecho de Gibraltar”, debido a las consecuencias posteriores en estas áreas de dominio e influencia. Con la obra

de los primeros Bárquidas Amílcar, Asdrúbal, la fundación de Cartago Nova y las primeras relaciones con Roma

Con la figura de Aníbal, el tratado del Ebro del año 226 a.C. y la caída de Sagunto acaba este volumen, dejándonos en el umbral de otro proceso de no menor envergadura. La romanización

Un segundo volumen: "Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. La iberia prerromana y la Romanidad" se inicia de la mano de E. Sánchez Moreno, autor de la Parte primera: "De los pueblos prerromanos: Culturas", que a su vez se divide en dos capítulos: "La Iberia Mediterránea", con una buena introducción sobre los términos (Iberia, Iberos, ibérico) y un segundo capítulo: "La iberia interior y atlántica", donde se analiza el fenómeno que llamamos indoeuropeización, que identificamos con la cultura de los campos de urnas de extensa y difícil cronología. Este segundo capítulo logra mostrar de una forma actualizada y puesta al día la problemática en torno a pueblos indoeuropeos y celtas en Hispania. Quiero resaltar que ambos capítulos, a pesar de su amplitud y singularidades, están muy bien agrupados, siguiendo un orden riguroso, gracias al cual, se analizan perfectamente y se comprenden la diversidad de los pueblos que se describen: Orígenes, organización política, poblamiento, territorio y hábitat, recursos (bases económicas) manifestaciones religiosas.

La segunda parte de este volumen se debe a J. Gómez Pantoja, Su introducción es una magistral forma de comenzar a interesarnos en su lectura, logrando en el lector una mezcla de curiosidad, admiración e interés hacia una cultura y un legado transmitidos por una civilización en la que aún estamos inmersos.

Se inicia esta parte en el punto que acaba el primer volumen: la segunda Guerra púnica (218-206 a.C.) y su desarrollo con la implantación de Roma en tierras hispanas.

A lo largo de nueve capítulos se despliega toda la Historia de Hispania romana. Los dos primeros están dedicados a la conquista de la Península, empleando el cuarto a "los aspectos políticos, socioeconómicos y militares" en el periodo de la conquista romana, incluyendo la Guerra civil entre Cesar y Pompeyo.

Siguiendo la pauta establecida en el volumen anterior, merece resaltar la introducción histórica con la que comienza cada capítulo. Es notable el esfuerzo realizado en analizar de forma concisa y sencilla la situación social y política de Hispania, siempre vinculada al contexto ideológico e histórico de la propia Roma como indudable referente, y calificaría de acertada la distribución dada a los siguientes capítulos, tarea nada fácil debido a su complejidad y amplitud cronológica (Alto Imperio, Esplendor y crisis, La Tardoantigüedad, ("De las Hispanias a Hispania, siglo IV-VIII"))

En los dos últimos capítulos (8º y 9º), titulado "Las riquezas de Hispania, Gentes, culturas y creencias", respectivamente, se analiza la economía y recursos y la sociedad y la ideología, finalizando con la difusión del cristianismo.

En ambos volúmenes, todos los capítulos incluyen una bibliografía no amplia, pero si actualizada y seleccionada cuidadosamente. Mapas históricos y figuras

escogidas y distribuidas en los correspondientes capítulos ayudan a su comprensión y lectura. Mención especial merece la Postdata “Acerca del Papiro de Artemidoro de Éfeso”, un breve resumen que reúne los últimos estudios dedicados a esta singular pieza de difícil identificación, incluyendo la última bibliografía sobre el papiro: Canfora, Gallazi, Kramer y la edición de Andreotti, Le Roux y Moret.

No se trata de unos volúmenes más dedicados a la Historia Antigua de la península ibérica, ni un compendio de estudios de tres autores, sino una Historia bien elaborada, coordinada y puesta al día, como corresponde al trabajo de tres profesionales investigadores y docentes universitarios. Su asimilación es fácil y, gracias precisamente a este orden, resulta clara y de fácil comprensión.

El lector no solo tendrá en sus manos un buen libro que le enseñara una Historia de la Península Ibérica actualizada, también contará con una lectura amena, que atraparé desde su primera página hasta el final, pues realizará un prodigioso recorrido por los pueblos y las antiguas culturas de nuestra península.

Pilar Fernández Uriel

Departamento de Historia Antigua - UNED

Javier ANDREU (coord.), *Fundamentos de epigrafía latina*, Madrid, 2009, Liceus, 720 pp. [ISBN: 78-84-9822-843-4]

Estos fundamentos constan de 18 capítulos, coordinados por Javier Andreu, que es asimismo autor de la mayoría de ellos (13). Los cinco restantes corren a cargo de E. Tobalina (2), Á. A. Jordán (1), A. Alvar (1) y P. Oscáriz (1). Preceden a los capítulos un prólogo de A. Donati y una presentación por parte de A. Alvar e I. Rodà, mientras que cierran el libro tres apéndices (uno con los principales corpus epigráficos para el estudio del Occidente latino, otro que es una tabla sinóptica de los *cursus* senatorial y ecuestre y el tercero, un repertorio selecto de abreviaturas), de J. Andreu y de E. Tobalina, y unos breves índices analíticos, a cargo de D. Espinosa. Queda claro, con este sucinto esquema de presentación, que estamos ante un libro escrito en su mayor parte por Javier Andreu, quien ha confiado determinados capítulos a personas que por su trayectoria profesional tenían una especial competencia en ellos. A esta conclusión puede llegarse porque los autores han decidido hacer una breve presentación de sí mismos (p. XXXI-XXXVI), una decisión original y seguramente acertada.

Los 18 capítulos mencionados se distribuyen en tres partes. La primera sobre la “epigrafía como ciencia”, esto es, como disciplina o, tal vez mejor, como “oficio” según el título de la conocida obra de I. di Stefano Manzella (*Mestiere di epigrafista*). Aquí se precisa el concepto de epigrafía y su relación con otras “ciencias de la Antigüedad”, se hace una breve, pero muy oportuna historia de la epigrafía, con una excelente explicación del modo de trabajar del *CIL* (tanto de la primera como

de la segunda edición) y se dan los fundamentos de la edición epigráfica, con la pertinente referencia a los signos diacríticos y la necesaria insistencia en la autopsia. La segunda parte se titula “Introducción a la epigrafía latina” e incluye tanto lo referente a los aspectos materiales de la inscripción (soporte, escritura, fabricación del epígrafe) como cuestiones de carácter general, esto es, la onomástica, el *cursus honorum*, la titulación imperial. Se ha incluido aquí también un capítulo sobre prosopografía, útil, pero quizá demasiado encomiástico. De su lectura puede concluirse que a la autora (E. Tobalina), como a Syme, sólo le parecen históricamente relevantes los grupos sociales de los que se ocupan los prosopógrafos. La tercera parte se detiene en cada una de las diferentes clases de inscripciones: funerarias, honoríficas, *tituli operum publicorum* (¿no sería bueno buscarle una traducción castellana? ¿arquitectónicas quizás?), votivas, jurídicas, *instrumentum domesticum* y el inevitable “inscripciones sobre soportes y objetos diversos”. La clasificación es la usual, y en ese sentido nada hay que objetarle, aunque sin duda resulta un tanto incongruente, porque atiende a dos criterios distintos: el contenido (votivas, honoríficas, funerarias, jurídicas) y el soporte (las restantes). Las dificultades se plantean por ejemplo al tratar la epigrafía votiva (p. 466-7), donde Andreu adopta un criterio restrictivo, consciente de que, por poner un ejemplo, si se quisiera traer a colación todas las inscripciones más o menos religiosas habría que incluir las que dejen constancia de la dedicación de un templo, consideradas en cambio como *tituli operum publicorum*. También plantea problemas de clasificación el *instrumentum domesticum*, pues si tradicionalmente se definía por el soporte, que debía ser mueble, esto es, transportable, Oscáriz ha delimitado mejor la categoría, de acuerdo con la tendencia actual, como “epigrafía de la producción”. Aunque tampoco esté exenta de dificultades, la clasificación que adopta J.M. Lassère (*Manuel d'épigraphie romaine*), que no atiende tanto al soporte, la considero más atractiva, al menos, para el historiador. El primer capítulo de esta tercera parte, que he dejado para el final de este sucinto resumen, no aborda una categoría en concreto, sino que constituye por sí mismo un compendio del propio libro; por ello, ha de reiterar cuestiones ya tratadas o que se tratarán luego, pero creo que tiene utilidad, porque el principiante haría bien, a mi juicio, en empezar a leer el libro precisamente por este capítulo, escrito por A. Alvar, donde se explica de modo muy sencillo lo sustancial de la epigrafía.

Las fotografías son muy numerosas, casi 300, de ellas 30 en color y 268 en blanco y negro. No sé si por criterios editoriales, algunas resultan un tanto pequeñas, y difíciles de leer, porque sólo puede verse con claridad el soporte, pero no el texto. Claro que una de las principales aportaciones de este libro es su justificada insistencia en que el soporte es muy importante, de manera que el capítulo que le dedica (el 4) está entre los mejores, y a esta cuestión se hace referencia en numerosas ocasiones. No hay una indicación explícita del marco cronológico adoptado, pero aunque la atención se fija de modo predominante en el Alto Imperio, hay también referencia breve a las modificaciones del *cursus honorum* durante el Bajo Imperio (p. 200-205 y 213-214) y hay también algunas inscripciones tardoimperiales entre las

comentadas, lo que es digno de aplauso. En cuanto a la lengua de la inscripción, dado que se trata de epigrafía latina, se excluyen las griegas. Es una pena, porque la epigrafía romana –que es de lo que se trata- se escribe en ambas lenguas, y algún comentario de la epigrafía griega bajo la dominación romana hubiera sido oportuno, aunque la exclusión también pueda justificarse por la ignorancia de nuestros estudiantes, pero precisamente de eso se trata, de enseñar. La bibliografía, por último, es abundantísima, está utilizada con acierto y no se recoge al final, sino por capítulos, lo que fuerza alguna reiteración, pero proporciona al lector una selección de títulos relevantes para cada uno de los temas tratados, de manera que resulta útil. Hay frecuentes referencias, y muy válidas, a direcciones de Internet, que hubiera sido tal vez deseable que se recogiesen también en la bibliografía.

La forma de abordar cada uno de los capítulos es sustancialmente la misma, lo que hace pensar que J. Andreu ha desempeñado, en efecto, la labor propia del coordinador, fijando criterios claros a sus colaboradores. En sustancia, el enfoque es excelente, porque adopta una perspectiva de historiador, mostrando a cada paso, aunque sea de forma breve, la relevancia de la información que cabe extraer de la epigrafía y utilizando abundantemente las noticias que nos han venido de los textos literarios.

No se ha querido entrar en el tratamiento seriado de las inscripciones, lo que podríamos llamar los aspectos cuantitativos, tal vez porque se trata de una cuestión más propia de la historia (demografía, tasa de alfabetización), aunque en su núcleo, nos plantea el problema de qué inferencias *no* se pueden legítimamente extraer del registro epigráfico, pues ése es el cerne del “hábito epigráfico”, desde los estudios pioneros de Mrozek, aún antes de que R. MacMullen acuñase el término. No se le ha concedido una relevancia especial a la epigrafía jurídica, lo que es una lástima, primero, porque por su complejidad es la que más ayuda requiere para adentrarse en ella, y en segundo lugar, porque de todos los tipos, es el que más información ofrece. Ciertamente es que resulta ser la epigrafía menos sometida a reglas, a fórmulas y son oportunas las consideraciones que hace A. Alvar a este respecto: a diferencia por ejemplo de las lápidas funerarias, las leyes o los edictos no fueron concebidos para ser escritos en bronce, esto es un hecho secundario, no imprescindible (la ley tiene el mismo vigor si se escribe sobre un soporte blando) aunque importante. También se puede decir que es cuestión de gustos.

Reconociendo lo mucho que de valioso hay en este libro, creo que debo señalar también algunas cuestiones menores. Así, el esquema de la p. 161 hace una división entre *ingenui* por un lado y *non ingenui*, por otro; equipara a estos últimos con los no libres y luego los divide en dos categorías, esclavos y libertos. Aunque no fuera ésa la intención de su autor, creo que un lector poco avisado podría caer en el error de considerar a los libertos como no libres. Lo mismo puede decirse respecto de la afirmación según la cual un *peregrinus* “suele llevar normalmente *nomen* y filiación” (p. 159), cuando, estrictamente hablando, el *nomen* es exclusivo de los ciudadanos romanos. O la indicación de que Augusto fijó el número de cuestores en

veinte (p. 189), cosa que hay que atribuir a Sila, o que los sacerdotes eran cooptados (p. 205), cuando en realidad eran elegidos, por la mitad de las tribus, desde la ley Domicia del 104 a.C. A veces se dan por sentada algunas cuestiones, que en realidad, constituyen hipótesis discutibles. Por ejemplo, la sugerencia de que el uso de *Imperator* como *praenomen* por Augusto hacía referencia a su *imperium maius* (p. 237) es una antigua idea de M. Grant, rechazada de plano por Syme (“Imperator Caesar. A Study in nomenclature”). Lo mismo puede decirse de la posibilidad de que los decuriones pagasen, ellos también, *summa honoraria* (p. 216), una cuestión muy compleja que trató P. Garnsey en su día y hasta hoy no ha podido ser aclarada. Asimismo, la categoría creada por Mommsen de *leges datae* (p. 513) no cuenta actualmente con muchos adeptos. Hay también algunas erratas: los *FIRA* no son de G. Bruns, por más que así puedan abreviarse sus *fontes iuris Romani antiqui* (p. 501), el *CIL XIV* no está dedicado a las inscripciones arcaicas, como se dice en la p. 24 y se repite en la p. 320, sino al Lacio, claro, y de modo destacado a las inscripciones de Ostia, el puerto de Roma; también hay una traducción nada fiel al original, la del elogio de Apio Claudio en el foro de Augusto (p. 401).

En suma, estos *Fundamentos de epigrafía latina* son un libro bien planteado, con el que nuestros estudiantes, y no sólo ellos, podrán aprender mucha epigrafía.

Pedro López Barja de Quiroga
Universidade de Santiago de Compostela

Jonathan EDMONDSON, *Granite Funerary Stelae from Augusta Emerita*, (Monografías Emeritenses 9), Madrid, Ministerio de Cultura, 2006, 303 pp. [ISBN: 84-8181-313-3]

Siguiendo la senda trazada en un trabajo precedente, aquél en colaboración con T. Nogales y W. Trilmich (*Imagen y memoria. Monumentos funerarios con retratos en la colonia Augusta Emerita*, Madrid, 2001, nº 6 de la misma colección), el profesor Edmondson nos ofrece un nuevo e igualmente sólido trabajo relativo a la epigrafía funeraria de la colonia *Augusta Emerita*.

Magnífico conocedor de la materia, el autor estudia y analiza, en este caso, una tipología menos llamativa –en su forma, que no en su fondo– y, sin duda, mucho más problemática, habida cuenta de las dificultades inherentes al material de soporte: el granito. Quizá sean estos dos aspectos los que, a la postre, expliquen que –frente a otro tipo de monumentos, sin duda más agradecidos– las estelas de granito de la antigua Mérida se hayan visto relegadas hasta la fecha, careciendo de un estudio sistemático, integral e integrador, como el que ahora nos presenta el profesor Edmondson. Y de aquí, por tanto, su primera gran virtud: cubrir un espacio vacío en el análisis del rico patrimonio epigráfico emeritense.

Pero esta obra, precisa y claramente estructurada, es más, mucho más, que un *corpus* epigráfico al uso. El autor introduce al lector en un universo completo y complejo, pleno de interconexiones –y por ende, de posibilidades– en el que ningún aspecto queda por investigar y ubicar en su contexto. Ya en el primer capítulo (pp. 21-57), destinado a estudiar el material del soporte (su origen y variedades) y la forma de las estelas, nos ofrece una detallada clasificación tipológica (con tres formas básicas y diversas variantes) que, en especial para cuantos “gravitamos” en el ámbito epigráfico de la Lusitania, será de gran utilidad tanto a la hora de unificar criterios y denominaciones, como –sobre todo– a la hora de establecer modelos, vías de difusión y posibles vínculos, no sólo estilísticos, entre la capital y los territorios provinciales.

En el segundo capítulo (pp. 59-73), se aborda una cuestión de sumo interés y de enorme dificultad: el contexto arqueológico de las estelas. Sabido es que la mayor parte de los epígrafes de época romana se han encontrado en posición secundaria y, lamentablemente, Mérida no constituye una excepción en este sentido: de las 53 piezas catalogadas, sólo cuatro proceden de trabajos arqueológicos realizados en las diversas áreas de necrópolis de la colonia. De ahí que, en este aspecto, los esfuerzos del autor se concentren en el análisis de las formas y características de las propias estelas, por un lado, y en las indicaciones de *pedatura* que constan en sus epígrafes, por otro; de unas y otras deduce cuantos elementos ayudan a identificar los aspectos materiales, externos, de las tumbas: disposición de las estelas, posible integración de las mismas en monumentos más o menos complejos, medidas del *locus sepulturae*, etc.

No menor interés reviste el tercero de los capítulos (pp. 75-89), dedicado a la cronología, un aspecto de vital importancia en los estudios epigráficos que, por sus innegables dificultades, no siempre se perfila con suficiente claridad y precisión. En este caso, el profesor Edmondson combina los datos ofrecidos por la factura y forma de las estelas, los rasgos paleográficos (criterio éste sin duda distorsionado por las limitaciones impuestas por el granito) y las fórmulas empleadas en los epitafios, para ofrecer un cuadro cronológico aproximado que permite observar cómo los diferentes tipos de estelas previamente definidos se combinan y/o relevan en el período comprendido entre el año 25 a.C. y el 150 d.C.

Los capítulos cuarto (pp. 91-106) y quinto (pp. 107-121), estudian el estatus social y jurídico de los individuos registrados en los epígrafes y los nombres personales y orígenes geográficos de los colonos de *Augusta Emerita* que de los mismos pueden deducirse, respectivamente. Pocos son los aspectos estrictamente novedosos que pueden extraerse del capítulo cuarto, en el que el estudio de los individuos mencionados en las inscripciones –en especial de los que fueron objeto de conmemoración, pues los escasos dedicantes identificados rara vez ofrecen los suficientes datos al respecto– nos muestra, como era de esperar, un espectro social y jurídico completo; lo que sí resulta interesante, y así lo destaca el propio autor es, precisamente, el hecho de que las diferencias de estatus no parece afectasen ni al tamaño

de las sepultura, ni a la calidad de la estela elegida: emigrantes y emeritenses, ciudadanos y *peregrini*, libertos y esclavos, todos emplearon el mismo tipo de monumentos funerarios.

Por el contrario, el capítulo quinto se nos muestra pleno de novedades y sugerencias. El estudio de los *nomina* de los individuos registrados, algunos de ellos inéditos hasta la fecha en el conjunto epigráfico hispano (como *Baberius*, nº 19 del catálogo), revela la presencia de algunos gentilicios que, como el señalado, no sólo son raros, sino que presentan acusados rasgos itálicos. Con exquisita prudencia, sin olvidar la “máxima” de R. Syme, “Nomenclature helps; it can also deceive”, la presencia de estos gentilicios le sirve al autor para plantear la hipótesis de que bien los individuos que los portan, bien sus ancestros o antiguos propietarios, procediesen del centro y sur de Italia; para plantear, en suma, la posibilidad de que estos individuos no fuesen sino los descendientes de los primeros colonos de *Augusta Emerita* reclutados en la península itálica para servir en las legiones V *Alaudae* y X *Gemina*. Un tema delicado, pero que sin lugar a dudas abre nuevas posibilidades en el estudio de la historia de la colonia.

El catálogo epigráfico que completa el estudio de las estelas (pp. 123-201), se presenta organizado en función de los tipos individualizados en el primer capítulo; en total se registran 53 piezas que se presentan en fichas individuales sujetas a los parámetros al uso en este tipo de publicaciones. A él se suma, ceñido a los mismos cánones, un apéndice en el que se editan otros cinco epígrafes realizados sobre bloques de granito (Appendix A-E). El conjunto presenta dieciséis inscripciones inéditas (nº 5, 8, 14, 19, 21, 22, 24, 27, 29, 38, 39, 40, 42, 52, App. C, App. D), la primera edición completa de otras dos piezas parcial y previamente publicadas (nº 1 y 41) y la propuesta de nuevas lecturas para otras quince ya conocidas (nº 4, 7, 9, 17, 23, 25, 26, 28, 34, 36, 44, 45, 47, 53, App. E). Se trata, como fácilmente puede deducir el lector, de un trabajo pleno de aportaciones.

Entre las piezas inéditas, y además de la ya mencionada *supra*, en la que se registra el *nomen Baberius* (*L. Baberius Aescinus*, nº 19), pueden destacarse la inscripción dedicada a *G. Upilius G. lib. Asclepius Oli[s(iponensis)]*, que –aunque este aspecto es discutido en *AE* 2006, 610– pudiera portar también un *nomen* hasta ahora desconocido en la epigrafía hispana (nº 38); la que honra la memoria de *C. Iulius Aristaeus*, probablemente –aunque la erosión de la pieza no permita asegurarlo–, *Cascantinus* (nº 27), o la correspondiente al monumento elevado por un ciudadano romano del que, lamentablemente –dado el deterioro de la pieza– sólo se conoce su *cognomen*, *Rusticus*, y la secuencia *eques stat[- - -]* (App. C). Son igualmente destacables aquellas que registran *cognomina* poco usuales, tales como *Modica* (carente de paralelos en la epigrafía hispana, nº 52) o *Lepida* (que supondría el segundo caso registrado en Lusitania, nº 22) y las que nos ofrecen nuevos testimonios relativos a los *Helvii*, bien conocidos en Lusitania (nº 5 y nº 24).

Entre las lecturas revisadas, se pueden mencionar, por sólo citar algunos ejemplos, la correspondiente a *HEp* 6, 1996, 112 (aquí nº 23), para la que –no sin dificult-

tad— se ofrece una lectura más completa que la que consta en la *editio princeps*: *Q. Camu[l]/ius Elpo/maus E[u]/genia p(osuit) / ann(orum) IL / h(ic) s(itus) e(st)*; la correspondiente a *HEp* 6, 1996, 117 (aquí nº 28), en la que se corrige el nombre de la dedicante, *Grapho* o *Grapio* en la *editio princeps*, por *Graphica*, bien documentado en ambientes serviles, o la correspondiente a *HAE* 2057 (= *ERAE* 402), para cuyo interesante texto, que contiene disposiciones legales encaminadas a definir o proteger el *locus sepulturae* (y que se encuentra cortado en sus laterales), se ofrecen dos posibles restituciones (App. E).

Bibliografía, resumen en español, índices y repertorio fotográfico completan la obra. En atención al objeto de la misma, son particularmente destacables las fotografías, en blanco y negro, de las diferentes piezas catalogadas; su gran calidad permite al lector, si no verificar las lecturas de todos y cada uno de los epígrafes, sí comprender las enormes dificultades que a tal efecto entraña la erosión del temible granito. Los índices epigráficos se muestran igualmente cuidados, aunque, en mi opinión, no hubiese sido en exceso redundante volver a incluir en ellos el repertorio relativo a las diferentes indicaciones de *pedatura* estudiadas y registradas de modo preciso en el capítulo segundo, pues con ello se hubiese facilitado el acceso directo del lector a un dato de gran interés.

No cabe, finalmente, sino felicitar al autor —y felicitarse— y esperar una próxima y pronta entrega.

María del Rosario Hernando Sobrino
Departamento de Historia Antigua-Archivo Epigráfico de Hispania
Universidad Complutense de Madrid

Silvio PANCIERA, *Epigrafi, epigrafia, epigrafisti. Scritti vari editi e inediti (1956-2005) con note complementari e indici*, Roma, Edizioni Quasar, 2006, 3 vols. 2.189 pp. [ISBN: 88-7140-306-1]

Estos 3 volúmenes —dos de ellos de estudios, de mil páginas aproximadamente cada uno, y un tercero con unas doscientas páginas de índices— son, por así decir, las obras completas de estudios epigráficos del profesor Silvio Panciera hasta el año 2005. Por tanto, 50 años de trabajo en los que quiero destacar, a vista de esta publicación, la gran altura científica en todas las contribuciones, con independencia de la fecha de redacción.

Reducir el contenido de esta obra a un comentario de un par de páginas es misión imposible. Así que me limitaré a exponer las características generales y a dar cuenta de los grandes apartados del índice general.

La obra es un modelo de cómo debe reeditarse la obra dispersa de un autor. La nueva edición es absolutamente pulcra, uniforme, con ilustraciones de excelente calidad, mejorando en muchos casos las ediciones originales, no sólo en calidad

tipográfica sino con *addendae* bibliográficas. Estas mejoras cabe añadir el tópico, no menos cierto, de que uno encuentra reunida la obra dispersa del autor, a veces difícil de encontrar para lectores e investigadores fuera de Italia.

Esta colección de estudios se organiza en ocho *amplissimae sectiones* o bloques temáticos. El primero es más corto, dedicado a la epigrafía republicana, *ab initio rei publicae liberae ad aetatem Augusti*, con cinco estudios que ya nos dan la pauta del resto de la obra y de la producción historiográfica del autor a lo largo de tantos años, prestando atención a la epigrafía religiosa, pero también aspectos sociales, institucionales, y prosopográficos, principalmente en documentos epigráficos latinos, de Italia y de época altoimperial.

Estas coordenadas históricas las observamos claramente en las dos secciones siguientes. La segunda, bajo el lema *Urbs Roma* (pp. 113-558) reúne 54 estudios, y el bloque tercero, bajo el lema *municipia coloniaequae* (pp. 561-981), 47 trabajos sobre colonias y municipios de Italia. Con este bloque se cierra el primer volumen de casi mil páginas y más de cien estudios que forman, como se puede deducir claramente, un gran mosaico histórico de la capital y la península itálica a través de la epigrafía.

Cada estudio se particulariza y pivota sobre una inscripción concreta, que se da la fotografía, somete a revisión textual y se extraen connotaciones y explicaciones históricas mucho más amplias. Cada inscripción estudiada es un motivo para extenderse en los aspectos más destacados de la misma, ya sean aspectos onomásticos, de estatuto personal, de instituciones (sacerdocios, colegios religiosos o civiles, órganos de gobierno local), urbanísticos, etc., etc.

El segundo volumen contiene otros grandes bloques de estudios no menos interesante, por grandes grupos sociales indicados en los *lémata*, a saber: *virifemineque notabiles* (sección IV, pp. 985-1239, con 22 estudios); *milites* (sección V, pp. 1243-1524, con 23 estudios); *magistri sodales, itineris comites* (sección VI, pp. 1527-1600, con 13 estudios).

Los siguientes bloques abordan aspectos variados bajo el lema *libros iudicare aut in publicum producere*: el VII, pp. 1603-1708, presenta 27 trabajos sobre aspectos económicos, epigrafía cristiana, paleografía, alfabetos, así como varios artículos de homenaje a epigrafistas célebres. Este mismo tipo de trabajos, por su contenido los encontramos en el bloque siguiente, VIII: *varia cum artis epigraphicae doctrina eu usu coniuncta* (pp. 1711-2000), con infinidad de notas epigráficas de todo tipo, generalmente cortas, sobre edición de textos epigráficos, notas de introducción a los suplementos a CIL VI y *Supplementa Italica*, notas de arqueología, paleografía, el estudio de “falsos” epígrafes, onomástica, informática, didáctica, y presentaciones de coloquios y reuniones científicas de trabajo epigráfico.

El volumen tercero contiene exclusivamente los índices analíticos (de fuentes literarias, epigráficas, papiroológicas y numismáticas), índices extensísimos y detallados que son fundamentales para manejarse por esta obra vastísima, fruto de toda una vida dedicada al estudio apasionado y apasionante de la epigrafía: el profesor Silvio Panciera.

Aquí el historiador del mundo romano no sólo podrá encontrar aquí noticia sobre temas de estudio concreto, también podrá (y deberá) aprender la técnica de análisis, la heurística epigráfica, de manos de un maestro, podrá comprobar que la epigrafía es, como se ha dicho, “una instrumento auxiliar” de la Historia, pero infinidad de veces comprobamos que ese calificativo de “auxiliar” se le queda pequeño a una disciplina tan importante para la historia del Imperio romano de los siglos I-III, pues sin las inscripciones –al fin y al cabo, documentos históricos originales, objetivos y “vivos”– la historia del Imperio romano sería “otra”.

Sabino Perea Yébenes
Universidad de Murcia

Lucretiu MIHAILESCU-BÎRLIBA – Octavian BOUNEGRU (ediderunt), *Studia historiae religionis daco-romanae. In honorem Silvii Sanie*. (Honoraria, 3), Bucarest, Institute of Archaeology of Iași. The Publishing House of the Romanian Academy, 2006. 448 pp. [ISBN: 978-973-27-1395-2]

Éste es un libro de homenaje al profesor Silviu Sanie con motivo de su septuagésimo aniversario. Su producción científica (un centenar de trabajos entre 1966 y 2004) se desglosa en las páginas 25-30, evidenciando que una de sus líneas maestras en la investigación son las religiones daco-romanas y los cultos orientales, en el territorio balcano-danubiano, particularmente en la actual Rumania, su patria. Su biografía académica es encomiada aquí por Octavian Bounegru (pp. 21-24). Entre sus trabajos destaco su monografía sobre los cultos orientales, sirios y palmirenos en Dacia romana (*Culte orientale în Dacia romană (1). Cultele siriene și palmiriene*, București, 1981); la co-coordinación del volumen sobre historia de los judíos en Rumania (*Studia et acta historiae Iudaeorum Romaniae*, București, 1996, en colaboración con D. Vitcu), y numerosos estudios que pueden clasificarse como *classica et orientalia*, sobre Dolicheno, sobre el *Theos Hypsistos*-Júpiter *deus exuperantissimus*, etc., con especial atención a la epigrafía, tan abundante y rica en la región, a la numismática y a las representaciones artísticas sobre relieves de piedra o cerámicas.

Acorde con esta trayectoria y estos contenidos, colegas y discípulos han contribuido, en este volumen, con este homenaje plurilingüe, a un doble propósito: ahondar en los temas estudiados por el profesor Sanie y darnos cuenta del gran interés de su producción.

Los artículos están clasificados por orden cronológico de los temas que tocan.

Se abre con un estudio, de tipo filológico, sobre el “sueño de la naturaleza” (M. Alexianu, «Le sommeil de la nature chez Alcman» (p. 31 ss.), el único dedicado a la literatura de la Grecia clásica. Estrictamente lingüístico es el estudio de R.-G. Curcă, «Traits dialectaux ioniques dans les inscriptions d'Histria» (p. 61 ss.), aunque abar-

ca el periodo griego clásico, el helenístico y el romano. El helenismo está estudiado a través de la antroponomía en el trabajo de V. Cojocaru, «Catalogue des anthroponymes nord et nord-ouest pontiques aux VI-I siècles av. J.C. chez les anciens auteurs grecs et latins» (p. 35 ss.). Por su parte M. Irimia, («Das Gebiet Skythia Minor in hellenistischer Zeit», p. 69 ss.) estudia el impacto de la cultura helénica en Escitia Menor a través de las monedas. Estrictamente numismático es el trabajo sobre los aspectos iconográficos en las acuñaciones de las colonias de Callatis y Tomis, en el oeste pónico en la llamada “época de autonomía” (G. Talmatchi, «Aspecte iconografice privitoare la monedele emise de către coloniile vest-pontice Callatis și Tomis în epoca autonomă» (p. 105 ss.)

La religión, o mejor las religiones, del área danubiana, una de las secciones más importantes se abre con el estudio sobre el “héroe a caballo” (A. Barnea, «Eroul cavalier / Le héros cavalier» (p. 99 ss.), donde el autor, en sus propias palabras, propone otra tipología para el estudio de algunas piezas escultóricas relativas al culto del héroe a caballo en la región pónica. El estudio interdisciplinar del material de fabricación de estas piezas demuestran que éstas proceden sobre todo del Proconeso (p. 102).

Encontramos dos estudios histórico-arqueológicos sobre santuarios. Uno sobre la destrucción de santuarios en Sarmizegetusa, la capital de Dacia tras la conquista de Trajano (I. Glodariu. «The destruction of sanctuaries in Sarmizegetusa Regia», p. 113 ss.). El santuario del siglo II se levanta sobre otro anterior quemado por el ejército en 105-106. Esto no era usual, pero el autor argumenta que la demolición de este lugar sagrado, del que se sacaron toneladas de metal, era eliminar los restos de religión nacional (p. 118 “Its purpose was in fact to abolish the Dacian religion and the Dacian gods who proved incapable to protect their followers”), algo así como repetir la lección aprendida por los generales romanos contra el pueblo judío (ibid. p. 119), cuyo templo fue destruido como señal máxima de sometimiento. Del sitio arqueológico se da un plano y una interesante serie de fotografías de su situación actual (pp. 120-126). En otro capítulo, G. Gheorghiu analiza los materiales religiosos enterrados ritualmente o reutilizados de este mismo templo («“Deposits” and consecrated material reused within the sacred area from Sarmizegetusa Regia», (127 ss.). Más adelante encontramos un estudio sobre materiales arqueológicos de Sarmizegetusae producto de hallazgos esporádicos y de expolios, pero que sirven para determinar algunas áreas de ocupación (C. Gazdac et alii: «Identifying areas of human activity at Ulpia Traiana Sarmizegetusa (Roman Dacia = broadly today Romania). Coin finds and metal detecting», p. 285 ss.).

La sociedad también ha merecido la atención de varios estudiosos, que hablan de las clases medias y humildes, de los comerciantes de Mesia y Thracia o de las mujeres en Dacia (L. Mihailescu-Bîrliba, «Les origines de la population appartenant aux catégories sociales moyennes et humbles de la Dacie selon les sources épigraphiques», p. 297 ss.; O. Bounegru, «Notes sur les petits commerçants de la Mésie et de la Thrace à l'époque romaine», p. 317 ss.; N. G. Brancato, «*Mulieres Daciae*

romanae (le donne della Dacia sulla base della documentazione epigráfica)», p. 349 ss.). Relacionado con el estatuto de las ciudades y su población, interesa el estudio sobre *Tropaeum Traiani* (D. Aparaschivei, «*Municipium Tropaeum Traiani. Instituții și elite / Municipium Tropaeum Traiani. Institutions et élites*» (327 ss.). El estudio de G. Popilian, «Centrul coroplastic de la Romula», p. 409 ss., como indica su título se centra en los talleres de pequeñas figuras votivas producidas en Romula. Si se habla de la vida cotidiana, de ella también forma parte la muerte. En este sentido remito al trabajo de D. Paraschiv - A. Dobos - G. Popescu, «Un mormântde epocă romană timpurie descoperit la (L)ibida / Un tombeau d'époque romaine découvert à (L)ibida» (p. 401 ss.),

Los cultos locales, supervivientes pero siempre transformados por los cultos romanos imperantes, son objeto de varias contribuciones (V. H. Baumann, «Culte romane agreste - diviniții arhaice pateritoriu Dobrogei - Silvanus și Priapus / Cultes romains agrestes - divinités archaïques sur le territoire de la Dobroudja - Silvanus et Priapus», p. 225 ss.). El trabajo se acompaña de documentación gráfica y epigráfica, de Silvano y de Príapo, objetos de cultos romanos superpuestos a divinidades locales arcaicas. En otro estudio, R. Ardevan - V. Wollmann, «Eine griechische Inschrift aus Ilișua (Dakien)», p. 259 ss.), edita una nueva inscripción griega de Dacia donde se lee: *Zamannísthes* (un extraño genitivo en la primera línea de la inscripción, ver foto en p. 267) hace un voto a los Dioses Manes (*Theois Chthoníois*), texto que el editor data en el siglo II d.C.

Dos estudios guardan cierta unidad temática, y por tanto se complementan en el análisis de *Hypsistos* (“Altísimo”) –a veces teónimo, a veces *epiklesis* divina de otro dios celeste–, como yo mismo he estudié hace algunos años (*Aevum*, 72.1, 1998, pp. 127-142). Las contribuciones que ahora citamos estudian el significado y la casuística de *Hypsistos* en dos ámbitos: el análisis de la “muy alta” jerarquía de los ángeles (I. Moga, «Le Tres-Haut et la hiérarchie des anges», p. 139 ss.) y el culto idolátrico (según *Ex. 20:2-17*) de *Hypsistos* el Monte Garizim (A. Ovadiah - Y. Turnheim, «Zeus Hypsistos in Mt. Gerizim (Tell er-Ras)», p. 205 ss.).

También relacionado con la idolatría y la pureza ritual encontramos el trabajo de M. Fischer sobre un paso del primer libro de Macabeos («*The Maccabees were removing every pollution purifying the houses in which idols stood...*” (1 Maccabees 13.47). Cult items of Hellenistic Palestine in archaeological context: Yavneh-Yam as a case study», p. 161 ss.), que tiene extensión el estudio siguiente sobre el culto de Zeus en la Decápolis en los periodos helenístico y romano, documentado en la arquitectura, la escultura, la epigrafía y la numismática (A. Ovadiah - S. Mucznik, «Zeus in the Decapolis», p. 177 ss.). De esta confederación de Diez Ciudades (Abila; Beth Shean/Scythopolis; Capitolias; Philadelphia; Damascus; Dion; Gadara; Gerasa; Hippos/*Sussita*, y Pella), donde los autores analizan especialmente inscripciones griegas de *Scythopolis* (pp. 178-181) y Gerasa (pp. 181-186), y monedas de las demás ciudades de la Decápolis. Se acompaña el trabajo de un profuso aparato gráfico (pp. 193-203).

Me ha interesado especialmente el estudio sobre Hécate en la Dacia y en las Mesias (C. Stoian Symonds, «Interférences artistiques dans les représentations de la déesse Hécate dans les provinces romaines du Bas-Danube», p. 243 ss.), que gozaba de un culto muy activo. Cabe destacar una inscripción levantada *ex visu* por un soldado para rogar a la diosa por la salud de su esposa, así como un relieve, con inscripción griega donde la diosa aparece con el epíteto de *Phosphoros*, “brillante” (p. 250 y foto de p. 255).

A otra diosa femenina, Némesis, se eleva otro voto, igualmente pedido *ex visu*, “mediante un suelo”, según un altar inédito estudiado por C. Ciongradi, «Ein Wei-altar für Nemesis aus Sarmizegetusa» p. 269 ss., que dice: *Nemesi / Iunia Abasca(nti) / coniunx e[*x*] / visu / v(otum) s(o)lvi(t) l(ibens) m(erito)*. Se data en la primera mitad del siglo II d.C.

La inscripción de Tomis redescubierta en Caen (A. Avram, «Une inscription de Tomis redécouverte à Caen», p. 277 ss.) es un largo texto griego votivo, dirigido al Gran Dios Serapis por dos sacerdotes de su culto. Se data el 29 de marzo del 160. El texto hay que ponerlo en relación con la difusión del culto alejandrino en la costa del occidental del Mar Negro producto de las relaciones comerciales.

Para finalidad esta *compte redue* indico los estudios referentes al ámbito militar:

M. Tatscheva («Über die Sugambrekohorten in den Provinzen an der unteren Donau», p. 369 ss.) pasa revista a toda la documentación epigráfica relativa a la *cohors Sugambrorum* en las provincias danubianas, en total 15 documentos, datados entre el 75 y el 157 (p. 376), hallados en Moesia, Siria y Mauretania, ya sean inscripciones sobre piedra o diplomas militares.

A una de las legiones “danubianas”, la V Macedonica, está dedicado el estudio de F. Matei-Popescu, «Legiunea V Macedonica în Moesia înainte de Domitian / The V Macedonica legion in Moesia before Domitian» (379 ss.). El autor se centra en el periodo predomiciano, arrancando de la creación de la provincia de Moesia, asentándose allí dos legiones, la V *Macedonica* y la IV *Scythica* (Tácito, *Ann.* IV 5,3). La primera inscripción relativa a la V Macedonica en la región se data en 33-34. Tenía campamentos-sede en *Viminacium* (Kostolac, Serbia) y *Ratiaria* (Arçar, Bulgaria), luego, desde el 62, en *Oescus* (*Colonia Ulpia Oescensium*). Se estudia, en fin, la historia de esta legión en la zona para el periodo indicado, con detalle de la prosopografía militar (pp. 392-393), que permite establecer las áreas de reclutamiento preferente: Macedonia, Italia y Asia Menor.

También corresponde a un militar cristiano, un *vexillarius*, el epitafio de Constantza estudiado por M. Bărbulescu - A. Cîteia, «Une inscription funéraire chrétienne récemment découverte à Constantza», p. 439 ss., que dice así, siguiendo la traducción de los editores (p. 441): “*Iulius Atzeis vexillarius, en el lugar donde descansa mi esposa, la bienaventurada Bonosa y Titus se juntaron para levantar la tumba en su recuerdo; ha vivido 21 años, y...*”. La inscripción es datada en los siglos V-VI d.C. (p. 447).

En definitiva, una buena colecta de estudios sobre la Dacia (principalmente), variada, aunque centrada en aspectos religiosos, artísticos y sociales de la región, aunque sin renunciar otros ámbitos, extrapolados sólo en la medida que sirven para entender mejor los documentos arqueológicos o epigráficos del área danubiana, de la que, alguna de sus regiones o provincias fue romanizada tardíamente (como fue la Dacia, por Trajano) pero que toda la región se ubica en una zona de fuerte influencia griega y grecohablante. La mezcla de local, de lo griego y de lo latino se percibe bien, y conviven, en la zona —como ya percibió el profesor Silviu Sanie en sus numerosos estudios— y como podemos comprobar también ahora si valoramos en su conjunto los trabajos presentados en este libro de homenaje.

Sabino Perea Yébenes
Universidad de Murcia

Jaime ALVAR, *Romanising Oriental Gods: Myth Salvation and Ethics in the Cults of Cybeles, Isis and Mithras*, Leiden, Brill, 2008, 486 pp. + 30 figs. [ISBN: 978 90 04 132 931]

El profesor J. Alvar, desde hace años, venía trabajando en las Religiones Místicas. En el año 2001 publicó en la editorial Crítica, de Barcelona, *Los misterios. Religiones “orientales” en el Imperio Romano*, centrándose en los siguientes aspectos fundamentales: los sistemas de creencias en los misterios (los misterios egipcios, el mito de Cibeles, Atos, Mitra); sistemas de valores en los misterios (moral y culto frigios, ética isíaca y valores del mitraísmo); los sistemas rituales; los misterios y el cristianismo.

El libro que se reseña hoy, no es una puesta al día de este libro, sino un punto de partida.

1.- En la actualidad, los planteamientos de F. Cumont ya no los sigue nadie. Las razones son las siguientes:

- Los rituales místéricos sólo afectan a un número reducido de los cultos que él agrupa bajo el rótulo de Religiones Orientales.

- Las investigaciones de los últimos 30 años han puesto de manifiesto que, en su mayor parte, estos cultos son remodelados intensamente o refundados casi desde la nada cuando se expanden por el Mediterráneo: Isis es reinventada por Ptolomeo, Magna Mater recibe un culto renovado en la República Romana, el culto de Mitra es un invento romano de finales del s. I d.C. Por consiguiente, no son verdaderamente “Cultos Orientales”, pues no hay continuidad desde Oriente al Imperio Romano en sus contenidos religiosos.

- Ha habido un intenso debate sobre su consideración como religiones o como cultos, sin que haya acuerdo al respecto, pero la tendencia es, más bien, a no considerarlos como verdaderas religiones.

- La capacidad salvadora o salutífera, que permite la denominación, supuestamente análoga, de “cultos místéricos”, se ha puesto en entredicho y prácticamente se restringe a los tres a los que ha dedicado atención Alvar: Isis, Cibele y Mitra. Pero Cumont incluía también a Dionisio, que no es un dios oriental.

- Consecuencia de todo ello es que cuando se emplea el rótulo “Religiones Orientales” todos sabemos a qué nos estamos refiriendo, pero en realidad ignoramos qué cultos en concreto van a ser incorporados a él.

2.- Alvar ha tomado el toro por los cuernos, y tras un extenso debate con los autores precedentes propone, frente a las corrientes actuales, la posibilidad de agrupar de alguna manera ciertas corrientes religiosas en el Imperio Romano, que se presentan como alternativas al sistema cívico tradicional. Rompe con la tendencia actual de los estudios parcelados y monoculturales para buscar caracteres comunes.

3.- Indaga en sus contenidos doctrinales: la antropología religiosa de estos cultos, la relación con los dioses y las propuestas sobre la vida de ultratumba. A pesar de las diferencias que hay entre unos cultos y otros, concluye que poseen unas similitudes que los distinguen de los cultos tradicionales, y por tanto es legítimo hacer con ellos una agrupación que niegan otros muchos estudiosos.

4.- Además, por vez primera, estudia en profundidad los planteamientos éticos de cada uno de los cultos, de donde deriva la relación de los cultos con el sistema de cultura en el que se difunden, es decir, los valores postulados por Roma. De nuevo encuentra aquí caracteres similares.

5.- En tercer lugar, hace un análisis muy novedoso sobre los contenidos de sus rituales, a partir de los cuales ofrece un complejo estudio sobre los aspectos sociales de cada culto, la instrumentalización que de ellos hace el poder político, los beneficios que obtienen sus seguidores para incorporarse a ellos, las razones de su éxito, etc.

6.- A partir de ahí, logra penetrar en los aspectos psicológicos de la religión, gracias al estudio de la oración como mecanismo de relación con los dioses, para concluir que, en efecto, este conjunto de cultos proporciona unas nuevas dinámicas en ese sentido.

7.- Por último, afronta un asunto peliagudo, como es el de la pertenencia del cristianismo a este conjunto de experiencias religiosas. No aprecia profundas diferencias en sus contenidos, pero en lugar de perderse en el viejo debate de los préstamos, propone una original solución, que es del todo convincente y que demuestra

su hondo pensamiento histórico: no hay préstamos, sino comensalidad. Es decir, todos los cultos del momento se nutren del ambiente cultural en el que se desenvuelven, al mismo tiempo que se alimentan. De modo que cada culto busca cómo resolver las angustias suscitadas en los individuos para obtener una mejor posición en el control social.

El libro que nos ofrece Alvar es, no sólo un estudio sobre los cultos concretos que aborda, sino una verdadera teoría de la religión en la que ha venido reflexionando desde sus inicios como investigador y que ahora formaliza de forma brillante. No se deja arrastrar cómodamente por las corrientes dominantes en este momento, sino que las discute con argumentos y razones tan profundas, que su construcción resulta tremendamente sólida. Pero, al mismo tiempo, tampoco se conforma con la resurrección de viejas posiciones abandonadas sino que, con rigor e ingenio, ofrece un nuevo edificio, obra colosal que lo consagra como uno de los historiadores de las religiones más importantes del momento.

El primer capítulo se dedica a Religión, culto y misterio. El segundo, a dos sistemas de creencia (los cultos egipcios, el mito de Isis y Osiris, Serapis, el mito de Cibele y Attis).

El tercer capítulo trata los sistemas de valor, ética en los cultos frigios, ética isíaca y valores morales en el mitraísmo.

En el capítulo cuarto estudia los sistemas rituales, y en el quinto, los cultos orientales y el cristianismo.

Presenta el libro grandes novedades, siendo la mayor el planteamiento en el estudio de los cultos orientales.

José María Blázquez Martínez
Real Academia de la Historia

Carlos GARCÍA MAC GAW, *Le problème du baptême dans le schisme donatiste*, (Ausonius Scripta Antiqua 21), Pessac Cedex/Bordeaux Cedex, Ausonius/De Boccard, 2008, 328 pp. [ISBN: 9782356130020]

Siete años después de obtener la máxima calificación otorgada por el tribunal, la que fuera tesis doctoral de Carlos García Mac Gaw sale por fin a la luz en forma de publicación. En ella nos propone un estudio sobre la cuestión bautismal en el cisma donatista y en sus precedentes, un problema siempre complicado debido a la importancia del propio cisma y a lo complejo de la readmisión de sus miembros una vez acordada su reintegración en el seno de la Iglesia. Efectivamente, la readmisión de los cismáticos dentro de la Iglesia ortodoxa venía siendo, desde tiempo atrás, un problema que planteaba no pocos quebraderos de cabeza. De hecho, no llegó nunca a encontrarse una vía adecuada de integración para un movimiento cristiano que

defendía posiciones rigoristas inspiradas en la arraigada tradición martirial y apocalíptica norteafricana (vid. B. Kriegbaum, *Kirche der Traditoren oder Kirche der Märtyrer? Die Vorgeschichte der Donatismus*, Tyrolia, Innsbruck, 1986). En el norte de África, fue Cipriano de Cartago quien inauguraría el acuciante debate sobre esta cuestión a raíz de su enfrentamiento con la sede romana debido a una discrepancia en el modo en que debían ser readmitidos los *lapsi*, muestra elocuente de un problema que se prolongará hasta principios del siglo V y que llamará la atención, como no podía ser menos, de Agustín de Hipona.

El autor parte precisamente de ese punto para explicar el tratamiento de la cuestión bautismal desde Cipriano de Cartago hasta Agustín de Hipona, centrandó su atención en la influencia del primero sobre el segundo y en las peculiaridades propias dimanadas del cisma donatista (312/314 a 411/412). Para ello estudia detalladamente el tratamiento de la cuestión, su contexto y las fuentes principales, entre las que emergen Optato de Milevi y el propio Agustín de Hipona, del que destaca su *De baptismo libri VII*. Precisamente en esta obra toma la figura de Cipriano de Cartago como ejemplo y llave para entender un problema que contempla desde una óptica mediatizada por su animadversión hacia el donatismo, cisma religioso que el doctor de Hipona no puede disociar del violento movimiento circuncelión. Sin embargo, el estudio de las fuentes contemporáneas en relación con el asunto tratado no puede ser entendido sin el análisis detallado de las circunstancias que dieron origen al cisma, aspecto que de modo acertado supone buena parte de la reflexión que hace García Mac Gaw en su obra y que se configura como un punto determinante para comprender sus conclusiones. La gravedad de la escisión producida en la iglesia norteafricana sería de tal calibre que paulatinamente comenzó a configurarse en la mayoría de las ciudades una especie de doble clero. Es decir, en fechas incluso muy tempranas después del llamado Edicto de Milán, se constata la existencia de comunidades cristianas con un obispo y sacerdotes católicos frente a otras que contaban con su propio obispo y clero donatistas. A veces, como en los casos de Numidia y Mauritania Sitifiense, el donatismo fue dominante, llegando a tal extremo que en algunas ciudades ni siquiera hubo obispo católico (vid. F. Decret, *Le christianisme en Afrique du Nord ancienne*, Éditions du Seuil, Paris, 1996, pp. 141-144).

Las presiones de los *lapsi* para ser readmitidos en el seno de la Iglesia ortodoxa tras las persecuciones, la relevancia de los mecanismos políticos puestos en marcha para lograr la solución del problema, el protagonismo de Cipriano de Cartago en lo concerniente a la gestión de la controversia y su constatación a través de su discurso teológico están amplia y convenientemente tratados en los primeros capítulos de la obra. El autor considera asimismo que la figura del obispo de Cartago y sus cartas son esenciales para estudiar el tratamiento del conflicto en sus primeros estadios y además que ambos posteriormente serán la fuente principal en la que Agustín de Hipona se inspire para componer sus escritos antidonatistas relativos a la cuestión bautismal. Sin embargo, no puede pasarse por alto el hecho de que, en un momento determinado, el enfrentamiento bautismal entre donatistas y católicos cedió en las

páginas de Agustín una buena parte de su terreno a la enrevesada discusión sobre el bautismo en edad infantil. Sobre este particular, habría sido de gran utilidad para el autor haber consultado trabajos como los de J.-C. Didier, “Saint Augustin et le batême des enfants”, *Revue des Études Augustiniennes*, 2, 1956, pp. 109-129; R. de Latte, “Saint Augustin et le baptême: Étude liturgico-historique du rituel baptismal des enfants chez Saint Augustine”, *Questions Liturgiques*, 57, 1976, pp. 41-55; J. M. Rist, *Augustine. Ancient Thought Baptized*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994; P. Cramer, *Baptism and Change in the Early Middle Ages, c. 200-c. 1150*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993; ó D. F. Wright, “Augustine and the Transformation of Baptism”, en A. Kreider (ed.), *The Origins of Christendom in the West*, T & T Clark, Edinburgh/New York, 2001, esp. pp. 297-299.

Al examen de las cartas de Cipriano se une el de otras dos obras suyas que son esenciales para entender el inicio de conflicto y su problemático tratamiento en las sedes de Roma y Cartago: *De lapsis* y *De catholicae ecclesiae unitate*. Ambas obras son fundamentales en tanto que en ellas el autor estudia su diferente desarrollo como consecuencia de la apuesta ciprianea por el “rebautismo” de los herejes y cismáticos mientras que, según lo estipulado en Roma, bastaba con una imposición de manos para readmitirlos en la comunidad. En la sede romana, la muerte del obispo Cornelio afectó de modo evidente a las relaciones con Cartago debido al fuerte antagonismo surgido entre el nuevo obispo Esteban y Cipriano a raíz del problema del bautismo. El autor estudia los antecedentes y se retrotrae al *De baptismo* tertuliano para localizar posibles influencias en el pensamiento de Cipriano que serán de nuevo retomadas en el análisis agustiniano del problema, consiguiendo mostrar un panorama sugerente y acertado en el que se cuestiona hasta qué punto la intromisión del Estado en los asuntos eclesiásticos y la competencia entre diferentes sedes episcopales podía exacerbar problemas locales dándoles una magnitud abiertamente política. No obstante, habría sido aconsejable que, en su acercamiento a los orígenes del problema, el autor hubiese tenido presente el trabajo, por otro lado ya clásico, de L. Campeau, “L’origine de la querelle baptismale”, *Science et Spirit*, 21, 1969, pp. 329-356 y 22, 1970, pp. 14-48.

En la segunda parte de la obra, Carlos García Mac Gaw se centra en el estudio de la cuestión a finales del siglo IV, periodo en el que, tras la muerte de Teodosio, Estilicón tiene que enfrentarse a diversos levantamientos en el norte de África en los que se adivina la mano del cisma asociado con las elites aristocráticas de la zona. La situación de la Iglesia se expone de modo sistemático en tres bloques: desde la aparición del cisma hasta Optato de Milevi, respecto de su relación con la sede romana y con el poder y sus principales titulares entre los que se encuentra la figura de Ambrosio de Milán y el grupo milanés al que se vinculó estrechamente el futuro obispo de Hipona.

Tras el estudio, breve pero riguroso, de la obra de Optato de Milevi, el autor aborda definitivamente el análisis del *De baptismo libri VII* de Agustín de Hipona, obviando estudios formales y cuestiones estilísticas que, desde su perspectiva,

resultarían superfluas para centrarse propiamente en el contenido de la obra, lo que a veces se ha traducido en imprecisiones o generalizaciones de difícil justificación en una investigación de este tipo. Éste sería el caso, por ejemplo, de la espinosa cuestión de la datación de este tratado, fuente principal de la presente indagación histórica. Resulta, en este sentido, muy decepcionante comprobar cómo se elude el análisis de las implicaciones literarias e históricas relacionadas con esta importante cuestión apuntando simplemente que fue una obra redactada en algún momento entre los años 400 y 405 (p. 241). Aunque tradicionalmente este escrito se solía fechar en el año 400/401, los resultados fiables de las últimas investigaciones lo llevan hasta el año 405 como muy pronto (*vid.* A. Schindler, en C. Mayer, ed., *Augustinus-Lexikon*, Schwabe & Co., Basel, 1986-1994, vol. I, p. 574 y F. Dolbeau, *Augustin d'Hippone. Vingt-Six sermons au peuple d'Afrique*, Études Augustiniennes, Paris, 1996, p. 359). Incluso autores como Agustín, sobre los que tanto se ha escrito, no se libran aún de revisiones puntuales relativas a aspectos cruciales en su cronología (*vid.*, por ejemplo, la reciente corrección de la fecha de su ordenación sacerdotal en F. Navarro Coma, "Algunas consideraciones a tener en cuenta en torno a la cronología de la ordenación sacerdotal de Agustín", *Pyrenae*, 36, 2005, pp. 117-128).

Debido a la intertextualidad, la figura de Cipriano de Cartago es, una vez más, traída a colación como clave para comprender el tratamiento, tanto de la cuestión bautismal en el cisma donatista, como su desarrollo agustiniano. He aquí, en mi opinión, donde radica el valor fundamental de la obra de García Mac Gaw: en la consideración de la obra y la actividad de Cipriano y en el tratamiento de las herramientas que el obispo de Cartago puso a disposición de todos aquellos, contemporáneos o no, que de un modo u otro quisieron comprender la convulsa y delicada situación de la Iglesia norteafricana. Por ello, dedica un capítulo completo al estudio exhaustivo del tratamiento que hace Agustín de Hipona de la figura de Cipriano de Cartago en su obra sobre el bautismo en la que replica, en cierta forma, a Parmeniano (*cfr. Retrac.*, II, 18) aprovechando al mismo tiempo para resolver las inquietudes que su comunidad albergaba respecto al bautismo, de los denominados herejes (*Aug. De bap.*, I, 1, 1), pues, en palabras del propio Agustín, la investigación tiene como objeto desmontar las prácticas donatistas a través del magisterio de Cipriano (*ibid.*). Si tenemos en cuenta que la obra agustiniana se divide en siete libros, de los cuales sólo uno se dedica a la cuestión bautismal y el resto (desde *De bap.*, I, 18, 27 en adelante) al magisterio cipriano, el interés del autor por desentrañar el significado último de la figura y de la obra de Cipriano de Cartago parece evidente. Por ello mismo, el tratamiento del tema en este padre africano del siglo III habría exigido quizás un estudio más profundo desde la perspectiva de la historiografía actual. Lástima que García Mac Gaw no se haya beneficiado de trabajos especializados como los de J. P. Burns, "On Rebaptism: Social Organization in the Third Century Church", *Journal of Early Christian Studies*, 1, 1993, pp. 367-403 ó J. Jayakiran Sebastian, *Baptisma unum in sancta ecclesia. A Theological Appraisal of the Baptismal Controversy in the Work and Writings of Ciprian of Carthage*,

Verlag an der Lottbek (Wissenschaftliche Beitrage aus Europaischen Hochschulen), Hamburg, 1997.

El estudio cuidadoso de las fuentes y, en particular, el seguimiento de los problemas religiosos derivados de las actuaciones políticas confluye en una reflexión acerca del valor del cisma y de la herejía como indicadores fiables de la tensión social y política. Carlos García Mac Gaw propone una serie de conclusiones de gran interés acerca de la relación entre la ingerencia del Estado en los procesos y en las áreas propias de la religión, que reacciona decididamente no contra la unidad imperial en forma de revuelta local sino como reivindicación de una separación explícita y efectiva de competencias en forma de un movimiento coherente e institucionalizado. Aunque pertinente, la bibliografía es a todas luces insuficiente, pues el autor desconoce algunos trabajos que, por su relevancia y aportaciones historiográficas (susceptibles, sin duda, de hacer cambiar o perfilar algunos de sus planteamientos), debían haberse tenido en cuenta (algunos de los cuales ya han sido citados en la presente recensión).

Almudena Alba López
Universidad Complutense de Madrid

Francisco MARCO SIMÓN – Francisco PINA POLO – José REMESAL RODRÍGUEZ (eds.), *“Formae mortis”: el tránsito de la vida a la muerte en las sociedades antiguas*, Col·lecció Instrumenta 30, Barcelona, Universidad de Barcelona, 304 pp. [ISBN: 978-84-475-3352-7]

Esta obra contiene las actas de las ponencias presentadas al IV Coloquio Internacional de Historia Antigua Universidad de Zaragoza, celebrado los días 4 y 5 de junio de 2007.

El tema que se eligió para el coloquio fue *“Formae Mortis: El tránsito de la vida a la muerte en las sociedades antiguas”*. Su finalidad era el describir y dar a conocer las diversas modalidades, intenciones o representaciones de esa transición de la vida y la muerte, partiendo de un presupuesto metodológico: el de considerar la muerte como un proceso, como un espacio/tiempo de liminalidad, más que como un suceso.

En la Hélade, primero. Ana Iriarte contribuyó con su estudio sobre la muerte de parto (de la madre que da a luz al futuro hoplita) como ideal femenino de *Kalós thanatos* comparable a la *belle mort* del guerrero defendiendo los ideales politanos en campo de batalla. Estas dos formas de morir conducen a un mismo tipo de reconocimiento: permanecer en la memoria colectiva. Esta ponencia tiene con otras dos las de Francisco Pina y Anne Kolb un denominador común: la *forma mortis* como expresión que da sentido a toda una vida. F. Pina abordó la importancia del *funus* aristocrático como elemento que posibilita la fusión de la memoria privada y pública, o el paso de la vida a la historia. En la República romana mediante una victoria

sobre la muerte lograda a través de una dramatización de la memoria que actualiza el *mos maiorum* y ritualiza la integración social. Kolb, por su parte, revisó las formas de morir de los buenos y malos emperadores como expresión cristalizada de su vida entera, ordenando los ingredientes de una representación literaria de la muerte que sigue los paradigmas establecidos tradicionalmente en la literatura grecolatina.

Otras dos ponencias se ocuparon de cuestiones relacionadas con el mundo de los soldados. Patricia Baker, frente a la idea de un tratamiento médico uniforme en las unidades militares, subraya la importancia de unas diferencias identitarias con visiones incluso contradictorias del soldado sobre su propio cuerpo o sobre los remedios para paliar su debilidad, dentro del paradigma dominante del valor muy superior de la muerte en campo de batalla sobre la de la enfermedad. Por su parte Sabino Perea estudia las inscripciones de los soldados muertos en combate, subrayando como, a diferencia de Grecia, los romanos no levantaron monumentos o estelas colectivas con los nombres de sus caídos en guerra, y cómo los epígrafes a estos soldados son en realidad cenotafios individuales en los que se omite cualquier imagen o circunstancia de dicho final. Por el contrario, la estela de Aurelius Bitus, de Aquincum, exhibe dos imágenes del difunto que traducen el tránsito experimentado por éste desde su virtuosa condición militar en vida a un estado de heroización.

Con la famosa erupción del Vesubio del año 79 se han realizado dos contribuciones. María Paola Guidobaldi trata el hallazgo de tres centenares de individuos en Herculano y de los estudios interdisciplinares llevados a cabo sobre sus restos, invalidando la tesis tradicional que defendía que los moradores hubieran tenido tiempo de evacuar la ciudad. En la segunda de estas contribuciones, Francisco Beltrán, a partir de la carta a Tácito de Plinio el Joven sobre la muerte de su tío, revisa la tesis que ha postulado la tendenciosidad de un texto fabricado para suministrar a Plinio el Viejo una *Pulcra mors*, defendiendo la veracidad de las razones invocadas como móviles del viaje del naturalista a Estabias: su curiosidad científica y su afán humanitario.

Una visión burocrática de la muerte es la que contienen las declaraciones de defunción en el Egipto romano analizadas por Carlos Sánchez- Moreno, que destaca la obligatoriedad de dicha institución así como su gran relevancia histórica por carecerse de documentación comparable en otras partes del Imperio romano. Por otra parte, Ramón Teja, partiendo sobre la base del caso de la joven mártir Eulalia de Mérida, analiza la documentación existente sobre la *spontanea mors* y el suicidio voluntario entre los antiguos cristianos, destacando la existencia de diversas e incluso contradictorias corrientes en la patrística acerca de su conveniencia ideal y de su defensa.

Respecto al mundo penumbroso y oscuro de las prácticas mágicas tienen que ver las aportaciones de Francisco Marco y de Silvia Alfayé. El primer autor analiza las tablillas de execración (*defixiones*) que contiene, a través de modos diversos de analogía persuasiva, encantamientos o peticiones a los dioses infernales para provo-

car la muerte efectiva a otras personas, mientras que la segunda autora trata el problema de las diversas prácticas atestiguadas arqueológicamente y en relación con informaciones del Pseudo- Quintiliano de inmovilización de muertos potencialmente peligrosos por haber fallecido prematura o violentamente, o por haber sido socialmente marginados.

Por último mencionar las imágenes del tránsito de la vida a la muerte que fueron el objeto de dos contribuciones. En la primera de ellas, Gabriel Sopena indaga una paradoja: el protagonismo de la muerte en las obras literarias y en los *carmina epigraphica* no se ve correspondido en absoluto en el horizonte de la iconografía, que presenta en el mundo romano a diferencia de lo que sucede en el mundo griego a través de la figura de *Thanatos*. La imagen de *Mors* es tan aterradora que la simple idea de representarla plásticamente, parece insoportable a la cultura romana, y su elusión se entiende como una estrategia destinada a bloquear su intromisión en el presente histórico. Por ello se apela a diversos elementos para expresar literaria e iconográficamente determinados idearios relacionados con la muerte: así sucede, como analiza Joan Gómez Pallarés, con el símbolo de las cuatro estaciones, utilizado como expresión de las *mortes immatura*e de aquellos que no pudieron desarrollar normalmente sus capacidades vitales, pero también como vehículo del deseo de expresar la “inmortalidad” del difunto, al menos a través de la perpetuación de su memoria.

Mariana Hueso Rodríguez
Universidad Complutense de Madrid

Juan Antonio JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *La cruz y la escena. Cristianismo y espectáculos durante la Antigüedad Tardía*, Monografías de Humanidades 15, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2006, 189 pp., 9 fig. [ISBN: 84-8138-727-4]

La cristianización de los juegos romanos ha despertado un vivo interés de la historiografía en los últimos veinte años, como demuestran el fundamental estudio de D.R. French (*Christian Emperors and Pagan Spectacles. The Secularization of the ludi, A.D. 382-525*, Berkeley 1985) y el más reciente de R.Fr. De Voe (*The Christians and the Games. The Relationship between Christianity and the Roman Games from the First through the Fifth Centuries A.D.*, Lubbock 1987), amén de numerosos artículos más específicos e incluso de la celebración de distintos congresos al respecto. En este sentido, el libro reseñado sigue la estela de sus predecesores aportando todavía la indispensable producción científica posterior al tiempo que matiza o discute algunos lugares comunes de este aspecto del mundo romano tardío.

Tras una breve introducción en que se ofrece una visión del mundo del espectáculo en la Roma de la Antigüedad Tardía, el libro se estructura en seis capítulos que, conceptualmente, se dividen en dos partes enlazadas por un eje central. Así, la primera parte (capítulos 1 y 2) aborda el *corpus* jurídico eclesiástico y civil referente a la consideración religiosa del oficio lúdico mientras que la segunda parte (capítulos 4 a 6) se centra en los casos conocidos de profesionales de los distintos ámbitos de la farándula romana que se convirtieron al cristianismo; entre ambas partes, y a modo de bisagra, el capítulo 3 analiza los factores ideológicos que motivaron –y determinaron– dichas conversiones. Además, el libro dispone de unos siempre útiles índices y sus casi treinta páginas de fuentes y de bibliografía garantizan la profundidad de su estudio en todas sus vertientes.

El capítulo 1 recoge la opinión de la Iglesia respecto a los espectáculos desde las primeras menciones en la literatura patristica hasta la legislación conciliar producida entre los siglos IV y V. Por cuanto atañe a las citas de los Padres, destaca en primer lugar la referencia al opúsculo *De spectaculis* del apologeta africano Tertuliano, precoz testimonio de las reticencias cristianas a los juegos a causa de su origen y su significado pagano, aunque, a inicios del siglo II, su contenido religioso ya se había diluido considerablemente en favor de la dimensión meramente lúdica del acto; sin embargo, la sola presencia de los fieles en estos tan frecuentes acontecimientos de la vida romana les exponía a incurrir en un grave delito de idolatría. También de África proviene el segundo documento analizado: una epístola del obispo Cipriano de Cartago a su colega de Tina, Eucracio, en *ca.* 256, la *Ep.* 2. En dicha carta, el prelado cartaginés responde a una previa consulta en que se trataba el caso de un histrión convertido a la fe del Galileo y que, a pesar de haber abandonado las tablas, seguía instruyendo a futuros actores. Con una sentencia destinada a sentar un precedente en el pensamiento cristiano, Cipriano establece la renuncia absoluta al mundo del espectáculo para aquellos de sus profesionales que desearan seguir el camino de Cristo. Que todavía se recordaba –y observaba– la normativa de Cipriano se puede colegir a partir del *De fide et operibus* de Agustín de Hipona, escrito siglo y medio después.

Al respecto del obispo de la capital africana, el autor añade un nuevo factor a la dificultad de conversión de histriones y otros oficiantes del entretenimiento romano: la penuria económica que debía afrontar cualquiera de éstos que abandonara su profesión, una pobreza que Cipriano aconseja superar merced a las instituciones caritativas dependientes del patrimonio eclesiástico siempre y cuando la conversión fuera sincera. Y aunque esta valoración no es tenida en cuenta por los estudiosos –en buena medida a causa del escaso conocimiento de los bienes patrimoniales de la Iglesia primitiva–, el testimonio cipriano parece ratificar sin paliativos su existencia en la iglesia africana a mediados del siglo III.

A continuación, encontramos reseñados la totalidad de los cánones eclesiásticos que versan sobre esta problemática, los cuales, en su mayoría, siguen los dictados ciprianeos expuestos anteriormente al tiempo que permiten observar la evolución de la postura eclesiástica sobre los espectáculos como consecuencia de la progresiva cristianización del Imperio. Estos cánones pueden dividirse en dos grupos: los resultantes de las decisiones de auténticos concilios y los derivados de compilaciones tardías de datación y autoría de compleja dilucidación. Dentro del primer grupo, se engloban los concilios de Arlés (314), de Hipona (393) y de Cartago (397 y 401), así como los cánones atribuidos secularmente a los supuestos sínodos conocidos como “concilio de Elvira” y “segundo concilio de Arlés”, cuya realidad aún se discute; en el segundo, hallamos textos tan diversos como la *Traditio apostolica*, los *Canones Hyppoliti*, las *Constitutiones apostolorum*, el *Testamentum Domini* o la *Breuiatio canonum*. Del análisis de estas normativas y de su interrelación, destaca la reflexión que el autor hace del canon 3 del concilio de Arlés y de la expresión *de his qui arma proiciunt in pace*, que la historiografía asignaba tradicionalmente a los desertores y que los estudios actuales raramente atribuyen a los gladiadores o incluso al común de los profesionales lúdicos.

El capítulo 2 analiza la evolución de la legislación civil romana referente a los profesionales del espectáculo, una legislación sujeta tanto al dilema entre la heredabilidad de los oficios –también y acaso especialmente los lúdicos– y la progresiva cristianización del Estado como a la necesidad de mantener el cuantioso número de *ludi* celebrados en la Roma tardoantigua, aspectos en los que el autor matiza las conclusiones de R.Fr. De Voe y Chr. Hugoniot (“De l’infamie à la contrainte. Évolution de la condition sociale des comédiens sous l’Empire romain”, en Chr. Hugoniot–Fr. Hurllet–S. Milanezi (eds.), *Le statut d’acteur dans l’Antiquité grecque et romaine. Actes du colloque* (Tours, 3-4 mai 2002), Tours 2004, 213-240). Y si las leyes de Valentiniano I y Graciano nos describen una primera fase de esta diatriba, las de Honorio representan su final mediante la secularización de los juegos efectuada junto con su hermano Arcadio en el 395, aunque, en todas estas normativas, apreciamos una observancia general de los preceptos morales cristianos por parte de los legisladores civiles. Tomando en cuenta la persistente visión peyorativa del fenómeno por parte de algunos eclesiásticos y la variación de la política legislativa documentada en el *Codex Theodosianus* y en el *Codex Iustinianus*, resulta evidente que continuaron las tensiones entre Iglesia y Estado acerca de la conversión de actores o de aurigas, pero no es menos cierto que la legislación de Honorio influyó decisivamente en la revitalización de los espectáculos y en la inclusión de sus profesionales en la nueva sociedad cristiana, en especial, en el Occidente romano venidero.

Precisamente la aportación fundamental del autor en este apartado es la nueva interpretación del *C.Th.* XV, 7, 13 (414), relativa a la obligación de las

actrices a continuar en la escena y acorde con la difícil situación de la *pars Occidentis* a principios del siglo V, la cual motivó que Honorio adoptara una política de *panem et circenses* destinada a hacer olvidar al pueblo los pesares de su tiempo. Dicha conjetura parece ratificarse por el hecho de que el destinatario de la ley, Diogeniano, ostentara el cargo de *tribunus uoluptatum*, cargo que no se había documentado anteriormente y cuyo título en el *Codex Theodosianus* lamentablemente se ha perdido. Esta teoría contradice y anula la anterior hipótesis de D.R. French, quien supone que la oficialización del catolicismo como religión de Estado liberaría a las actrices –y verosímelmente al común de los profesionales lúdicos– de la carga idolátrica de su oficio, hipótesis que conciliaría la legislación civil con los cánones eclesiásticos y que, por extensión, haría innecesaria la posterior ley de Honorio. Finalmente, el *C. Iust.* I, 4, 14, 1 (457-474) emitido por León I decretó que ninguna mujer fuera obligada a actuar en los escenarios, por lo que la legislación anterior quedaba superada.

Sin embargo, la mácula de la infamia todavía recaía sobre actores y actrices en tanto que individuos moralmente degenerados, y de este modo, para preservar la salud pública, diversos emperadores –desde Augusto hasta Marco Aurelio y de Constantino I a Marciano– prohibieron el matrimonio entre profesionales del espectáculo y miembros encumbrados de la sociedad, así como la capacidad testamentaria derivada de tal unión. Esta interdicción se mantuvo hasta que el *C. Iust.* V, 4, 23 (520/523) de Justino I permitió –incluso retroactivamente– tales uniones mediante la solicitud de un rescripto imperial por parte de los contrayentes, una ley que debe relacionarse con las nupcias de la actriz Teodora con el sobrino del emperador, Justiniano. Y cuando éste llegó a la púrpura –ya acaso influido por su esposa–, todavía promulgó otra ley, el *C. Iust.* I, 4, 33 (534), en que ya ni siquiera se hacía necesaria la dispensa de la cancellería.

El capítulo 3 trata de los factores que motivaron la conversión de los profesionales de los *ludi*, que el autor divide en dos: los relacionados con la época y los vinculados al oficio. En cuanto a los primeros, destacan los religiosos –la persecución o la tolerancia del cristianismo– y los jurídicos –las distintas leyes examinadas anteriormente–, mientras que, en referencia a los segundos, cabe mencionar la peligrosidad del oficio –en especial de los aurigas– y la profunda superstición arraigada en este gremio. En suma, todos estos factores apuntan a las muy diversas casuísticas que originarían cada conversión particular y que abarcan desde la sincera asunción de la religión de Cristo a la picaresca que permitía eludir la obligatoriedad hereditaria de un trabajo todavía estigmatizado por la sociedad romana. Además, la progresiva cristianización del Imperio incrementaría la presión moral sobre actores, aurigas, arenarios y otros participantes en los espectáculos de tal modo que algunos de ellos incluso protago-

nizaron relatos hagiográficos en los cuales sus heroicas conversiones debían servir de *exempla* a sus colegas y favorecer la expansión de la fe cristiana.

Los tres capítulos siguientes analizan los ejemplos conocidos de profesionales lúdicos cristianos, ya pertenezcan al ámbito del circo (capítulo 4), del teatro (capítulo 5) o de la arena (capítulo 6). Como quiera que a este último grupo, gladiadores y atletas, no se le dedica más de tres páginas a causa de la falta de testimonios sobre su conversión –a pesar de un par de vagas citas de Agustín relativas a *uenatores* y acaso influidas por la *Traditio apostolica*–, nos centraremos en el comentario de la cristianización de aurigas y actores.

Al respecto del sector circense, debe decirse que tan sólo los aurigas encuentran representación entre los conversos al culto del Galileo, y si su nueva fe ha llegado hasta nosotros ha sido exclusivamente a través de la epigrafía, hecho que dificulta a menudo afirmar con seguridad su cambio de adscripción religiosa basándonos únicamente en el formulario funerario. Así, comprobamos que, si existen indicios que hacen vacilar la cristiandad de Úrbico Rómulo, no hay demasiadas dudas acerca de la de Acacio, Eutimio o Sabiniano, un auriga que, a pesar de un complejo contexto arqueológico y una datación muy amplia, bien pudo ser enterrado *ad sanctos*. En este punto, el autor contradice las opiniones de J. Arce (“*Ludi circenses en Hispania en la Antigüedad Tardía*”, en *El circo en Hispania romana*, Madrid 2001, 273-283), quien interpreta el oficio de Sabiniano como metáfora cristiana agonística, si bien, en los casos conocidos, el epíteto *auriga* aparece siempre acompañado por *Dei* o *Christi* como binomio indisoluble, algo que no ocurre en la *lauda* del emeritense. Mención aparte merece el caso del célebre Líber: en primer lugar, porque no debemos nuestro conocimiento a un epígrafe sino a un vaso vítreo hoy perdido inscrito en la tumba del *fossor* romano Diógenes; en segundo, porque, como se expone en el libro reseñado, no resulta tan evidente la fe cristiana del auriga que proponía A. Ferrua (“Liber l’auriga del circo”, *CCat* 98, 2, 1947, 438-447), así como tampoco la identificación con un *agitator* homónimo citado en un par de inscripciones del siglo IV.

Por cuanto concierne al teatro, contamos con catorce ejemplos de mimos y pantomimos conversos que se reparten de la siguiente manera: cinco casos presentes en fuentes históricas y epigráficas coetáneas y nueve en relatos hagiográficos, no siempre tan cercanos en el tiempo y sujetos a la literacidad inherente a este género, a menudo problemática a la hora de establecer los datos. Los ejemplos históricos se dividen a su vez en actores que abandonan su oficio para dedicarse a la vida religio-sa y en aquellos que continúan con su labor, mientras que los legendarios distinguen entre los *scaenici* que abrazaron el ascetismo y los que sufrieron martirio.

En este primer grupo, Tuto y Cardamato se documentan gracias a la correspondencia del Pseudo Sulpicio Severo y de Paulino de Nola, respectivamente, y ambos se integraron de tal manera en sus correspondientes comunidades

eclesiásticas que Cardamato llegó a ejercer de portador de las cartas del obispo campano enviadas a Aquitania e incluso a ser ordenado exorcista. En el segundo grupo, destacan las figuras de Másculas y Vital: el primero se enfrentó al rey vándalo Genserico por defender su catolicismo y casi pierde la vida en el lance, con lo que se erigió en un símbolo para los romanos de África como muestra el relato de Víctor de Vita; el segundo, conocido por el *carmen* de una lápida hallada en la basílica romana de San Sebastián, podría constituir un paralelo con el caso de Sabiniano y haber sido también enterrado *ad sanctos*. Cabe destacar que todos los mimos cristianos en activo citados pueden datarse con posterioridad al 414, hecho que explicaría su continuidad sobre las tablas según la hipótesis del autor acerca de la constitución de Honorio.

Acerca de los ejemplos hagiográficos, es evidente que su carácter legendario in-fluye en la consideración de la información que puedan proporcionar, pero ello no debe ser óbice para extraer conceptos interesantes y válidos para estudiar el fenómeno de la conversión de las gentes de la farándula. Como es habitual en este género, los relatos repiten argumentos y personajes con algunas diferencias particulares que individualizan la *passio* o *uita*: individuos renombrados por su vida disoluta y su buen hacer en el teatro se convierten de un modo milagroso –a menudo durante una parodia del cristianismo o, más excepcionalmente, merced a la intercesión de un eclesiástico–, venden sus bienes para repartirlos entre los necesitados y abrazan el ascetismo o bien mueren a manos de los perseguidores de Cristo. De este modo, se origina un *topos* común a las conversiones de mimos, especialmente en Oriente, lugar de donde procede la mayoría de estos ejemplos: de nueve casos documentados, tan sólo uno, el de Genesio, tiene un origen occidental, aunque resulte bastante obvio que la pasión por el teatro estaba mucho más arraigada en la parte helena del Imperio. En este capítulo, destaca la revisión de dos casos relevantes, Pelagia y Genesio, ejemplos de dos tipologías distintas de actor convertido, del asceta y del mártir, respectivamente, y también representantes de ambas *partes Imperii*.

En conclusión, nos hallamos ante una buena síntesis actualizada de la cristianización de los *ludi* romanos que nos aporta interesantes y agudas matizaciones y cuya amena lectura facilita la asimilación de los numerosos datos recogidos. Sobre toda la obra planea, además, el efecto de la contribución más destacada del autor, la ya citada interpretación de la ley de Honorio del 414, mediante la cual resulta posible arrojar nueva luz sobre algunos puntos oscuros del proceso histórico y mental analizado al tiempo que proporciona una explicación jurídica convincente. También es mérito del autor la clasificación de los profesionales del circo y del teatro en función de su nueva vida religiosa –sean éstos mártires, ascetas o eclesiásticos–, una organización novedosa que ayuda a comprender mejor el fenómeno que supuso su conversión y a valorar su zalcance en el contexto de una sociedad romana tardoantigua que no veía

demasiadas contradicciones en ejercer el ocio y en asumir la fe de de Cristo simultáneamente, y que incluso vaciaba las iglesias para llenar los circos.

Pere Maymó i Capdevilla
GRAT – Universitat de Barcelona

Ricardo OLMOS – Paloma CABRERA – Santiago MONTERO (coords.), *Paraíso cerrado, jardín abierto. El reino vegetal en el imaginario del Mediterráneo*, Madrid, Polifemo, 2005, 340 pp. [ISBN: 84-86547-78-4]

Olmos, Cabrera y Montero coordinan una obra compuesta por quince aportaciones de diferentes autores que abordan aspectos del *Regnum Vegetabile* a lo largo de la Historia.

El volumen se abre con la Naturaleza y la multiplicidad de sus representaciones mentales en la Antigüedad, el reino vegetal y el concepto aristotélico de *Physis*. Un proceso de generaciones que se extiende y desarrolla del mismo modo que el conocimiento transmitido mediante prácticas, costumbres y leyes que no son, en ningún caso, una mera repetición de técnicas sino una forma de aprehender el conocimiento heredado. El herbario más antiguo conocido forma parte de una obra más amplia escrita en lengua sumeria y acadia cuya finalidad última es la descripción de todos los elementos de la Naturaleza y los objetos del mundo físico. Redactado en escritura cuneiforme desde principios III milenio destacan entradas de plantas medicinales como la uru.anna. A partir de esta valiosa fuente Böck expone la concepción de la Naturaleza en Mesopotamia y, especialmente de la triada vegetal configurada por la palmera, la soporaria y el tamarisco, empleadas en rituales salutíferos. Los egipcios optaron por el reino vegetal como modelo para representar la Naturaleza, tal y como puede percibirse en los elementos arquitectónicos. Encontramos además, representaciones de jardines en tumbas, como la tumba de Semfer hacia el año 1420 a.C. y elementos vegetales como la mandrágora y la flor de loto, de hecho, señala Galán, uno de los términos egipcios para referirse a la flor era /ankh/, la misma palabra que denota «vida», de este modo ofrecer flores era expresar el deseo de vivir, otorgar vida. Márquez Rowe ofrece su propia traducción del hebreo, acercándonos al árbol bíblico de la Conciencia señalando el sentido metafórico del jardín bíblico constando, a partir de los frescos de la sinagoga de Duran Europos a orillas del Eúfrates y la propia composición del Génesis, la ausencia de culpa moral por parte del ser humano.

Otros artículos optan por el ámbito griego. La piedra y el árbol, en los primeros versos de la *Teogonía* de Hesíodo y algunas referencias al «Ciclo de Baal» de la literatura Ugarítica del siglo XIX a.C., sirven a López para adentrarnos en algunos de los elementos religiosos presentes en dichas obras. Moreno estudia la flor y los ritos de infancia en la antigua Grecia, la importancia de las leyendas de Jacinto

Crocus y Narciso, y de festividades como las Amphidromía, en las que el padre reconocía públicamente al hijo que recibía entonces un nombre. Cabrera nos aproxima a Eros como regulador de *Physis* expresado en algunas representaciones iconográficas como la flor de siete pétalos que simboliza la fuerza de la vida.

Montero nos ofrece un estudio de los Libros etruscos de adivinación: *libri aruspinales*, *libri fulgurales* y *libri rituales*. Recopilados y traducidos al latín fueron conocidos como *Etrusca Disciplina*, el estudio nos revela prácticas adivinatorias de los arúspices a partir de la observación de la vida en los árboles. Delgado habla de la ritualización del reino vegetal analizando la presencia de ciertos vegetales en algunas de los rituales de la religión romana. La arboricultura está íntimamente ligada al orden del mundo, así lo ponen de manifiesto técnicas como el injerto que era percibida desde la perspectiva romana como una forma de educar a la Naturaleza, expone Segarra sirviéndose de autores como Plinio, Propertio y Virgilio sin obviar referencias bíblicas y la tradición de la arboricultura posterior. Lozano profundiza en un estudio sobre el cáñamo y el sufismo, preguntándose por el sentido su uso ritual entre los miembros de la orden Qalandaiyya. Una orden creada en el siglo XI, modelo de la corriente más heterodoxa del misticismo islámico con cierta influencia del budismo mahayana y Sangha.

Las últimas aportaciones de la obra conjunta brindan una perspectiva acerca de diferentes cuestiones. Los jardines de la España Barroca, donde Rey nos ofrece el conocimiento acumulado a lo largo de los siglos desde la Antigüedad Clásica al jardín hermético.

El mito de Arcadia, la idealización de la Naturaleza, el racionalismo y las investigaciones históricas son expuestas por Cardete. La relación entre palabras y plantas, la complicada labor de nombrar y clasificar es abordada con seriedad por Pimentel describiendo la tarea de Cesalpino (1519-1603), Pitton de Tournefort (1656-1708) y, por supuesto, Karl Linnaeus (1707-1778). Manuel Pardo de Santayana y Ramón Morales cierran el volumen con un estudio sobre plantas protectoras, rituales y prácticas salutíferas heredadas desde la Antigüedad.

Juan Manuel Orgaz
Universidad de Murcia

Giuseppina GRAMATICO – Antonio ARBEA (eds.), *El ascenso. Pegaso o las alas del alma*, Chile, Centro de Estudios Clásicos Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 2001, 320 pp. [ISBN: 956-7062-01-2]

La obra tiene por objetivo el análisis del mito del ascenso en la literatura griega, una meditación sobre el itinerario del hombre hacia lo divino, meta última del ascenso visto a través del prisma del mito. Veintidós autores plantean sus propuestas desde la Filosofía, la Estética, la Historia, la literatura y el ámbito mítico. Desta-

ca la breve intervención de Antonio Alvar a propósito de la traducción de textos poéticos y, en concreto, el canto VI de la *Eneida* de Virgilio. En el ámbito literario se incluyen diferentes estudios, desde alguna de las obras de Thomas Mann a obras clásicas de la literatura y otras formas de creación que exceden el ámbito literario como *Medea* de Lars von Trier.

El primero de los aspectos estudiados es el mito del ascenso en el marco de la Filosofía Clásica, el alma y la teoría del conocimiento en Aristóteles. En *De Anima*, el alma organizaría el cuerpo otorgándole los sentidos y, además, permitiría la ascensión a un plano superior puesto que es el principio motriz de los seres vivos. Otros autores proponen adentrarse en conceptos platónicos como el de imagen, que serviría para visualizar con los hipotéticos ojos de la mente aquello que no puede ser percibido con los ojos del cuerpo de tal forma que incluso los Pegasos se hacen presentes a la imaginación. Velásquez habla también de la función en *Fedro* de descenso y el ascenso de las almas al lugar celeste proponiendo analizar el itinerario alado del deseo y la pasión amorosa.

Otros autores plantean diferentes aspectos de la metafísica platónica. Calderón afirma que es en la estructura profunda de la realidad donde se configura todo lo que sucede, de este modo, el sentido del mito es expresado de forma simbólica haciendo uso de una matriz de significaciones simbólicas que son anteriores a la explicación hermenéutica del propio mito.

En el ámbito mítico hallamos diferentes propuestas destacando el estudio de la *anábasis* del héroe un ser que a pesar de sus aspectos humanos nunca pierde su grandeza. Por eso el héroe es capaz de realizar un movimiento de perfección que implica descenso, *Katábasis*, y posteriormente el ascenso, *anábas* hacia la virtud: Areté, vinculada con lo divino y que ha de ser reconquistada en el interior de cada individuo; haciendo partícipe a quien lo conquista de un fulgor de divinidad mediante la elevación, un ascenso o *anábasis* hacia la virtud.

En el ámbito propiamente histórico y estético hallamos diferentes propuestas, como la concepción estética de sublime en diferentes autores como Kant o Burke y su noción de lo sublime: Príamo a los pies de Aquiles en el canto XXVI de la *Iliada*.

También se analizan la continuidad entre ciertos elementos simbólicos vinculados al concepto de alma y en el paganismo y en el cristianismo. La noción de movimiento ascendente como medio de acceder a la vida inmortal del alma fue vinculada en la antigüedad con criaturas alados, como el motivo de la *Psyche* cuyos primeros testimonios encontramos en la Cultura Micénica y en la Cultura Griega, empleando la imagen de la crisálida como símbolo de resurrección y cuya iconografía puede apreciarse en las catacumbas de Domitila y también en obras posteriores como el libro de las *Muy Ricas horas del Duque de Berry*.

Otras propuestas se ocupan del ascenso del alma, especialmente a través de la música como puerta de acceso a la eternidad a partir de las primeras referencias a Orfeo en el mundo griego (VI. AC) hasta fines del mundo romano. Robertson se inclina por el estudio de la *cosacratio* y la apoteosis imperial en Roma. La última de

las intervenciones expone los recursos retóricos y lingüísticos sobre el ascenso del alma nacional, Sparisci considera a Tito Livio como el punto inicial de la sublimación en Roma, una tradición continuada por la obra literaria de Cicerón, César y el *Carmen Saeculare* de Horacio y la tradición poética en la que confluyen lírica, épica, drama, melodía inspirado en el entusiasmo de ser *cives romani*.

Juan Manuel Orgaz
Universidad de Murcia

Angeles ALONSO ÁVILA, *Sentir la Historia. Un acercamiento al judío Jesús desde Shalom ben Jorin*, Madrid, Signifer, 2002, 246 pp. [ISBN: 84-932-043-6-6]

La obra persigue un objetivo ciertamente complicado: una aproximación a la realidad de la figura histórica de Jesús a través de las investigaciones contemporáneas preguntándose además por su conciencia mesiánica y filiación divina. La obra se divide en tres partes, comenzando con la opinión personal de la autora, la bibliografía sobre la cuestión estudiada y, finalmente, la conclusión de Shalom ben Jorin.

Jesús ha sido visto desde muy diversas perspectivas, como revolucionario social, profeta escatológico, mago, judío marginal o «maestro de sabiduría.» Un hombre intensamente espiritual que intentaba hacer comprender a la sociedad de la que formaba parte, y con la que compartía nociones escatológicas, un mensaje ético interiorizado, concluye la autora.

Alonso Ávila considera tres etapas en la investigación de Jesús histórico. Una primera etapa, desde principios del siglo XIX a principios del siglo XX caracterizada por considerar los Evangelios aceptados en Nicea como fuentes históricas, de ahí la importancia de la crítica histórica, la crítica literaria y la Historia de las Religiones.

En este primer periodo las investigaciones se centran en aspectos como la autoconciencia mesiánica y la constatación de que los títulos otorgados a Jesús en los Evangelios son anteriores al propio cristianismo. Las investigaciones de la segunda etapa, una vez agotado el entusiasmo inicial, optan por una perspectiva eminentemente teológica en base a los nuevos planteamientos de la Teología dialéctica. La tercera etapa se inicia a finales del siglo XX y se caracteriza por la interdisciplinariedad, los investigadores optan por el estudio del contexto histórico debido al descubrimiento de nuevas fuentes como los textos de Qumrán, Nag Hammadi y la literatura rabínica. Para Alonso Ávila, una de las claves del estudio del Jesús histórico se halla en la diferenciación entre investigadores cristianos y hebreos.

Shalom Ben Jorin considera a Jesús un hijo pródigo y exiliado de la casa de Israel durante casi dos mil años, un judío integrado en la tradición que no quiso modificar la Ley, sin embargo los Evangelios, escritos en griego, muestran su desconocimiento de la antigua tradición hebrea. Es por eso que su narración culmi-

na con la muerte de su protagonista, el trágico final perseguido por él mismo. Shalom Ben Jorin considera que Jesús murió porque deseó morir, por eso, la causa de su tragedia fue el fracaso de su esperanza.

La búsqueda de un mito a partir de una obra literaria que no concluirá hasta hallar pruebas científicas que corroboren no la existencia de un mito literario sino la existencia del hipotético personaje histórico sobre el que se basa éste. En cualquier caso, la autora afirma que las Investigaciones muestran la evidencia de que Jesús era judío, plenamente inmerso en la tradición rabínica subrayando que tanto sus actuaciones como sus palabras podían explicarse desde el judaísmo.

Juan Manuel Orgaz
Universidad de Murcia

Jorge MARTÍNEZ-PINNA (coord.), *Initia Rerum. Sobre el concepto del origen en el mundo antiguo*, Thema 49, Málaga, Universidad de Málaga, 2006, 228 pp. [ISBN: 84-9747-164-4]

Martínez Pina coordina las aportaciones de diez autores reunidos en 2005 en la Universidad de Málaga para dilucidar el concepto de origen en la Antigüedad.

En el ámbito griego encontramos, en primer lugar, el concepto de Archaiologia y el modo de conocimiento del pasado remoto a partir de indicios propuesto por Tucídides. El mito de los mirmidones eginetas narrado por Hesíodo, Apolodoro y Ovidio. Y los orígenes de la Astrología que pasa de ser un arte oriental a una ciencia helenística, propia de los matemáticos en los siglos IV-III a.C.

A lo largo de las páginas de esta obra conjunta encontramos también aportaciones con vocación polémica como la de Álvarez, que no se pregunta por el concepto de origen en el ámbito cartaginés sino acerca del origen del dominio cartaginés en Hispania; decantándose por una presencia cartaginesa anterior a la época bárquida afirmando que las relaciones entre Cartago y Gadir desde 237a.C. están marcadas por cierta tensión, sin descartar enfrentamientos directos. Al otro lado del Mediterráneo, Xella plantea el nacimiento de la sociedad urbana y su importancia en la elaboración de ideología de las sociedades antiguas, especialmente manifestada en la dialéctica dentro fuera de las murallas, como en la cultura de Ubaid.

Chenoll elabora un claro artículo, bien definido, abierto al diálogo e inteligente acerca de la conquista de Canaán y la toma de Jericó, en definitiva, sobre el mito fundacional del estado hebreo exponiendo las diferentes teorías sobre los orígenes del pueblo judío en Oriente Próximo: conquista militar; infiltración pacífica; desarrollo de la cultura del Bronce Medio desde el siglo XVI a.C.

Los últimos artículos del volumen están dedicados a la cultura romana, comenzado por la propia fundación de Roma que Martínez Pina considera ajena a la ideología romana que, en cualquier caso, emplea su propia perspectiva del concepto

de origen. El relato tradicional de Rómulo y Remo evocaría una asociación de jóvenes de «vida marginal» que, tras completar su evolución, pueden reintegrarse en la sociedad. Una leyenda cuya trama principal habría existido antes de la fundación de Roma. Por otra parte, la muerte de Remo podría ser vinculada a la necesidad de resaltar los valores ancestrales frente al devenir de los primeros siglos de la República Romana.

Delgado propone un interesante acercamiento a la organización sacerdotal en Roma durante la época monárquica. La práctica cultural romana estuvo minuciosamente reputada por un conjunto de costumbres, normas, prescripciones y leyes en continua evolución y codificadas progresivamente. Así habría ocurrido con la evolución del Rex sacerdos de época monárquica al rex sacrorum de época republicana como legado institucional del periodo anterior.

Martínez Maza estudia el calendario del año 254 elaborado por Furio Dionisio Filicalo, un calendario que recoge el culto oficial romano en trescientas cincuenta y cuatro fiestas oficiales paganas: aniversarios imperiales y conmemoraciones históricas, pero que además incorpora, en secciones anexas, la pascua cristiana y la *depositio* de mártires y obispos. La autora señala la progresiva transformación del calendario tradicional romano en el nuevo calendario cristiano manifiesta en la celebración de la resurrección en Roma el primer domingo después de la primera luna llena tras el equinoccio de primavera, constatando la dificultad por parte de los cristianos de ajustar el calendario solar romano al calendario lunar.

Juan Manuel Orgaz
Universidad de Murcia

Joan P. ALCOCK, *Food in the Ancient World*, Westport, Greenwood Press, 2006, 276 pp. [ISBN: 0-313-33003-4]

Como indicaba E. Cohen en la introducción al volumen colectivo *Money, Labour and Land. Approaches to the economies of ancient Greece* (Routledge, 2002), la relación que guardan los historiadores respecto a la teoría histórica es parecida a la que hay entre los fumadores pasivos y el tabaco. Rara vez son conscientes de ello, pero en la práctica los historiadores se encuentran envueltos por densas nubes de elaboraciones teóricas que definen los objetos de estudio de su disciplina. Es por ello que algunos aspectos del pasado no han cobrado entidad histórica hasta que el paradigma de tipo positivista decimonónico, que primaba sobre todo las investigaciones de tipo histórico-político, no fue sobrepasado por otras visiones históricas desde la tercera parte del siglo XX en adelante. El alimento es uno de ellos. Al respecto, cabe destacar que bajo el influjo del impulso teórico de la arqueología procesual, ya se hicieron algunos trabajos relacionados con la alimentación en el mundo antiguo a finales de la década de los 60, como el clásico estudio de los

Brothwell *Food in Antiquity. A survey of the diet of early peoples* (1ª ed. 1969; 2ª ed. expandida, 1998). No obstante, fue sobre todo gracias a la asimilación de los paradigmas antropológicos del estructuralismo y del *developmentalismo* (anglicismo adoptado por expertos como Jesús Contreras Hernández y Mabel García Arnaiz) desde los años 70 y 80 cuando el estudio del alimento en las sociedades humanas del pasado sufrió una interesante renovación al plantearse de manera profunda el modo en que éste se integra en el conjunto de las relaciones sociales.

Gracias a esto, en los años 90 del pasado siglo comenzaron a publicarse una gran cantidad de trabajos relacionados con el alimento en el mundo antiguo, de entre los que cabría destacar el volumen dirigido por Wilkins, Harvey y Dobson *Food in Antiquity* (University of Exeter Press, 1996), el llamativo estudio de Dalby, *Siren Feasts. A history of food and gastronomy in Greece* (Routledge, 1996), o el breve pero excelente libro de Peter Garnsey *Food and Society in Classical Antiquity* (Cambridge University Press, 1999). En este nuevo siglo han continuado las publicaciones relacionadas con diferentes aspectos del alimento en el mundo antiguo, como las obras de Dalby *Empire of Pleasures: Luxury and indulgence in the Roman World* o *Food in the Ancient World from A-Z* (Routledge, 2000 y 2003 respectivamente), el magistral estudio de García Soler, *El arte de comer en la antigua Grecia* (Biblioteca Nueva, 2001), o el interesante libro de Wilkins y Hill *Food in the Ancient World* (Blackwell Publishing, 2006). Es necesario tener en cuenta, pues, la efervescencia actual del tema de la alimentación en el mundo antiguo antes de centrarnos en el análisis del libro que nos ocupa.

La mayoría de los trabajos anteriormente mencionados tienen una vertiente académica bastante profunda. No se plantean como libros que vayan a ser leídos por un público sin especializar. Joan Pilsbury Alcock es, por otra parte, una mujer que ha enfocado buena parte de su carrera hacia la divulgación histórica y arqueológica, algo que está muy presente en este libro. Se trata, además, de alguien que se ha especializado en temas relacionados la alimentación y la vida cotidiana, de lo que dan fe algunas de sus publicaciones como *Food in Roman Britain* (2001), *Life in Roman Britain* (2006) o *Daily life of the pagan celts* (2008). Es, pues, alguien con la suficiente experiencia como para afrontar la tarea de ofrecer una visión panorámica para aquellos que, sin tener unos estudios profundos sobre el tema, quieran acercarse a la problemática de la comida y el alimento en el mundo antiguo. No obstante, cuando se adopta un discurso divulgativo, se tiende a crear una imagen más o menos cerrada y simplificada del asunto que se está exponiendo, y esto mismo es lo que ocurre en el libro que nos ocupa. Los problemas de la investigación, las dudas y los debates se apartan en aras de la claridad expositiva, motivo por el cual, la lectura de este trabajo puede dar una idea algo irónica del estado de la cuestión, aunque es justo reconocer que de otro modo, la lectura podría resultar mucho más compleja, traicionando precisamente el espíritu divulgador que pretendía esta obra.

El libro se encuentra dividido en 6 grandes capítulos, además del índice onomástico, la sección de bibliografía y otras secciones menores que pueden resultar de gran ayuda para aquellos que no estén versados en los estudios de la antigüedad. De ellas, resultan especialmente interesantes las secciones referidas a los autores clásicos mencionados (pp. XV-XXIV) y el esquema cronológico del mundo antiguo (pp. XXVII-XXXII). La primera de ellas es un pequeño catálogo donde se indican las fuentes clásicas que nos han transmitido un mayor número de datos respecto a la comida en el mundo antiguo. Se indica el nombre de los autores, las fechas, por lo menos aproximadas, de su nacimiento y muerte, una breve descripción de su vida y sus principales obras, no superando este resumen las diez líneas en ningún caso. Consideramos esta parte de gran interés e importancia en una obra de estas características, en las que el público lector no tiene por qué tener un especial conocimiento de la literatura clásica. Algo similar puede decirse respecto al esquema cronológico que encontramos unas páginas más adelante, pues ofrece un marco de referencia histórico más o menos claro. Sin embargo, hay que hacer unas cuantas advertencias respecto a la precisión terminológica. Resulta cuanto menos chocante encontrarse con expresiones como "*404... Sparta defeats Greece (sic) but does not destroy the city of Athens*" (pag. XXX). Deslices semejantes también se encuentran en otras partes del libro, como cuando en el capítulo primero, hablando sobre la demografía de Atenas, da a entender que el siglo IV. a.C. va seguido por el siglo V a.C.: "*There was one census in the fourth century B.C., taken on the orders of the Macedonian governor (...). By the next century the population has increased. Fifth-century Athens is estimated to have had a population of 40.000 citizens and a further 20.000 metics.*" (pag. 2). Errores de este tipo pueden llamar la atención a los estudiosos del mundo antiguo, e incluso encontrarlos cómicos, pero no cabe duda de que pueden sembrar la duda y la confusión entre los no especialistas en el tema.

El capítulo primero del libro está dedicado a una pequeña caracterización de las diferentes culturas cuyo sistema alimenticio va a estudiarse en el libro: Egipto, Grecia, Roma y el mundo Celta (pp. 1-29). Aparte de la pequeña síntesis histórica que se hace de cada una de estas culturas, se realiza un análisis separado de la demografía y el comercio en el mundo antiguo. Resulta llamativo el que la autora decida hacer un énfasis mayor en el desarrollo histórico-arqueológico de los mundos egipcio y celta, mientras que en el caso de Grecia y Roma opta por una caracterización de orden más socioeconómica. En cualquier caso, el público no especializado agradecerá este capítulo, pues en el segundo de ellos, *Foodstuffs*, se entra de lleno en la parte quizás más densa de esta monografía: un pequeño catálogo en el que se recogen una gran variedad de alimentos consumidos por los miembros de estas culturas (pp. 31-101). Se estudia cómo éstos son preparados y comidos por miembros de las cuatro culturas, apuntando en ocasiones recetas sobre los mismos. Sin embargo, aunque esta sea la parte más densa del libro, nunca se llega a abandonar el tono divulgativo, y no llegamos a encontrar el grado de densidad metodológica de las obras de los Brothwell o de García Soler anteriormente comentadas.

El capítulo tercero está dedicado a las técnicas de procesado del alimento, así como a las personas relacionadas profesionalmente con la cocina o la venta de alimentos ya cocinados (pp. 103-133). Probablemente éste sea el capítulo más interesante de todo el libro, además de ser uno de los que tienen una lectura más ágil. No suele ser común, ni siquiera en los estudios más académicos, la inclusión de aspectos relacionados con las técnicas de cocina y con el mundo cotidiano de los cocineros y sus clientes. La parte dedicada a los establecimientos de comida en el mundo romano, por ejemplo, aborda el tema con una claridad expositiva muy destacable, constituyendo, a nuestro juicio, las mejores páginas de la obra.

El capítulo cuarto aborda, de manera un tanto ambiciosa, la relación que guarda cada una de las civilizaciones que se estudian con el alimento (pp. 135-180). Se trata, desde luego, de un objetivo muy amplio, apenas abarcable. No obstante, aunque hay algunos aspectos que se dejan de lado o no se plantean con la suficiente complejidad, hay que reconocer que el espíritu general que predomina en este capítulo es el que consideramos que ha de tener cualquier acercamiento a este tema: un enfoque que apuesta por el dinamismo histórico y por la interdependencia de los factores económicos, sociales y políticos en la alimentación. La lectura de este capítulo es inseparable del siguiente, en el que se estudian los hábitos de alimentación de las culturas del mundo antiguo (pp. 181-225). Así, se analiza la dinámica de los banquetes de élite en el mundo egipcio, los *symposia* griegos, el *convivium* romano y los festines celtas, poniendo un mayor énfasis en las prácticas sociales que en los alimentos consumidos. Al mismo tiempo, se estudian aspectos culturales vinculados a la comida, como pueden ser las ofrendas a los dioses o los banquetes de corte funerario.

Finalmente, en el último capítulo, bajo la intención de tratar sobre conceptos relativos a la dieta y a la nutrición, nos encontramos en realidad con un conjunto de elementos más o menos dispares (pp. 227-252). Se exponen, en efecto, las ideas antiguas que relacionaban el alimento y la salud, muy presentes sobre todos en la medicina grecorromana, pero no sólo éstas. Junto a ellas se introducen temas como el hambre y las hambrunas en el mundo antiguo, donde la deuda con los trabajos de Peter Garnsey se nos antoja bastante notable, e incluso, de manera poco clara para quien esto escribe, los tabúes alimentarios, que en nuestra opinión habrían encontrado un mejor acomodo en el capítulo anterior. El resto del libro se encuentra ocupado por una selección bibliográfica y por el índice onomástico.

Acerca del método bibliográfico, cabe destacar que se utiliza el tradicional europeo, aunque no mediante el sistema de nota a pie de página, sino al final del texto. No obstante, es de agradecer que el aparato crítico se encuentre al final de cada capítulo en lugar de formar un bloque uniforme al final del libro, como ocurre otras veces. De este modo se facilita la consulta del mismo, resultando un sistema ágil y de cómodo uso para el lector. La bibliografía consultada recoge estudios considerados clásicos, como la primera edición del trabajo de los Brothwell, y además, otros de gran actualidad, recogiendo obras del mismo año anterior al de la publicación del

libro. La selección bibliográfica, al estar ordenada de acuerdo con los capítulos, resulta de gran utilidad para quienes deseen adentrarse más en el tema en el que nos ha introducido la señora Alcock. El libro se ve complementado, además, por la utilización de hasta veinte imágenes, algunas de ellas con un claro valor instrumental, como los mapas que aparecen en el primer capítulo, y otras con un sentido más ilustrativo y didáctico, pues todas ellas tienen comentarios al pie que facilitan la comprensión de las mismas.

En definitiva, el libro de Joan P. Alcock se nos presenta como una obra introductoria que puede ser bastante útil para aquellos que quieran acercarse por primera vez al fenómeno de la alimentación en el mundo antiguo. Sin embargo, hay una serie de aspectos que conviene tener en cuenta. En primer lugar, se trata de una obra ante todo descriptiva, no analítica. Mientras que la exposición de las prácticas alimenticias y los propios alimentos ocupa una gran parte del libro, puede echarse en falta una mayor dedicación para el estudio de la significación política, social o cultural de estos elementos. En segundo lugar, en nuestra opinión, por muy descriptivo que se pretenda que sea un trabajo de divulgación, sería necesario tener en cuenta las principales tendencias teóricas que se encargan del estudio de la alimentación con fenómeno cultural y sociológico. Un capítulo que se atreviera a abordar la problemática teórica hubiera podido resultar de gran interés para cualquiera que se adentrara por primera vez en estos terrenos.

Fernando Notario Pacheco
Universidad Complutense de Madrid

John M. WILKINS – Shaun HILL, *Food in the Ancient World*, Oxford, Blackwell Publishing, 2006, 300 pp. [ISBN 978-0-631-23550-7]

Como ya se comenta en la reseña del libro homónimo de Joan P. Alcock en este mismo número, los estudios relacionados con la alimentación en el mundo antiguo han vivido un intenso desarrollo desde la década de los años 80 del siglo pasado hasta la actualidad. Son muchos los factores que intervienen en este fenómeno, aunque desde nuestro punto de vista la aceptación de nuevas perspectivas teóricas relacionadas con el alimento tomadas de ciencias sociales como la antropología o la sociología resultan algo clave para explicarlo. Peter Garnsey puede decirse que ha sido un abanderado de esta nueva postura, pues desde que realizara su importante obra *Famine and food supply in the Graeco-Roman world* (Cambridge, 1988) hasta sus trabajos más recientes relacionados con el alimento, como *Food and society in the Classical Antiquity* (Cambridge, 1999), ha apostado por la incorporación de dichas perspectivas en los estudios clásicos. La obra de Garnsey da buena cuenta de lo fructífero que supone la apertura de horizontes teóricos y metodológicos en la historia, manteniendo siempre un cuidado preciso a la hora de adaptar los principios

de estudio de los antropólogos y los sociólogos a la labor de los historiadores del mundo antiguo. Sin embargo, aunque la obra de Garnsey sea de enorme valor, no podemos quedarnos sólo en ella. Es necesario, desde nuestro punto de vista, seguir su estela y, mientras se conservan los avances debidos a la antropología y la sociología, ampliar las perspectivas teóricas desde las que podemos contemplar los fenómenos culturales de la antigüedad. El libro que vamos a reseñar presenta una de las mejores visiones analíticas de conjunto sobre la alimentación en el mundo clásico al tiempo que introduce nuevas perspectivas de estudio, relacionadas esta vez con la crítica literaria.

El libro está escrito por dos autores de gran prestigio. John M. Wilkins se encarga de la parte más académica, a la que dedicaremos una mayor parte en esta reseña, mientras que Shaun Hill se encarga de un apartado especial del libro en el que se recrean recetas del mundo antiguo, apartado que comentaremos de modo independiente. El profesor Wilkins es uno de los mayores expertos en la actualidad en el estudio de la alimentación en el mundo antiguo. Profesor de cultura griega en la universidad inglesa de Exeter, de su labor académica cabe destacar la edición de los libros colectivos *Food in Antiquity*, junto a David Harvey y Mike Dobson (Exeter, 1995), *Athenaeus and his world*, junto a David Braund (Exeter, 2000) o *The rivals of Aristophanes*, junto a David Harvey (Exeter, 2000). En solitario, su obra más destacada, en la que introduce muchos de los aportes que se desarrollan también en el presente libro, es *The Boastful Chef: The Discourse of Food in Ancient Greek Comedy* (Exeter, 2000), aunque también son dignas de subrayar las aportaciones que ha realizado en forma de artículos en las revistas especializadas en torno a la alimentación en el mundo antiguo, especialmente en la cultura griega. Shaun Hill es investigador honorífico del departamento de Clásicas de la universidad de Exeter, aunque la mayoría de sus investigaciones no han girado en torno al mundo antiguo, sino a aspectos relacionados con la cocina y nutrición en la actualidad (no en vano, se trata de un chef profesional que tiene un restaurante propio premiado incluso por la conocida “Guía Michelin”).

Cabe destacar, antes de proseguir, que el título del libro puede llevar a engaño. Podría haberse llamado de un modo más exacto *Food in the Classical World*, pues en verdad las culturas antiguas que se encuentran al margen del mundo grecorromano no son tratadas de un modo específico. Esto no quiere decir que sean del todo silenciadas, pero sí que su presencia se encuentra subordinada al estudio general del mundo clásico. Por poner un ejemplo, un egiptólogo que acudiera a este libro en busca de indicios sobre la alimentación en el antiguo Egipto, se encontrará con que la alimentación egipcia sólo es tratada de forma secundaria, como una forma de alteridad respecto a la alimentación clásica. Lo mismo se puede decir de los persas o los celtas. El propio análisis del mundo romano parece hasta cierto punto ensombrecido por el del griego. Sin embargo, hecha esta salvedad, que por lo demás aparece indicada en la contraportada del libro, nos encontramos con una obra de gran interés y profundidad.

El libro se encuentra dividido en nueve capítulos. De un modo extraoficial, se podría decir que hay, además, tres partes más o menos bien diferenciadas, incluyendo cada una de ellas tres capítulos. La primera de ellas, que incluye los tres primeros capítulos (pp. 1-109) actúa a modo de presentación general del alimento y sus contextos de consumo en el mundo antiguo. Cada capítulo va precedido por una introducción a modo de *abstract* con lo que se va a encontrar en él. El primero de ellos (pp. 1-38) es una introducción general al fenómeno alimenticio antiguo: las fuentes mediante las que se puede reconstruir la dieta antigua, la importancia del alimento en diversas manifestaciones culturales, los rasgos distintivos de la comida grecorromana frente a la de otras culturas, una pequeña sinopsis histórica... La brevedad de ésta, por cierto, ya nos pone sobre aviso respecto al público potencial al que va dirigido el libro. No es una obra de divulgación, aunque esté escrita con un estilo claro y accesible, sino una que va dirigida a aquellos lectores ya familiarizados con la cultura clásica y que están interesados en tener un mayor conocimiento sobre el problema del alimento en la antigüedad clásica. El segundo capítulo (pp. 39-78) se centra en el análisis de los contextos sociales del alimento, es decir, en estudiar la capacidad de éste para ser usado como distintivo social. Así, se analizan los hábitos diferenciados de comida de las clases superiores y las populares, los alimentos consumidos por unos y otros, la importancia de la comensalidad a la hora de crear vínculos sociales o la diferencia de comidas entre los hombres y las mujeres. El tercer capítulo, último de esta primera parte, analiza la relación entre el alimento y la religión clásica (pp. 79-109). La relación entre ambos ámbitos resulta, como sabe todo el mundo que haya estudiado algo relacionado con la religión grecorromana, sumamente compleja. El consumo de ciertos alimentos, como la carne en el mundo griego, solía hacerse casi exclusivamente en contextos ritualizados, y la mayoría de ceremonias religiosas implicaban la ofrenda, manipulación, consumo o sacrificio de alimentos. Sin embargo, personalmente consideramos que el mayor acierto de este capítulo reside en el análisis que se hace sobre los discursos contrapuestos del lujo y la austeridad, de la innovación y el conservadurismo, en los contextos religiosos, especialmente en las celebraciones colectivas que dependen de la aportación de las élites para su puesta en práctica. En estas situaciones se percibe cómo sobre el discurso de unidad y refuerzo de los valores tradicionales de la sociedad, pueden activarse discursos de un modo más o menos “subterráneo” referentes a las capacidades políticas, sociales y económicas de miembros individuales de la élite patrocinadora.

La segunda parte del libro, que consta de los capítulos cuarto al sexto, se centra en el estudio de los alimentos consumidos por los pueblos clásicos, divididos, *grosso modo*, en los vegetales (pp. 110-139), los animales (pp. 140-163) y las bebidas (pp. 164-184), cada grupo de los cuales se encuentra en un capítulo independiente. En esta parte es de agradecer que se haya optado por no hacer una simple lista con todas las variedades de alimentos consumidos con un breve comentario para cada uno de ellos. Para eso ya hay otros libros excelentes como el de los Broth-

well o el García Soler, comentados en la reseña de Joan P. Alcock. En lugar de ello, se hace un análisis de estas categorías de alimentos con todo lo que suponen desde el punto de vista ideológico, social y cultural para griegos y romanos. De este modo, al lector le queda una idea muy clara de la importancia ideológica de los derivados de los cereales en el pensamiento griego, los vínculos que unen los sacrificios de animales, al carnicero y al comercio, o la creación de identidades sociales compartidas a través del *symposium* griego. Por otra parte, en estos capítulos es donde se desarrollan algunos de los puntos más polémicos del libro. Por poner un ejemplo, la interpretación que se hace de la extensión social de las prácticas simposíacas en la sociedad griega entra en conflicto con las ideas tradicionales mantenidas por Murray (*Symptomika*, Oxford, 1990) o Davidson (*Courtesans and fishcakes*, London, 1997) acerca de la exclusividad de las mismas, como se señala en el mismo texto.

La última parte del libro (pp. 185-276) trata sobre la incidencia del alimento en una gran variedad de aspectos culturales de la antigüedad clásica. Para empezar, se trata la influencia del alimento en el pensamiento clásico, con especial interés en los discursos de la alimentación, el lujo y el placer en las obras filosóficas y moralistas clásicas (pp. 187-210). En sus argumentos se reconoce la deuda contraída con el estudio de Davidson anteriormente mencionado, donde se expone el desarrollo de dicho discurso en la Atenas clásica. Sin embargo, en este capítulo se va más allá en términos cronológicos, abordando también visiones paralelas de este hecho en la Roma republicana e imperial de mano de personajes como Catón o Plinio el Viejo. También se estudia la significación cultural que supone la aparición de libros especializados de cocina siguiendo las pautas de análisis que ya fueron propuestas por el antropólogo Jack Goody en los años 80. El capítulo siguiente está dedicado al estudio de la relación entre la cocina y la medicina en el mundo antiguo (pp. 211-244). En muchas ocasiones se compara la comida griega y romana con la de otras culturas, como la hindú o la china, por la capacidad que presentan para ser usadas como parte integrante del modelo de vida sana y civilizada, y lo cierto es que los médicos clásicos consideraban al alimento y a la dieta como algo fundamental para su rama del saber. Los testimonios recogidos en este capítulo dan buena cuenta de ello. Desde los tratados hipocráticos hasta Galeno, la alimentación es una de las cuestiones que más preocupan a los médicos. Resulta de especial interés la parte dedicada a este último personaje por el interés que demostró no sólo en hacer un retrato de la dieta de las clases más elevadas de su tiempo, sino también de la de las clases campesinas y populares de su lugar de residencia, Anatolia. Gracias a él, podemos estudiar la percepción médica de los alimentos en un contexto social más profundo.

En el último capítulo, dedicado a la relación entre la comida y la literatura, se percibe un mayor esfuerzo a la hora de actualizar el panorama de los estudios contemporáneos sobre el alimento, usando para ello elementos tomados de la crítica literaria (245-276). El conocido estudio de Bakhtin, *Rabelais and his world* (Cambridge, 1968), sirve de apoyo teórico y metodológico a la hora de acercarse al tratamiento de la comida por parte de la comedia clásica, una de las fuentes más

destacadas a la hora de estudiar los discursos de la comida en el mundo griego, como ya puso de manifiesto el mismo Wilkins en su obra del año 2000. No sólo se recurre a la comedia para hablar de la literatura y la alimentación, pues también se acude a la recepción de la comida en los poemas homéricos o en la sátira romana.

Comentario aparte merece la sección dedicada a la recreación culinaria, en realidad bastante breve, pues en ella no se nos ofrecen sino tres recetas (pp. 277-280). Sin embargo, ésta nos ofrece la oportunidad de reflexionar acerca del valor histórico de las reconstrucciones culinarias de la antigüedad, temática tratada entre otros por Andrew Dalby y Sally Grainger en *The classical Cookbook* (London, 1996), Patrick Faas en *Around the Roman Table* (Chicago, 2005; 1ª ed. en alemán en 1994) o de nuevo por Sally Grainger en *Cooking Apicius* (Totnes, 2006). En todos estos casos nos encontramos con una llamativa aproximación a uno de los fenómenos vinculados a la historia que pueden atraer una mayor atención popular: la recreación histórica. La reconstrucción culinaria del mundo clásico ofrece una serie de problemas de difícil solución para cualquiera que se enfrente a ella que van desde la ausencia de la noción de estandarización respecto a los ingredientes y tiempos de cocción en los textos que han llegado hasta nosotros hasta el desconocimiento actual de muchos de los alimentos que mencionan las fuentes clásicas. Sin embargo, quizás el mayor problema de todos resida, precisamente, en que en la actualidad hemos desarrollado unas estructuras del gusto, por usar la expresión de Jean-Louis Flan-drin, muy diferentes a las que existían en la antigüedad. El gusto, la predilección de unas sensaciones sobre otras, la capacidad de distinguir matices en los sabores y texturas de los alimentos, son cuestiones no sólo personales, sino también sociales. Muchas veces se ha debatido acerca de la viabilidad de comer a día de hoy los platos de, por ejemplo, el libro de Apicio. El problema no está en que encontremos más o menos desagradables el sabor de estas recetas, sino en por qué lo hacemos. La respuesta está en que la civilización occidental actual ha definido unas preferencias en cuanto al gusto de los alimentos muy alejadas de las de Apicio, y por ello, cualquier ejercicio de recreación culinaria se ve sometido a un doble proceso de alienación respecto a sus originales. Uno de ellos es técnico, pues a día de hoy no contamos con la misma tecnología de procesado de alimentos que la imperante hace más de dos milenios. El otro, sin embargo, es el más importante e interesante, pues consiste en la reelaboración de las recetas para hacerlas comestibles según nuestras propias estructuras del gusto, alterando significativa y necesariamente la carga semántica de los platos, que en cualquier caso permanecería insondable para cualquiera que no fuera un auténtico griego o romano reclinado ante las viandas humeantes que se le ofrecieran.

En definitiva, el libro de Wilkins y Hill se perfila como una obra de gran importancia para los estudiosos no sólo de la historia de la alimentación, sino también para todos aquellos interesados en la cultura griega y romana. De hecho quizás se trata a día de hoy de la obra de carácter general que mejor aborde la alimentación en el mundo clásico no sólo por la erudición de la que se hace gala a la hora de estu-

diar y analizar los alimentos y comidas de la antigüedad, sino también por el manifiesto interés a la hora de relacionar e integrar la alimentación en los contextos políticos, sociales y culturales del pasado.

Fernando Notario Pacheco
Universidad Complutense de Madrid

José María BLÁZQUEZ, *Cristianismo y mitos clásicos en el arte moderno*, Madrid, 2009, 400 pp. [ISBN: 978-84-376-2586-7]

El Prof. J.M. Blázquez, director de la revista *Gerión* desde su fundación, y catedrático emérito de Historia Antigua de la UCM, desde hace muchos años viene publicando artículos sobre los mitos clásicos en el arte moderno que recoge en este volumen, a los que ha añadido varios artículos referentes al cristianismo en este mismo período.

El autor considera que, durante muchos siglos, el cristianismo y el mundo clásico fueron las raíces del mundo europeo, aunque en la actualidad estas raíces estén un tanto olvidadas para muchos. En esta reseña se prescinde, dado el carácter de la revista donde aparece, de los artículos referentes al cristianismo, centrándose sólo en los mitos clásicos en el arte moderno, de fuera y de dentro de España.

Estos mitos clásicos suelen aparecer con frecuencia en los artistas modernos, en sus obras artísticas, en periódicos y revistas, que los utilizan para representar los problemas de la modernidad.

Los tres primeros capítulos se dedican a los mitos clásicos en los siglos XVI-XVIII, que sirven de introducción al resto de los capítulos dedicados a los siglos XIX, XX y XXI. Así, se examinan los mitos clásicos en la pintura moderna (surrealistas de Nueva York, impresionistas franceses, D. Delvaux, A. Masson, Aligi Sassou, Lempika, artistas españoles, la pintura expresionista alemana, a la que el autor dedica especial interés (capítulo V); las tentaciones de San Antonio en el arte contemporáneo, capítulo VI; el mundo clásico en Kokochtkya y Braque, capítulo IX, o en Picasso, que pintó muchos temas clásicos en su vida, que expresan magníficamente los diferentes estados de ánimo del artista, al igual que Dalí, capítulos XI y XIX; en el arte moderno español, capítulo XII; en el arte del s. XX fuera de España: USA e Inglaterra, Alemania, Rusia, Francia e Italia, capítulo XIII.

De particular importancia son los mitos clásicos en los periódicos y revistas de Madrid de finales del s. XX y de comienzos del s. XXI, que demuestran que los artistas continuamente usan la mitología clásica para expresar los problemas del mundo actual, capítulos XV y XVI.

Al pintor Carlos Franco, que acudió frecuentemente en sus pinturas y dibujos a la temática clásica, y que decoró la fachada de la Casa de la Panadería de la Plaza Mayor de Madrid con mitos clásicos, dedica el autor el capítulo XVIII.

J.M. Blázquez deduce del estudio de la mitología y de los temas cristianos que, tanto el cristianismo como el mundo clásico no han muerto, sino que están presentes en la obra de artista modernos que continuamente utilizan su simbología para expresar las preocupaciones del hombre contemporáneo.

Quizás sea una concepción totalmente diferente del uso de los temas religiosos y clásicos de la expresada por los artistas del Renacimiento y de la Edad Moderna. Artistas no creyentes, como Saura o Picasso, acuden a los temas religiosos, pero no dan un carácter religioso a su obra.

Javier Cabrero
Departamento Historia Antigua. UNED

Manuel Alberto FERNÁNDEZ GÖTZ, *La construcción arqueológica de la etnicidad*. Serie Keltia 42, A Coruña, Editorial Toxosoutos, Noia, 2008, 168 pp. [ISBN: 978-84-96673-77-9]

He de comenzar admitiendo, de buen grado, que me resulta particularmente grato recensionar este libro, y ello por dos razones principales. La primera, porque la construcción (arqueológica y discursiva) de la etnicidad y la identidad en el pasado es una de mis preocupaciones científicas fundamentales desde que comencé mi carrera investigadora y, especialmente, desde los últimos años. Aunque es un tema en pleno apogeo y que arrastra a cada vez más historiadores y arqueólogos, en España aún está despegando (con mucha fuerza, eso sí) y quienes nos dedicamos a ello estamos ansiosos de nuevas contribuciones que nos ayuden a despejar las numerosas incógnitas teórico-metodológicas que dificultan (y a la vez enriquecen) nuestro trabajo. En segundo lugar, porque los trabajos de Manuel Fernández Götz me parecen de los más relevantes entre las voces jóvenes de nuestra investigación que se preocupan por la etnicidad/identidad. Y en esa línea este libro no defrauda en absoluto, sino todo lo contrario, consolida la voz de Fernández Götz como una de las que hay que tener en cuenta para hablar de estudios de etnicidad y arqueología en España.

La construcción arqueológica de la etnicidad se estructura en cinco capítulos a los que se añaden prólogo (firmado por Gonzalo Ruiz Zapatero, uno de los más reconocidos expertos en procesos de construcción identitaria y étnica para época protohistórica en la Península Ibérica) y bibliografía. No hay mejor manera de resumir los propósitos del libro que citando a Gonzalo Ruiz Zapatero en el prólogo del mismo (pág. 9): “Este libro es una disección precisa y clarificadora de las apro-

ximaciones arqueológicas al concepto de etnicidad propuestas a lo largo de casi un siglo, desde los trabajos seminales de Gustaf Kossinna a los recientes y sugerentes estudios de la arqueología anglosajona”. Efectivamente, el autor nos ofrece un completísimo y sugestivo recorrido por la historia de los estudios étnicos en los ss. XIX-XXI en el que no se limita a catalogar informaciones u ordenar autores, escuelas e ideas, sino que analiza críticamente la información disponible sobre el tema, los modos de abordarlo y entenderlo a lo largo de los últimos dos siglos y los nuevos retos que plantea un tema que, como ya indiqué, se encuentra en un puesto de honor en la agenda histórico-arqueológica europea. Para avanzar es necesario conocer bien cómo se ha llegado al punto en el que nos encontramos, y eso es precisamente lo que nos ofrece Fernández Götz: un punto de partida crítico que recoge las aportaciones pasadas y presentes y que se encuentra pleno de posibilidades de futuro, como bien señala en el capítulo I o Introducción.

El capítulo II (“El paradigma étnico-cultural”) estudia con detalle cómo se forja en el siglo XIX el concepto de etnia asociado al de cultura material, cayendo en la simplista equiparación de ambos, que llega a sus máximas cotas con la obra de G. Kossinna. Dicha equiparación servirá, por un lado, para justificar las atrocidades políticas del nazismo; por otro, diferentes historiografías europeas (entre ellas la española) la utilizarán como epicentro de reflexión sobre las relaciones entre la identidad y la cultura material y abrirá el debate entre concepciones racionalistas de la identidad y aquellas otras deudoras del *Volksgeist* tan querido para Hegel y Herder, origen de las visiones esencialistas de la etnicidad. La obra de Kossinna marca, por tanto, un antes y un después en el proceso de construcción arqueológica de la etnicidad, de ahí el análisis detallado que le dedica el autor.

“Entre escepticismo arqueológico y eclosión antropológica” (capítulo 3) analiza el período que se abre desde el fin de la II Guerra Mundial y que viene marcado por dos trayectorias de investigación complementarias. Por una parte, el desprestigio del “método Kossinna” y las dudas acerca de la capacidad real de la Arqueología para estudiar la etnicidad en concreto y las expresiones humanas de carácter ideológico en general. Por otra parte, el renacer de los temas étnicos en la Antropología y la Sociología entre las décadas de los 50 y los 70 y la progresiva bipolarización de las concepciones sobre la etnicidad en torno a dos corrientes: las posiciones primordialistas (que defienden el esencialismo étnico) y las instrumentalistas (de corte constructivista). Ambas reflejan conceptos de etnia y grupo étnico muy diferentes a los que se habían utilizado durante el s. XIX y la primera mitad del XX, marcando un viraje trascendental en los estudios étnicos: de la etnia como algo dado a la etnia como autorreconocimiento y autoidentidad. Hoy en día persisten ambas corrientes, pero su discurso se ha matizado y complejizado, abandonándose el dualismo maniqueo que las enfrentaba radicalmente y formándose subgrupos dentro de las mismas. Además, destacan los intentos de autores como A. D. Smith, G. C. Bentley, J. McKay o Sian Jones por acercar posturas sin por ello simplificarlas, sino todo lo contrario, introduciendo nuevos conceptos que enriquecen el debate: es el caso del

habitus de Bourdieu (aplicado a las categorías étnicas por Bentley en su “Ethnicity and practice”, *Comparative Studies in Society and History*, 29 (1), 1987, 24-55 o por Sian Jones en su ya clásico *The archeology of ethnicity: constructing identities in the past and in the present*, publicado en Londres en 1997) o de la teoría de la práctica de De Certeau como base de análisis étnicos (propuesta de Siapkas en su *Heterological Ethnicity. Conceptualizing identities in Ancient Greece*, Upsala, 2003).

En el capítulo cuarto (“Repensando la etnicidad”), Fernández Götz muestra el viraje que supuso para el análisis de la etnicidad en Arqueología el bagaje teórico que se desarrolla desde la Segunda Guerra Mundial y, muy especialmente, los cambios acaecidos en la concepción de la Arqueología (sobre todo en el mundo anglosajón) gracias a la Nueva Arqueología primero y a los estudios simbólicos de las diferentes corrientes postprocesuales más tarde. En este proceso podemos destacar los análisis estilísticos de Wobst, Sackett, Wiessner, Lemonier o Hodder, el estudio sobre los orígenes indoeuropeos de Renfrew, la definición de Shennan de la etnicidad en torno a tres elementos capitales (un territorio común, un ancestro compartido y una autopercepción de la propia identidad) y el “renacer étnico” producido a partir de los años 90 gracias al creciente interés social por los conflictos étnicos y a la importancia otorgada a los procesos de negociación social por parte de las arqueologías postprocesuales, destacando la aplicación de conceptos sociológicos a dichos análisis, especialmente el *habitus* de Bourdieu, ya mencionado.

En el capítulo quinto (“Reflexiones y puntos de partida para una Arqueología de la etnicidad”) Fernández Götz demuestra claramente que su trabajo es mucho más que un excelente estado de la cuestión construido con rigor crítico, ofreciéndonos también nuevas perspectivas de por dónde puede dirigirse la investigación sobre la etnicidad y qué frutos pueden obtenerse de la aplicación de esos nuevos planteamientos. El autor defiende que existe un esperanzador futuro para la arqueología de la etnicidad, especialmente para aquellos períodos en los que las fuentes materiales se complementan con otras escritas, ya que la renuencia a interpretar los procesos simbólicos a partir de sus restos materiales es de carácter epistemológico (y, por tanto, superable) y en ningún modo ontológico. Fernández Götz parte, pues, de una aproximación inclusiva, anti-reduccionista que, aceptando la complejidad del proceso étnico y, por tanto, la dificultad de analizarlo, considera que la única forma de vencer dicha complejidad es aunando esfuerzos, desarrollando nuevos marcos metodológicos desde la Arqueología (lo normal es que ésta los haya “adoptado” de la Sociología, la Antropología o la Filosofía, con resultados dispares) y abriendo nuevos espectros de investigación (por ejemplo, la dimensión psicológica, siempre en combinación con la histórico-arqueológica). El autor propone rechazar la tradicional asociación entre cultura arqueológica y etnia; ser conscientes de que la etnicidad, al ser un fenómeno contextual, no cuenta con criterios precisos, sino sólo con indicios de su existencia y que éstos varían dependiendo del momento, el lugar y las circunstancias e incidir en que una forma de estudiar la etnicidad desde la

arqueología es a través del análisis de las relaciones entre personas y cosas, y no únicamente de las cosas en sí.

Para concluir, querría destacar la excelente bibliografía que nos ofrece el autor que, aparte de demostrar lo riguroso y bien documentado que está el libro que ahora reseñamos, aporta un excelente punto de partida para todo aquel interesado en los estudios étnicos, en su evolución desde el siglo XIX y en su proyección de futuro.

Nos encontramos, por tanto, ante un trabajo de investigación puntero tanto por el tema que trata (que, a pesar de su “juventud” es de capital importancia y está necesitado de nuevas interpretaciones) como por la minuciosidad y el riguroso detalle con que son analizados actores y procesos. A la innegable calidad científica se añade una edición sencilla pero cuidada y fácil de manejar, con ilustraciones que ayudan al lector a situar determinados conceptos más complejos.

Espero que, dada su calidad, este libro contribuya a continuar impulsando los análisis de identidad/etnicidad en Arqueología, Historia Antigua y Prehistoria en toda su complejidad histórica. Es una tarea emocionante con infinitas posibilidades que se mantendrá como tema capital de la producción historiográfica durante mucho tiempo todavía.

M^a Cruz Cardete del Olmo
Departamento de Historia Antigua
Facultad de Geografía e Historia - Universidad Complutense de Madrid

Luis CABALLERO ZOREDA – Pedro MATEOS CRUZ - M^a Ángeles UTRERO AGUDO (eds.), *El siglo VII frente al siglo VII. Arquitectura. (Visigodos y Omeyas, 4, Mérida 2006)*, Anejos del Archivo Español de Arqueología LI, Madrid, CSIC, 2009, 337 pp. [ISBN: 978-84-00-08805-7]

El siglo VII frente al siglo VII. Arquitectura es el título que presidió la reunión científica celebrada en Mérida en el año 2006, la cuarta efectuada dentro de la serie de encuentros que, desde 1999 y bajo la denominación genérica “Visigodos y Omeyas”, vienen llevándose a cabo con la voluntad de ofrecer un espacio de debate a la investigación en torno a los periodos de tránsito denominados Tardoantigüedad y Altomedievo (p. 9).

La idea original de estos congresos, cuya creación y edición debemos principalmente al investigador científico Luis Caballero Zoreda (Instituto de Historia del CSIC) y a la colaboración de Pedro Mateos Cruz (Director del Instituto de Arqueología de Mérida), surge con un telón de fondo muy concreto: la discusión –aún hoy vigente– que sobre el origen de la arquitectura medieval se inició en los años noventa de la pasada centuria, teniendo precisamente como uno de sus mayores protagonistas a Luis Caballero (1994/95). Frente al modelo explicativo “tradicional” que

consideraba de época visigoda las producciones peninsulares de arquitectura altomedieval, defendiendo una continuidad conceptual en la arquitectura desde la Antigüedad hasta la Edad Media; surge un nuevo modelo, denominado “mozarabista”, que supone que las manifestaciones más importantes de estas producciones estarían influenciadas por la cultura islámica omeya, esto es, confiere una mayor importancia al factor oriental dentro del proceso de gestación de las formas arquitectónicas medievales de la península (UTRERO 2006: 38).

Cabe destacar la voluntad concreta por parte de los defensores de este último planteamiento, y en concreto de Luis Caballero, en que la adopción de uno u otro modelo explicativo no se viese reducida a un mero cambio de fechas de los monumentos, sino que conllevase una explicación del arte altomedieval como conjunto (UTRERO 2006: 38). Y es dentro de este interés por definir el periodo donde surge la idea de la presente serie científica, con la pretensión de contextualizar adecuadamente la cuestión, al menos en sus caracteres principales, entrelazando muy diversos aspectos, tanto de cultura material como de metodología que, a lo largo de los cinco encuentros que ya han tenido lugar (el último, en prensa, se celebró a finales del año 2008), se ha procurado tener en cuenta. En la misma línea se ha elegido siempre a los participantes, independientemente de su postura visigotista o mozarabista.

Ninguna de las reuniones anteriores había abordado tan directamente el tema de la arquitectura, habiéndose centrado hasta el momento en la cerámica (CABALLERO-MATEOS-RETUERCE 2003) y la escultura decorativa (CABALLERO-MATEOS 2006). La primera (CABALLERO-MATEOS 2000), la única de carácter abierto y, por ser la pionera, más general, tuvo como objetivo poner en común los modelos explicativos vigentes, un amplio estado de la cuestión.

También a diferencia de las anteriores reuniones, el marco cronológico propuesto en esta nueva mesa de discusión fue restringido: el siglo VII, clave en el debate sobre el origen de la arquitectura medieval. Los avances en nuestro país en los últimos años, en la investigación principalmente arqueológica, permitían, por una parte, centrar nuevamente la cuestión; por otra, como bien apunta el profesor Roger Collins (Universidad de Edimburgo) en las conclusiones a la reunión (pp. 331-337), la importante aportación de nuevos datos sobre el periodo no permite emitir aún conclusiones cerradas (p.331).

Como en casos anteriores, los editores científicos del encuentro fueron Luis Caballero y Pedro Mateos, acompañados en esta ocasión por la Dra. M^a Ángeles Utrero Agudo, investigadora científica experta en arquitectura altomedieval. Es loable el intento realizado en este encuentro en abrir al máximo el espectro de posibilidades de acercamiento a la arquitectura del periodo y en prestar atención a todos los detalles que puedan aportar nuevos datos a la controvertida cuestión sobre su definición. Así, lejos de convertir el evento en un monográfico sobre diferentes ejemplos de edificios tardoantiguos o altomedievales, se dieron cita en Mérida investigadores de muy distinto método, siendo variados los puntos de vista desde los que se aborda el asunto a debatir: fuentes documentales, epigrafía, arqueología,

revisión historiográfica, etc. El resultado de este trabajo es el presente volumen: doce comunicaciones a las que complementan unas acertadas conclusiones elaboradas en esta ocasión, como se ha dicho, por el profesor R. Collins.

A grandes rasgos, podemos dividir en dos grandes grupos temáticos los trabajos presentados a la reunión. Por un lado arquitectura religiosa *versus* arquitectura civil, por otro los conjuntos urbanos y las manifestaciones rurales.

Dentro de la primera línea, y comenzando por la arquitectura eclesiástica, cabe destacar, una vez más, la aproximación pluridisciplinar al objeto de estudio. Así, Raúl González Salinero (pp.11-30) aborda la investigación de las iglesias del siglo VII desde la documentación y, más concretamente, desde el análisis de las fuentes litúrgicas. El autor, siendo crítico con la documentación que analiza, compara de manera recurrente lo narrado en los escritos medievales con las aportaciones de la arqueología y defiende la posibilidad de realizar un acercamiento a la arquitectura de esta centuria, aunque sólo sea de forma tangencial, y pese a la escasez de referencias escritas, analizando la terminología y simbología empleada en las fuentes, defendiendo una relación estrecha entre rito y organización del espacio sagrado. En cuanto a la epigrafía, Helena Gimeno Pascual (pp.31-44) expone en un amplio contexto la evolución del hábito epigráfico en la península en los siglos tardoantiguos y altomedievales, para centrarse finamente en los escasos testimonios ligados a la arquitectura altomedieval en la península. Ya que es mucho aún el trabajo que queda por hacer en este campo, la autora se centra en estas páginas en plantear la función de las inscripciones en el contexto arquitectónico, herencia, a su juicio, de la más pura tradición romana (p.43). Otro punto de vista no siempre abordado en el análisis de la arquitectura eclesiástica es el que ofrece Isaac Sastre Diego (pp.309-330) en su estudio sobre los primeros altares cristianos. La necesidad de revisar la propuesta historiográfica tradicional aún vigente, un modelo realizado a partir de escasos y dispersos ejemplos que supone la evolución del altar hispano paralela a la de la arquitectura, conduce al autor a proponer un nuevo acercamiento a estas piezas, cuya revisión se antoja difícil por la ausencia mayoritaria de contexto arqueológico de los altares. Su propuesta de trabajo propone examinar de nuevo el mayor número de ejemplos posibles, dejando a un lado las argumentaciones tipológicas tradicionales y tratando de resolver nuevas cuestiones.

En la misma línea de revisión crítica plantea M^a Ángeles Utrero (pp.133-154) la problemática existente en torno a las iglesias de planta cruciforme de la península Ibérica, tradicionalmente adscritas dentro de un grupo fechado en la segunda mitad del siglo VII, en base a criterios fundamentalmente morfológicos. La confrontación entre los modelos explicativos “tradicional” y “mozarabista” —en ambos este grupo de iglesias juega un papel importante— y los nuevos datos que sobre estos monumentos han aportado en los últimos años trabajos que aplican una nueva metodología arqueológica basada en la estratigrafía, indicaban ya la necesidad de revisión del grupo cruciforme. Si a ello añadimos el elenco de iglesias que últimamente ha pasado asimismo a engrosar este conjunto, la problemática anteriormente señalada

se amplía demasiado como para seguir evitando su revisión. La argumentación que plantea la autora parte del análisis de la evolución historiográfica del conjunto cruciforme, para su posterior revisión caso por caso, aunque de forma evidentemente sintética, y lleva a concluir a M.A. Utrero que la explicación evolutiva como argumento cronológico falla, por lo que reivindica la importancia de la implantación de una nueva metodología arqueológica, necesaria para la revisión de los modelos explicativos vigentes.

Aunque más general en cuanto a temática, la exposición de Paulo Almeida Fernandes (pp.241-273) es asimismo una completa y extensa revisión y planteamiento del estado de la cuestión sobre la arquitectura del siglo VII en Portugal. Se echa en falta en la reunión otros puntos de vista, quizá extrapeninsulares, que dibujen igualmente el panorama arquitectónico del siglo VII, así como algo más de representatividad para Portugal.

Desde la arqueología abordan el tema Luis Caballero Zoreda y Fernando Sáez Lara (pp.155-184), con su revisión de la iglesia rural tardorromana del Gatillo, en Cáceres. Una muestra intachable de la importancia de la aplicación rigurosa del método estratigráfico. En el mismo sentido hay que hacer referencia al trabajo de Leandro Sánchez Zufiaurre (pp.231-239) sobre las iglesias altomedievales de Álava, que presenta un nuevo modelo de prospección del territorio aplicado a la arqueología de la arquitectura, que ha dado sus frutos en una nueva configuración cronológica de las iglesias altomedievales en Álava. Finalmente, en cuanto a arquitectura religiosa se refiere, Francisco J. Moreno Martín (pp.275-307) centra sus reflexiones en la arquitectura monástica altomedieval, con un impecable trabajo que combina el estudio de las fuentes documentales con la realidad constatada por la arqueología y ofrece novedosas propuestas explicativas en relación con la invisibilidad de los monasterios de esta época, defendiendo la existencia de un monacato de carácter urbano que habría que relacionar forzosamente con el fenómeno de revitalización urbana en la tardoantigüedad.

El estudio de la arquitectura civil en el ámbito urbano está representado por los trabajos arqueológicos de Juan Manuel Rojas Rodríguez y Antonio Gómez Laguna (pp.45-89) en el yacimiento de la Vega Baja de Toledo; los análisis de Sonia Gutiérrez Lloret y Pablo Cánovas Guillén (pp. 91-132) del contexto palacial y de elementos domésticos en el yacimiento del Tolmo de Minateda; y el estudio de las transformaciones urbanas que tienen lugar en la ciudad de *Valentia* entre los siglos VI y VIII, por Albert V. Ribera i Lacomba y Miquel Rosselló Mesquida (pp.185-203). Aunque dentro de estos trabajos encontramos igualmente ejemplos de arquitectura religiosa, representada por los conjuntos episcopales, basilicales o martiriales.

Las intervenciones arqueológicas en las ciudades en los últimos años están permitiendo conocer, paulatinamente, las transformaciones urbanas que tienen lugar en época tardoantigua, matizando los términos de crisis y deterioro tan usados hasta la historiografía reciente e ir concretando en qué se tradujo realmente esta evolución tradicionalmente interpretada en clave de decadencia. Hay que tener en cuenta

además que, la contextualización del problema de la arquitectura altomedieval en el ámbito urbano enriquece notablemente el debate que, en origen, apenas si contaba con una serie de pequeñas iglesias rurales (UTRERO 2006). A los ya importantes avances recogidos anteriormente en otras reuniones sobre Mérida o Tarragona, toca ahora el turno, como decimos, a Toledo, a la probable sede episcopal *Eiotana* (yacimiento del Tolmo de Minateda) y a *Valentia*. Felicitationes merece el trabajo de J. M. Rojas y Antonio Gómez, en relación con los últimos descubrimientos del importante *suburbium* de época tardorromana y altomedieval, en el yacimiento de la Vega Baja de Toledo. Pese a las cuestiones planteadas en las conclusiones por R. Collins (pp.333-334) sobre lo arriesgado de su propuesta de identificación de parte de los restos excavados con la basílica pretoriense de S. Pedro y S. Pablo, la ingente cantidad de datos presentada revela un inmenso trabajo que habrá que digerir, matizar y profundizar convenientemente.

En este segundo momento del proceso parecen encontrarse los estudios que se están realizando en la probablemente antigua sede episcopal *Eiotana*. El análisis de la arquitectura -doméstica y monumental (religiosa o civil)- del Tolmo de Minateda expuesto por Sonia Gutiérrez Lloret y Pablo Cánovas Guillén, se revela muy interesante en estas páginas. Tras la descripción minuciosa del complejo monumental (iglesia con baptisterio, cementerio y palacio) y de un área de carácter doméstico, ambos considerados del siglo VII, se extraen interesantes conclusiones a partir del análisis de las propias estructuras, de su comparación con otros espacios domésticos de los siglos VIII y IX que se han documentado en extensión en otras áreas de la ciudad, y a partir de su confrontación con distintas arquitecturas domésticas documentadas en estas fechas en la península, tanto de ámbito rural como urbano. Una vez delimitada la arquitectura del siglo VII del Tolmo de Minateda, la comunicación pasa a profundizar en la dimensión histórica que se desprende de estas construcciones. La exposición, plena de información, aunque no muestra novedosos descubrimientos como los presentados de la Vega Baja de Toledo, transmite el trabajo de un equipo científico, que avanza en el conocimiento de este yacimiento y es capaz de exponerlo y justificarlo.

Por último, el caso de *Valentia*, presentado por Albert Ribera y Miquel Rosselló muestra un panorama urbano altomedieval en el que se evidencian una serie de transformaciones muy importantes acaecidas en la ciudad entre los siglos VI y VIII, en relación con el complejo episcopal construido por el obispo Justiniano y la construcción del palacio del Pla de Nadal, ya en el ámbito rural.

Al panorama arquitectónico en el campo, expuesto ya parcialmente en los trabajos indicados sobre arquitectura eclesiástica y también con el caso civil del palacio de *Valentia*, hay que añadir el estudio presentado por Alfonso Vigil-Escalera Guirado (pp.205-229), que en los últimos años ha ido definiendo la cultura material de los asentamientos rurales altomedievales del sur de Madrid, y que presenta en esta ocasión un acercamiento a las arquitecturas domésticas de este mismo espacio,

aunque incidiendo también en otro tipo de “arquitectura” o construcción menos tangible como es la conformación del territorio.

Finalmente las conclusiones, de la mano de R. Collins, imprescindibles en el marco de cualquier reunión científica, repasan sumariamente los planteamientos expuestos en las jornadas de reunión, haciendo hincapié en ciertos aspectos tratados por diferentes autores que podrían conducir de nuevo a crear falsos modelos. Para el profesor Collins, el estado actual de la investigación sobre el siglo VII no permite concluir, a día de hoy, en muchos aspectos sobre la arquitectura peninsular de esta centuria, ya que los nuevos trabajos aportan constantemente numerosos datos, material con que reconstruir esta etapa concreta de la historia. Pese a ello, puede decirse que el objetivo, muy ambicioso, del congreso se logró, permitiendo un privilegiado acercamiento al estado de la cuestión sobre la arquitectura peninsular del siglo VII, ya que los presentes trabajos y sus conclusiones son de necesaria referencia para el estudio de la arqueología altomedieval peninsular, aunque es evidente que los planteamientos y posibles respuestas a éstos, surgidas dentro de esta reunión, no son –ni pretenden ser– definitivos. Parece claro, en cualquier caso, que el camino hacia su conocimiento está abierto, y que en él juega un importante papel el rigor y la aplicación del método arqueológico estratigráfico, como vía para evitar la construcción de falsos modelos evolutivos.

BIBLIOGRAFÍA

- CABALLERO ZOREDA, L. 1994: “Un canal de transmisión de lo clásico en la Alta Edad Media española: arquitectura y escultura de influjo omeya en la Península Ibérica entre mediados del siglo VIII e inicios del X (I)” *Al-qantara: Revista de estudios árabes*, Vol. 15, Fasc. 2, pp. 321-350
- CABALLERO ZOREDA, L. 1995: “Un canal de transmisión de lo clásico en la Alta Edad Media española: arquitectura y escultura de influjo Omeya en la Península Ibérica entre mediados del siglo VIII e inicios del siglo X (II)” *Al-qantara: Revista de estudios árabes*, Vol. 16, Fasc. 1, pp.107-124
- CABALLERO ZOREDA, L. – MATEOS CRUZ, P. (ed. 2000): *Visigodos y omeyas. Un debate entre la Antigüedad tardía y la alta Edad Media*. Anejos AEspA, XXIII. Madrid.
- CABALLERO ZOREDA, L. – MATEOS CRUZ, P. – RETUERCE VELASCO, M. (ed. 2003): *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica. Ruptura y continuidad*. Anejos AEspA, XXVIII. Madrid.
- CABALLERO ZOREDA, L. – MATEOS CRUZ, P. (ed. 2006): *Escultura decorativa tardorromana y altomedieval en la Península Ibérica*. Anejos AEspA, XLI. Madrid.

UTRERO AGUDO, M^a A. (2006): *Iglesias tardoantiguas y altomedievales en la Península Ibérica. Análisis arqueológico y sistemas de abovedamiento*. Anejos AEspA, XL. Madrid.

Marisa Barahona Oviedo
Universidad Complutense de Madrid

X Convegno Internazionale “Ordine e soversione nel mondo greco e romano”, Fondazione Niccolò Canussio, 25-27 de septiembre 2008, Cividale del Friuli (Udine, Italia)

Desde 1999 la Fundación Niccolò Canussio, que lleva por nombre el de un eminente humanista e historiador friuliano del Cuatrocientos, organiza anualmente en el incomparable marco de Cividale del Friuli (Udine, Italia) los ya conocidos *Convegni Internazionali* sobre el Mundo Antiguo, una reunión de máximo interés científico que da cita a reconocidos especialistas en cuestiones que abordan la Filología, la Historia o la Arqueología clásicas, y que se caracteriza por una inusual y armónica conjunción de disciplinas.

El tema de este X Congreso Internacional, *Ordine e soversione nel mondo greco e romano*, ha seguido con la tónica general que caracteriza las actividades de la *Fondazione*, interesada en el estudio global de importantes aspectos de la Antigüedad. Títulos como *Moneta, mercanti, banchieri. I precedenti greci e romani dell'Euro* (2002), o *Terror et pavor. Violenza, intimidazione, clandestinità nel Mondo Antico* (2005), entre otros, han permitido desde su primera edición un planteamiento multidisciplinar que busca la visión total de las culturas griega y romana. La participación de reconocidos estudiosos internacionales (un total de 20), enriquecida con los comentarios y aportaciones de los miembros del prestigioso comité científico, con nombres que no necesitan presentación, como Gino Bandelli o Michael von Albrecht, entre otros, ha propiciado que este último encuentro no haya defraudado en absoluto las más exigentes expectativas. Esto es debido en gran medida a que la ordenación de las conferencias desde un punto de vista diacrónico ha permitido trazar una visión amplia y globalizadora del tema, a saber, desde el debate del orden espartano hasta la imagen de la subversión en las *Elegiae* de Propertius. Por ello, resumiremos brevemente el desarrollo de las intervenciones que han tenido lugar durante estas tres jornadas.

- *De la Grecia Arcaica a la Grecia de los epígonos*: en esta primera división, se han tratado diferentes aspectos, todos ellos relevantes, que conciernen a la evolución de los sistemas políticos griegos. Han destacado por su interés la visión de la sociedad espartana (Martin Dreher -Universidad de Magdeburgo- “Der Kosmos Sparta: ein Vorbild an Stabilität?”), estudiada ya como un sistema autoritario, ya

como una particularidad del Arcaísmo helénico, así como el examen de la evolución de la tiranía griega a partir de la revisión de términos otrora olvidados como *monarchia*, *týrannos* o *hýbris*, y su relación con el pensamiento político de la Grecia de los siglos VI-V a.C. (Carminé Catenacci -Universidad de Chieti- “Tra eversione e fondazione. La tirannide nella Grecia arcaica e classica”). Asimismo, la evolución histórica y el peso de la *patrios politeia* en Atenas han sido objeto del estudio de la profesora Cinzia Bearzot -Universidad de Milán- (“La sovversione dell’ordine costituito nei discorsi deglo oligarchici ateniesi”), quien ha puesto el acento en la cambiante situación ateniense de los años 411 y 401 a.C. Esta idea, compartida por el profesor Luciano Canfora -Universidad de Bari- (“Costituzione Mista”), evidencia las dificultades que plantea la sistematización de los regímenes políticos en la Antigüedad, lo que, por otro lado, resulta también de extrema relevancia para entender las ideologías actuales.

- *De César al Bajo Imperio*: en lo que atañe a Roma han sido varios los ponentes que se han centrado en los acontecimientos más significativos de una historia llena de momentos de sublevaciones, conjuras y órdenes políticos que surgen por medio de la figura destacada de un determinado personaje (Marta Sordi -Universidad de Milán- “La dialettica costituzionale in età cesariana: tra esaltazione del nuovo e accuse di sovversione”) o a través de las conspiraciones internas de las diferentes facciones políticas (Frédéric Hurlet -Universidad de Nantes- “Le consensus impérial à l’épreuve. La conspiration et ses enjeux sous les Julio-Claudiens”). Igualmente, se destaca la revisión de la revuelta de Sertorio, héroe popular y de características un tanto particulares, pues, si ya con la historiografía más tradicional era tenido como un traidor, se ha definido, gracias a los materiales epigráficos aportados, como un defensor de los valores más legítimos de la república (Juan Santos Yanguas -Universidad del País Vasco- “Sertorio: ¿Un romano contra Roma en la crisis de la República?”). De los últimos momentos de la romanidad y sus desórdenes civiles se ha ocupado el profesor Valerio Neri -Universidad de Bolonia- (“I poveri e la criminalità. Disordini urbani e brigantaggio nel mondo tardoantico”), poniendo en relación tales acontecimientos con la adversa situación político-social del Bajo Imperio.

- *Del poder de la elegía al poder de las imágenes*: como era de esperar, no han faltado ponencias que demostraran la importancia del arte y la literatura como medio de publicidad o ataque al régimen. Y es que, en ocasiones, la ficción literaria y las representaciones artísticas pueden surgir como una forma de subversión paralela al poder político. Así, Roy Gibson -Universidad de Manchester- (“The succes and failure of roman elegy as an instrument of subversion: the case of Propertius”), ha querido recalcar la doble acción política de Propertio, presentado bien como un desinteresado de los asuntos públicos, aquel de los primeros libros, bien como un moralista augusteo en el último libro de sus *Elegiae*. Por su parte, Emily Gowers -Universidad de Cambridge- (“A cat may look at a king: difference and indifference

in Horace, Satire 1.6”) ha presentado la transmutación de un género como la sátira, de naturaleza crítica, en una alabanza a Mecenas, personaje cuestionado por su origen humilde; se convierte así esta composición en un ejemplo de revolución a través de las letras. Por último, Gilles Sauron –Universidad de París, Sorbona- (“L’art ornemental, arme idéologique privilégié du pouvoir augustéen”) ha descrito la instrumentalización del arte al servicio del régimen del *princeps*, un elemento que ya está presente en la *ékphrasis* virgiliana del futuro de Roma (en el libro VIII de la *Eneida*, el escudo de Eneas), y que tiene en el *Ara Pacis* su principal ejemplo.

Como vemos, un recorrido cronológico que se ocupa con acribia de todos los aspectos circundantes a los desórdenes en la Antigüedad, desde las acciones políticas hasta la capacidad de las artes como instrumentos de sublevación.

Para concluir no cabe sino felicitarse por este tipo de encuentros científicos dedicados a abordar el estudio de aspectos importantes del Mundo Antiguo desde todos los ángulos. Por ello, agradecemos a la *Fondazione Canussio* y a su comité científico el rigor y la seriedad para afrontar temas de capital importancia para el conocimiento de la Antigüedad.

Luis Manuel López Román
Cecilia Medina López-Lucendo
Israel V. de la Güida
Universidad Complutense de Madrid